LAS
NOCHES
ROMANAS

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
ALICANTE
Russell P. Sebold
DONACIÓN
UNIVERSITAT D'ALACANT
Biblioteca Universitària
0500763254
DRPS
FA
432

LAS
NOCHES
ROMANAS

Ex Libris

Russell Perry Sebold, III

FL DRPS FA/0432
05007632 54

LAS NOCHES ROMANAS

EN EL

Sepulcro de los Scipiones.

Autor:
Alessandro Verri
(1705-1788)
¿o 1741-1816?

Las Noches Romanas

EN EL

SEPULCRO DE LOS SCIPIONES

(1780)

ESCRITAS EN ITALIANO

y traducidas libremente al español

POR

D. Ramon Pandaró y Fábregas.

Barcelona.

IMPRENTA DE F. GARRIGA.
calle de los Arcos.

1837.

Esta obra es propiedad del Traductor.

Advertencia

DEL

TRADUCTOR.

Segun el Editor italiano, el manuscrito de esta interesante obrita fué encontrado con otros papeles entre las ruinas de un edificio del monte Esquilino, sin el nombre de su autor, que pudiera jactarse como Dante de haber conservado poeticamente con sus antepasados.

La razon que dá el autor para provocar la reunion de los Espectros en el subterráneo que servia de tumba á la familia

de los Scipiones, acaso parecerá al lector algo frívola; aunque en la traduccion hemos procurado en parte motivarla; pero al mismo tiempo es preciso hacerse cargo, que el objeto del autor no ha sido por cierto el de persuadir la probabilidad ó posibilidad de semejantes congresos de muertos: lo que le importaba era presentarlos como reunidos, darles figura y palabra como vivos, inspirarles las pasiones que alimentaron en vida, y promover entre ellos las interesantes cuestiones cuya dilucidacion nos transmite.

Tambien parecerá algo estraño á primera vista el que nos presente algunos de los Espectros, ó espíritus, con las señales visibles de los suplicios que sufrieron sus cuerpos, como que un espíritu pudiese sufrir las mutilaciones de un cuerpo: pero el lector juicioso se hará facilmente cargo de que uno de los objetos principales del autor ha sido retratar á nuestra vista los horrores causados por pasiones poco notables de los diversos bandos; objeto que hubiera llenado mucho menos sin representarnos sobre aquellos espíritus las visibles señales de sus padecimientos. Pero acaso lo que chocará mas á las imajinaciones algo severas, será el ver que los Espectros se presentan vestidos, y aun algunos armados de pies á cabeza, como que en la mansion de la muerte se conservase sobre los espíritus el distintivo de sus vestidos, y aun la sombra de su armadura; pero el autor há creido necesario representarlos con aquellos distintivos, que pueden contribuir á dar el verdadero colorido á su carácter, acciones, y hasta á sus mismas pasiones y sentimientos; y por lo tanto, despues de un maduro ecsamen, hemos creido deberle conservar en todas sus partes todo su carácter de bizarria.

Por conclusion recomendamos al benévolo lector que no forme juicio de la Obra hasta despues de haberla leido; y ecsamine entonces si los pequeños defectos de falta

de naturalidad que á primera vista puede encontrarle, han sido ó no necesarios para el desenlace de las escenas representadas por difuntos.

El Traductor.

LAS NOCHES ROMANAS

EN EL

Sepulcro de los Scipiones.

NOCHE PRIMERA.

INTRODUCCION.

La elevacion del estilo, y lo heróico de las empresas que me hicieron conocer los escritos de los antiguos, preocuparon tanto mi ánimo que no podia separar mi pensamiento de la contemplacion de edades mas felices. Entre las antiguas Naciones la Romana levanta erguida su gigantesca cabeza por la grandiosidad de sus obras, que no pueden menos de inspirar un noble y generoso orgullo, y de tal modo tenia esta ocupado mi entendimiento, que en el silencio de la soledad me hallaba siempre presente al pueblo magnánimo de los Ro-

manos. Cuando en la silenciosa selva ó en orillas de murmureos arroyos no tenia mas testigos de mis meditaciones que el plácido céfiro y el inocente ojo de los pájaros, mi mente sepultada en absoluta abnegacion de las bellas escenas que me presentaba naturaleza, se engolfaba en la contemplacion de remotos siglos; creciendo de tal modo con el estudio esta disposicion, que parecía alimentar en mi pecho el estraño y vano deseo de ver y conversar con alguna de las sombras de los antiguos, evocándola de los abismos de la muerte; cual otro Petrarca, que apesar de los siglos interpuestos, se esforzaba á vivir en algun modo con los antiguos escribiendo cartas á Ciceron, Séneca, Livio, y Varron, segun se leen en sus obras. Este mismo deseo animara acaso á Pomponio Leto, que vivia en Roma, altamente iniciado en la antigua erudicion, cuando en la sensible y dulce admiracion de la primera grandeza de su Patria derramaba tiernas lágrimas al pie de sus ruinas, donde permanecía en ecstasis meditativo. Una suave satisfaccion faltaba á mis sentidos, y para pagarles este tributo dejé las llanuras del Insubre para dirigirme á la augusta

Roma, objeto de mis perpetuos anhelos.

Solo el que haya gustado de las delicias de la antigua erudicion será capaz de juzgar cuales fueran las dulces sensaciones de mi corazon, cuando al empezar á declinar el camino ácia la célebre Capital desde la cuspide del Apenino, mi débil vista se esforzaba á penetrar los aires y vencer la distancia para descubrir las siete colinas: entonces el pecho reboza en deseos de lanzarse entre preciosos monumentos; cada piedra separada de vetusto edificio forma materia á sabias conjeturas, á que se entrega constantemente una imaginacion deliciosa. Habiendo entrado en la via Flaminea, iba recordando su antigua magnificencia desde Rímini hasta la Capital, ocupando mi imaginacion la memoria de aquel Cónsul, sacrificado por la Patria en la batalla contra Anibal en el Lago Trasimeno. Aun mi ánimo estaba enagenado con estos pensamientos, cuando me encontré en la augusta puerta, cuya magestuosa entrada en la inmensa y marmorea ciudad de Augusto es la mas apropósito para mantener y aumentar una grata ilusion, mas fácil de sentir que de espresar. Así es que no me atreveré á pintar las dulces sensaciones que

imprimió en mi pecho en aquellos primeros dias la vista del sacro Tiber, los Elicianos Obeliscos, los Templos magestuosamente oscurecidos aun con el celeste vapor de los sacrificios, el anfiteatro Flávio que yace como gigante mutilado, y las columnas que recuerdan las hazañas militares; los mausoléos, las magestuosas ruinas de los Circos y de las Termas, y cuantos restos del Romano esplendor maravillan aun la imaginacion absorta.

Estábamos en aquella estacion en que el dulce Céfiro reanima la tierra de la languidez impresa por el calor del verano; en que el Cielo recupera su azur; reverdecen las lánguidas plantas y nos ofrecen en estos bonancibles climas una segunda primavera: la molesta cigarra quedaba reducida al silencio reemplazando su aspereza el dulce y alegre gorgéo de los pajarillos, que inocentes se prestan á las acechanzas que en semejante estacion les tienden nuestros sanguinarios deleites; cuando cundió la voz por la ciudad de que se habian descubierto las tumbas de los Scipiones, inutilmente buscadas por largo tiempo. Esta voz, magica para mí, me hizo abandonar la contemplacion de todo otro objeto: Los

monumentos de los hombres ilustres infunden una dulce tristeza, mucho mas grata que los bulliciosos placeres para el ánimo inclinado á una tranquilidad contemplativa. El velo de la sombría noche se estendía sobre el horizonte y parecía conducir la calma y el silencio que convenían á mi proyecto. Un rústico edificio se levanta sobre las tumbas de los Scipiones, á las que conduce una gruta subterránea, semejante á una cueva de fieras. Por aquel camino hendido y angosto, con la débil luz de una antorcha, logré penetrar hasta los túmulos de la heroica estirpe: algunos estaban derribados en ruinas, y otros eran aun respetados por el rigor del tiempo; confundidos con la tierra y las piedras ví blanquear ilustres huesos, que reflejaban á la débil luz que servía de guia á mis vacilantes pasos; volvíala lentamente en derredor, contemplando cuanto la imprudencia de los hombres habia poco respetado aquellos ilustres despojos, actual juguete de la plebe y de los curiosos; solo acatados por los estranjeros que concurren á contemplarlos con erúdita consideracion. Recorria aquellos subterráneos y sagrados lugares con la penible contemplacion de ver que oprimia

bajo mis piés los huesos de aquellos, cuya fama habia llenado el mundo, y cuyos brazos y cabeza, que habian dado la ley al universo, quedaban hechos polvo, vilipendiados y hollados.

Aquellos venerables túmulos, por su moderacion, son la mejor prueba de que los antiguos Romanos querían brillar, no con la magnificencia, sino con los atractivos de la virtud: construidos de piedra comun, esculpidos toscamente, nos representan con debilidad los nombres y las acciones heroicas de insignes prosapias, con palabras de la antigua lengua del Lacio en su primitiva pureza. Aqui se levanta aun, decía entre mi, el monumento de Cayo Cestio, sobre cuyas empresas permanece tan muda la fama que en vano se busca su mencion en los escritos; solo la orgullosa tumba nos ha trasmitido su nombre, desnudo de gloria. ¿Como te conplaces, barbara fortuna, en perturbar estas gloriosas cenizas, despues de haberlas conservado por tantos siglos bajo ruinas?

Mientras mi mente estaba ocupada en estas consideraciones, una ráfaga de viento nocturno, penetrando de repente por la abertura del subterraneo, apagó la luz que

tenia en mi mano: este contratiempo, si reduciendome á la mas lugubre oscuridad me privó de gozar de la vista de aquellos preciosos objetos, no pudo aterrarme no obstante, ni arrancarme del placer de permanecer cerca de tan interesantes restos, supliendo con mi animo, tanto mas contemplativo en aquel silencio, la falta de la vista: mi mente se engolfaba en el pielago de las pasadas edades, recorriendo el reino inconsolable de la muerte con ansia de poder hablar con los pasados, cuando de repente hirió mis oidos un debil murmullo que se levantaba de las sinuosidades del subterráneo, con inarticulados sonidos parecidos al viento que empieza á silvar en un valle; temblaba la tierra bajo mis pies, y todo elambiento parecía ajitado de un sordo y tétrico zumbido: los huesos se ajitaban dentro los sepulcros; sus lozas parecian levantarse simultaneamente y volver á caer sobre sus aberturas, segun el tétrico ruido que iba aumentando gradualmente. En tal situacion se apoderó de mi la debilidad humana, y un frio terror sobrecojió todos mis miembros: debilidad disimulable en quien, como yo, estaba entonces colocado en una prueba estraordinaria y

superior á la comun constancia de nuestros ánimos.

Cesó el murmullo, se afirmó el terreno, y luego empezó á vislumbrarse un resplandor fosfórico dentro de los sepulcros, de los que asomaban lentamente algunas figuras humanas; al paso que iban levantandose, descubrían los brazos con que sostenían las lozas, y en cada uno de los sepulcros se dejaba ver la parte superior de un Espectro: atónito contemplaba las cabezas de niños y jóvenes, el cuerpo de hombres robustos, la modesta compostura de matronas cubiertas con velo en diferentes posiciones; cada uno de aquellos Espectros llevaba en sus cabellos ó despoblado cráneo impreso el sello de sus respectivas edades, que hasta en sus facciones y cútis, aunque algun tanto marchitado por el triste letargo de la muerte, parecía divisarse no obstante la belleza y lozanía que en otro tiempo las habían adornado. Al principio todos tenían cerrados los párpados, como abatidos con el peso del sueño eterno; pero abriendolos luego gradualmente, me dirijían su pesada vista, cuando observé en el hondo del subterráneo que resplandecía la luz fosfórica, y que se acercaba á pasos

majestuoso un Espectro de presencia consular, revestido de cándida toga: la benignidad de su rostro representaba una apacible dignidad, y le manifestaba en el tránsito de la edad viril á la vejez; solo su presencia infundía respeto y maravillosa consideracion. Al aparecer aquel Espectro los demas salieron de sus sepulcros, y le rodearon con manifiestas demostraciones de honor, sin que me sea posible esplicar el sonido de sus palabras parecidas á mal articulados gemidos: se colocaron á su alrededor en disposicion de prepararse á escucharle; aquel permaneció en medio, y yo quedé compungido en un rincon, apoyado en un sepulcro. El estupor, el respeto, el anonadamiento me tenían embargada en la garganta la palabra y hasta el aliento.

CAPITULO PRIMERO.

Conversaciones preliminares con el Espectro ilustre. Motivo de la reunion de los Espectros.

Aquel Espectro empezó á pronunciar grave y pausadamente una oracion: los oyentes guardaban con mucha atencion diferentes y respetuosas posturas, y yo aplicaba todo mi ser á mis oidos. Al principio su hablar me pareció estraño, y me afligía de no entender sus palabras, pero por fin, correlacionando las ideas y doblando de atencion, vine á entender que aquel era el idioma latino, aunque pronunciado de otro modo que ahora; y así ya me fué mas facil satisfacer mi deseo, entendiendo el discurso. Aquel alma grande raciocinaba acerca de la inmensidad de los cielos, poblados de innumerables astros, y segun pude entender procuraba describir su grandeza y sus distancias: indicaba los maravillosos efectos de la suprema y eterna causa, solo conocida por sus obras en el incompreensible océano del universo; pero

manifestaba su sentimiento de no poder, con palabras dignas de tan alto objeto, ensalzar la ciencia creatriz, no quedando, á su ver, modo mas apropósito para honrarla que por medio de una estrema y silenciosa admiracion. En seguida me pareció que refería alguna de sus peregrinaciones celestes por la esfera, con que pudo contemplar á su sabor la estructura de tan augusto edificio. Pasando despues á discurrir sobre los seres inteligentes, manifestó cuanto en su comparacion fuera vil y despreciable toda materia, de modo que la vida mortal, mientras que el ingenio estaba envuelto en el sieno, la consideraba un sueño, y daba el nombre de ignorancia á toda la ciencia de los mortales.

La afluencia de su discurso era tal, que cada palabra, cada sentencia de su fina diccion tenía ocupados todos mis sentidos, y parecía que en su boca sobrenatural el dón de la palabra había adquirido una nueva dignidad y esplendor. Pasaba despues á raciocinar de la virtud, y en esta materia el Espectro parecía mas contemplativo, y ocupada su mente de altos conceptos: su voz era ya baja, ya alta y sonora, y alenta, ya rápida, ya suave, ya amenazadora,

segun la variedad de los conceptos. Enseñaba que las virtudes humanas no son mas que un imperfecto y mezquino remedo, en comparacion de la virtud sempiterna: que aquellas, semejantes á una piedra preciosa entre el lodo, reflejan un falso esplendor, ó acaso se confunden con vicios contrarios, ó siguen el curso variable de las opiniones; cuando la perfecta virtud es una sola, eterna, inmutable, invencible, divina. En seguida ecsortaba aquellas almas tristes á dejar de suspirar por la perdida vida mortal, y á que no se disputasen á la vista de los despojos del caduco atavío que habían tenido en este mundo; sino que remontándose á la contemplacion del Empíreo, y de la magnificencia divina, sobrellevasen dignamente el irrevocable decreto que las había elevado á vida inmortal.

Mientras así hablaba, los demas Espectros le escuchaban con respetuoso silencio: pero así como los de aspecto viril y guerrero manifestaban semblante satisfecho á aquellos filosóficos argumentos, los de los niños y mugeres por el contrario, daban muestras de tristeza, y con sus suspiros indicaban su pesar de verse despojados de los restos mortales. Los desgraciados niños

tendían sus brazos á las madres, y estas aun con humano afecto les estrechaban en su seno, y parecían buscar afligidas la luz del cielo. Yo, movido á piedad y admiracion, apenas era capaz de distinguir si me hallaba en este mundo y en vida, pues todos mis sentidos estaban embargados profundamente con semejante espectáculo y discursos. Ya oía con inesplicable placer la suave pronunciacion de aquella lengua antigua, y no dudaba que aquella era el alma ilustre de algun orador romano.

Al cesar de hablar aquel Espectro, los demas oyentes volvieron á sus respectivos sepulcros, quedando solo el orador. Habiendome su admirable elocuencia hecho superior á mis propias fuerzas, me dirijí á él, y del mejor modo que supe en latin le dije: «Sálve seas quien fueres, que con tan escelsa fecúndia desarrollas cuestiones superiores á la pobreza de mi entendimiento; en cuanto puedo penetrar tus elevados conceptos, me parece que en este mundo tu lengua fué no solo elocuente, sino divina. Veo que este vil estorbo de mi cuerpo humilla y entorpece mis pensamientos, al paso que los tuyos, libres de tal peso, se elevan cual pura llama hasta el Cielo. Si

algo pueden en tí las súplicas de un hombre, te ruego dignes descender algun tanto de la elevacion de tus especulaciones, y hablar conmigo de modo que mi debilidad te alcance, para que pueda gloriarme de haber hablado con una sustancia incorporea. Si las rigurosas leyes de la muerte permiten la satisfaccion de mi deséo descúbreme si fuiste mortal semejante á nosotros, como lo dice tu actual aspecto, donde, cuando viste nuestro sol, cual fué tu nombre, que debe habernos quedado esclarecido y en eterna memoria. «Fijó en mí con alguna benignidad sus radiantes ojos, se sonrió sin que la dignidad de su rostro desmereciese, manifestando con el semblante que mis súplicas le habian causado una modesta complacencia. En seguida me preguntó:» ¿Porqué motivo estás aquí velando en el silencio de la muerte, cuando tus semejantes yacen en plácido sueño, olvidando los cuidados? «Yo con respeto le contesté:» La piedad de observarlos, y el deseo de contemplar en silencio la sublime virtud que profesaron en vida, me han conducido entre estos ilustres despojos: de tal modo ocupan mi ánimo, y su antigua grandeza llena tanto mi entendi-

miento, que apenas permiten me distraiga en otros pensamientos.» Estas palabras parecieron aumentar la serenidad de su frente; me miró con complacencia y me preguntó: «¿Si se te otorgase hablar con algun Romano, á quien prefirieras?» Inspirado por mi antigua inclinacion le contesté luego: «A Marco Tullio Ciceron.» A esta contestacion el Espectro, como conmovido de paternal afecto, me dijo: «Yo soy aquel; yo soy el hombrecillo Arpinate que tu buscas.»

Inposible me es el espresar la satisfaccion de mi pecho al oir esta respuesta: al pronto quedé silencioso y perplejo, pero luego me arrojé al Espectro para estrecharle en mis brazos, y en mis transportes mis manos volvían á mi pecho sin que les fuese posible estrechar la vana sombra: no obstante, esta manifestaba complacencia al ver la espresion de mis deseos. Moderado el impetu de mi ilusorio transporte, contemplé con atencion aquella respetable frente, donde estaban depositados los tesoros de la sabiduría, aquellos facundos labios, aquella mano que habia empuñado el sicel de oro, y aquel pecho que encerró un corazon tan grande por su patria como tierno por sus amigos. Siento

que la verdad me obligue á privar de una placentera ilusion á los que creen poseer en pintura ó en estatua la imágen de tan grande hombre, porque he visto que ninguna es digna de representarle, y nunca como ahora hé sentido la nulidad de mis talentos para trasmitir su verdadera imajen, habiendo sido el único mortal que haya podido hacerlo: con todo, no pudiendo de otro modo, me esforzaré á retratar con palabras en mi pobre estilo aquella ilustre imagen.

El curso de los años parecía haberle conducido ya al estremo de la edad viril; su cuerpo parecía algo estenuado, cual hombre que menos cuida de los deleites de su cuerpo que de los intelectuales; una suave gravedad indicaba la habitual ocupacion contemplativa de su mente, al paso que una agradable modestia parecía echar un transparente velo sobre sus profundos conocimientos: tenía cortados sin arte al rededor de su cabeza sus cabellos, algo claros, mesclados de algunas canas; su frente arrugada cerca las cejas indicaba que profundos pensamientos la ocupaban de contínuo; sus grandes ojos, aunque de movimiento lento, resplandecían una luz

sobrenatural que ignoro si la poseían en vida; unas cortas, arqueadas y pobladas cejas adornaban sus ojos; sus carrillos estaban algo pálidos; su boca ancha; sus labios abultados, particularmente el inferior: Cuando permanecia en silencio apoyaba su barba de su mano izquierda, circunstancia que fielmente nos había indicado Plutarco. Su estatura era algo mas qne mediana, é iba vestido de blanca toga. Al hablar modulaba la voz, y hacía con elegancia varios movimientos, todos proporcionados á la fuerza y objeto de sus palabras. Conocí que en efecto había coordinado su declamacion al estilo de los actores trájicos, pues, como estos, esforzaba ó moderaba las inflecciones, proporcionando á ellas el jesto, humilde ó heróico segun la fuerza de los conceptos, y era tal el dulce poder con que conducía el ánimo, que no podía menos de arrastrarle á la conviccion. ¡Oh felices estudios que me han conducido á superar el intervalo de los siglos, con que he visto, he oido, he hablado con el incomparable orador!

Permanecía inmóvil en su presencia como sobrecojido de un delicioso encanto, que él con igual silencio parecía prolongar

para que yo satisfaciese mi observacion contemplativa; por fin se dispertó en mí el deseo de entablar conversacion, y le dije: »No quisiera ¡oh magnánimo injenio! haber perturbado tu facundia, y aquella tranquilidad de que gozan las almas ilustres en estos abismos de la muerte: si tu silencio me inspira dignidad y respeto, me aflíge al mismo tiempo, y tu rigurosa presencia me infunde inconcebibles sensaciones: constantemente dedicado en vida con tu ilustre palabra á defender al inocente, constante con los amigos, útil y fiel á la patria, animado de dulce benevolencia para con tus parientes, ejemplar en las costumbres, sublime en las doctrinas, no puedes dejar de poseer ahora aquellas mismas virtudes, que son peculio del alma, y no perecen con el cuerpo. Te suplíco que hables, y me concedas beber en los mismos manantiales de tu esclarecida elocuencia.» El Espectro manifestando alguna satisfaccion me contestó: « mas facilmente que yo creyera, ¡oh hombre piadoso y magnánimo! hablas conmigo nuestra lengua; es por cierto de admirar que el torrente devastador de veinte siglos no haya arrebatado aquel idioma: me conmueve tu jenc-

roso propósito de hablar con los Espectros que solo en idea perturban la opinion y animo de los hombres, y á quienes se atribuye la causa de maravillosos sucesos: és preciso que tus pensamientos sean elevados, cuando vencen la primera enfermedad humana, el vano temor. Pero ¿como conoces la índole que yo tuve, y á la que tributas alabanzas tan lisonjeras, que aun ahora me causan un irremediable placer? ¿Porqué me antepones á todos, cuando yo me juzgué inferior á muchos? « Animado de sus políticas palabras repuse: » á un ánimo tan elevado como el tuyo no podia faltar la dulce virtud de la humildad, aunque tenemos bastantes pruebas de ello en tus áureos volúmenes: cuando emprendes las discusiones de la filosofía, entre la fluidez del estilo y de la elevacion de las doctrinas, te manifiestas tan moderado en tus pareceres que abandonas el juicio al arbítrio de tus oyentes. Esta perplecsidad en afirmar parece que fué una propiedad de aquellos ilustres antiguos, empezando por Sócrates que confundió el orgullo de vanas doctrinas con perpetuas preguntas: pero esta calidad es muy rara ahora en el mundo, en que una nueva é impetuosa elo-

cuencia, sentando con descaro atrevidas é inciertas doctrinas, ha procurado borrar del catálogo de las virtudes la prudencia y humildad de nuestros mayores».

Tulio al oir mis observaciones prorrumpió con desprecio: «¡Miserable ciencia humana, que no es mas que una opaca chispa al lado del luminoso océano de la inteligencia eterna! El que entre vosotros descuella en conocimientos, el que os parece remontarse hasta las nubes con la sublime elevacion de su talento, para nosotros, espíritus libres de la opresion de esos miembros, no es mas que un entendimiento estúpido, semejante al que vosotros concedeis al mas insensato de los animales; y nosotros, aunque purificados de toda impresion material, somos viles átomos ante la inteligencia suprema: Es pues digno de compasion el que ostenta orgullo de conocimientos». Guardó en seguida silencio para permitirme continuase mis raciocinios.

Para manifestarle hasta que grado me eran conocidas sus producciones, empecé á declamar algunos ecsordios de sus escritos filosóficos, y varias cláusulas de sus oraciones, y sucesivamente en cuanto me protegió la memoria le recordé algunos

rasgos sublimes de sus diferentes obras: observé que al principio el Espectro se conmovía, y de sus ojos manaban sensibles lágrimas que le caían sobre la toga. No supe atribuir aquellos afectos sino al dolor de ver desnaturalizar la sublimidad de sus palabras con mi tosca y bárbara pronunciacion, y por lo mismo la voz de mi compasion y cortedad me impuso silencio: Pero él, aprovechando de este, me dijo: «Mientras me contaba entre los vivos obtuve fama superior de elocuente, y confieso que en sus atractivos empleé todo el ingenio que me concediera naturaleza: ví no pocas veces conmoverse á mi voz en los comicios la unanimidad del pueblo, como la ola obedece á la impresion del viento; los implacables ojos de los austeros Jueces humedecerse en lágrimas; serenarse el sombrío aspecto del acusado, inmutarse y perder el color los calumniadores, confundirse los audaces, y temblar los que con el poder hacían escarnio de la Justicia: No obstante, ninguno de los afectos de que gozaba en cada uno de mis placenteros triunfos fué comparable á la satisfaccion de haberme manifestado tus sencillas palabras que aun vivo entre vosotros por mis obras;

placer por cierto raro en este piélago de la muerte.

Entonces para escitar mejor su enternecimiento proseguí relatando los acontecimientos de su muerte, del modo que nos los ha trasmitido la fama de la historia, y que tan dolorosa impresion hacen en nuestros corazones: pero al oirlos se perturvó el Espectro, fijando en mí sus tétricas miradas, y dijo: »Con bondadosos deseos me dás á conocer una triste noticia; hasta ahora había ignorado tamaño ultraje, que aunque no ofendió mas que á mis míseros despojos, fué no obstante efecto de ira tan abominable que hasta su recuerdo me trastorna. Antigua es la injuria, ineficaz el desprecio, tardía la venganza, y á pesar de esto por el cuerpo que tuve en vida siento renovarse en mí los sentimientos humanos.»

Las dolorosas palabras del Espectro embargaron por un momento mi voz; pero luego repuesto, le manifesté mi sorpresa en estos términos: »Es para mí inconcebible lo que me manifiestas, si hé de juzgar á los espíritus segun las inclinaciones de los hombres. Yo, viviente, me veo estimulado de ardiente deseo de raciocinar con vosotros, y me acompañan en los mismos deseos in-

numerables mortales; contra cuya ansiedad apenas bastara la espantosa condicion de la muerte: Cada dia salen de entre nosotros para vuestras regiones espeditos mensageros con recientes noticias, y no puedo comprender como seais tan poco solícitos en ecsaminarles, cuando son muchos los motivos y causas que debieran estimularos á ello. «El me contestó: «Son mas diversas que no creeis las costumbres de la vida eterna, de las del momento de la vuestra: ninguna de nuestras calidades se parece á las humanas: para vosotros el tiempo, el espacio, el movimiento son el fundamento y la norma de todas las ciencias, cuando para nosotros el tiempo infinito no tiene medida, y ninguna estension ni cambio de lugar conviene á una sustancia que no lo ocupa. A mas de que no te será dificil reconocer la imposibilidad de relacionarnos, al concebir que, cual pequeñas chispas de la misma divinidad, estamos desparramados y engolfados en el piélago del tiempo, en cuya inmensidad las generaciones todas solo pueden compararse con pequeñas hojas que, obedeciendo al impulso del viento, fluctúan entre las olas. Si varios náufragos fuera casi imposible que

á nado se encontrasen en la reducida estension de vuestro océano, juzga cuanto mas difícil lo será en el nuestro, sin fondo ni límites, en el que si fijas un momento el pensamiento, se te turba, estravia y desfallece, avisandote que no debes lanzarte imprudentemente fuera de los límites del entendimiento humano».

Escuchaba yo con inesplicable ansiedad tan misteriosas palabras, y por mas que el respeto tenía sobrecogidos mis sentidos, no pude menos de encontrarlas en contradiccion con la escena que se había ofrecido á mi vista, reuniendose tanto Espectro á raciocinar con Ciceron. Manifestéle con prudencia mi reparo, y él con bondadosas palabras repuso: «Esta duda no puede nacer mas que de un sano y laudable critério, y voy á satisfacerla. Estábamos dispersos en el inmenso piélago del tiempo, sin que jamás nos hubiese sido dado encontrarnos en este silencio eterno; pero ahora se dejó oir un sonido como de trompa, que convocaba á los Romanos en esta parte de la tierra, y siguiendo su eco, como farol que guia al navegante en tempestuosa noche, hemos concurrido y vá concurriendo aquí una mul-

titud inmensa al rededor de los sepulcros de los héroes de la grandeza romana: En ellos colocó la patria su fé durante la prosperidad, y su esperanza en los peligros. Esta augusta Progenie, cuyo nombre fué venerado de todas las naciones, se vé ahora perturbada en sus cenizas por el rústico hierro de sus descendientes; y las generaciones que supieron apreciarla se han reunido inesperadamente en congreso para dár la última muestra de veneracion y respeto á los restos mortales de sus héroes, y discurrir sobre los grandes acontecimientos que forman la antigua historia de su patria. Siguiendo la costumbre que tuve en vida, empecé á perorar como en los comicios á las primeras almas del vulgo que se han reunido.»

CAPITULO SEGUNDO.

Bruto y César disputan acerca el asesinato del Tirano.

Acababa de hablarme Tulio cuando llamó mi atencion un confuso murmullo, que parecia salir de todas partes, y luego observé que de los sepulcros, de la tierra y de todas las tortuosidades del subterráneo aparecian nuevos Espectros que se divisaban á lo lejos, como opaca y palpitante llama fosfórica: En parte se parecian á los primeros, pero entre ellos se observaban rostros radiantes de escelsa dignidad. Los trages eran muy diversos; unos arrastraban larga toga, otros ceñian el sayo; ya parecian algunos armados y ya otros cubiertos con velo matronal: no dudé que entre ellos se hallaban las mas ilustres Sombras de los Romanos. ¡Cuan maravilloso era á mis ojos su aspecto y dignidad! El deseo de contemplarlas no pudo vencer en mi débil pecho una tímida conmocion, y para fortalecer mi abatido espíritu dije á Ciceron: «Alienta mi constancia, porque dificilmente la debilidad humana puede hacerse superior á sobrenaturales prodigios.» Este, tendiendo acia mí su protectora mano, y con bondadosa mirada, me dijo: «Permanece tranquilo.» Volviendose en seguida acia el concurso, con benigna y noble autoridad invitó con la mano al silencio: al momento reinó una calma sepulcral que tenia en suspenso hasta mi aliento. Los Espectros se miraban mutuamente con ansiedad, y Tulio en medio paseaba su vista investigadora sobre la multitud, cuando fijandola luego esclamó: «¡Oh distinguido y justamente llamado el último de los Romanos! ¿no eres tú Marco Bruto?» Este tendiendole los brazos, dijo: «Yo soy; dispuesto aun á esterminar Tiranos.»

Los dos Espectros, cediendo al impulso de su antigua amistad, se confundieron en abrazos; y mientras estaban gozando de sus transportes, se abrió paso por entre la concurrencia una desdeñosa sombra, y acercandose al amigable grupo, dijo con despecho: «¿De que os mostrais tan satisfechos? ¿acaso con César, con el benigno moderador de las discordias, no pereció la Patria?» Bruto le miró de reojo, y repuso impaciente: «¡Oh vil Antonio! ¿aun tus palabras guardan armonía con tus depra-

vadas costumbres? Si en vida te complaciste en hacer escarnio de todo sentimiento de virtud, deja alomenos que, sin la molestia de tus sarcasmos, puedan disfrutar un momento de placer dos almas separadas por los siglos, pero unidas eternamente por amistad».

Aun estaba hablando Bruto cuando apresuradamente acudió al debate otra sombra, á la que la multitud facilitaba con respeto libre paso. Al acercarse fijaba su fiera vista sobre aquellos, y despues de un momento de silencio, parecido á la calma precursora de una terrible tormenta, esclamó: «¡Pérfido Bruto! ¿como te atreves con malvada jactancia á perturbar el silencio de la muerte? ¿no basta el curso de los siglos para borrar la memoria de tu crimen y de mi lamentable muerte, paraque aun ardas en ira perpetua como si nos hallasemos en los funestos Idus de Marzo? ¿La sangre que brotaba por mis numerosas heridas no fué acaso bastante para saciar tu sed? ¡Y esto que los mas obstinados odios suelen calmarse con la muerte de la persona odiada, y estinguirse por la piedad de la comun desgracia!» Al pronunciar estas palabras dirigia con cierto desprecio su

vista sobre Bruto, que en indiferente silencio parecía distraído por mas altos pensamientos, y descubría en su semblante una intrepidez y severidad despojada de toda ira, atributos de una alma grande por sus virtudes estoycas que se había hecho superior á los reveses de la fortuna. Antonio entonces se acercó á aquella sombra airada que pareció calmarse á las primeras demostraciones de mútua benevolencia.

Si sus palabras no hubiesen sido suficientes para hacerme reconocer en el nuevo Espectro al mismo Dictador César, no habría podido desconocerle en la figura, por su semejanza con los bustos de las medallas que han sobrevivido á tantos siglos. Yo estaba en la mayor ansiedad, cuando Tulio, inteponiéndose entre Bruto y el Dictador, dijo á este: «¡Oh alma grande! Bruto no te odió á tí, sino á tu tiranía: En vida supiste admirar la virtud hasta en tus propios enemigos, y ni los irreconciliables odios del espíritu de partido pudieron bastante para que dejaras de mirarla con frente serena, y de tributarle alabanzas. Nadie mejor que tú supo apreciar la rigidez estoyca de sus costumbres, la integridad de su conducta, y la inocencia de sus moderados deséos; y si

no quieres que sea la virtud sincera, alomenos debes reconocer que fué su verdadera é ilustre imagen la que dirigió su brazo vengador.» Cesar con mansedumbre repuso: «¿Qué es lo que no puede tu persuasiva y triunfante palabra, que ya me rindió en la acusacion de Ligario? La sentencia y las pruebas manifiestas de su delito me cayeron de las manos, y le absolví, no persuadido, pero sí conmovido.—Esto fué debido mas bien á tu natural clemencia que al poder de mis palabras.—Fué efecto de ambas causas, si tu quieres, pero de una y otra recojimos despues indigno fruto: por mis propios ojos ví entre mis asesinos al mismo Ligario....! Mira que hombre salvamos, tu con la lengua y yo con la clemencia.»

Bruto con magestuoso continente permanecía en silencio, cuando Tulio le alargó su amistosa mano diciendo: «Consumaste tu empresa, y debes estar satisfecho de haber sacrificado en las aras de la Patria una víctima tan ilustre: pero el conservar aun antiguos odios cuando el tiampo ha borrado sus justas causas, sería vana obstinacion mas bien que generosa constancia. Si algo influye en tí el poder de mi amistad y la

pureza de mis opiniones y esfuerzos, que tanto contribuyeron en otro tiempo á moderar nuestros trastornos civiles, te suplico te muestres ahora tan magnánimo como fuiste. Ya que por altos motivos acabaste con el débil cuerpo del Dictador, manifiéstate ahora benigno con su alma grande, que sepultaste en este destierro perpetuo.»

A estas palabras pareció serenarse el sombrío semblante de Bruto, y el Dictador con su natural afabilidad unió su mano á la que le había atravesado el corazon, demostrando su apacible frente que todo deséo de venganza había cedido al placer de reunirse con ciudadano tan magnánimo. Entonces Bruto le dijo: «¡Oh Cesar! Si sumergí el puñal en tu pecho no fué por odio á tu persona, sinó por la salud de la Patria.... Despues de veinte siglos, estinguido con nuestros cuerpos el móvil de las humanas empresas, podemos proferir sobre él un acertado é imparcial juicio: Dime en verdad; ¿no te parece que los dias para tí mas felices, fueron para la República los mas funestos?» Al oir esta cuestion Tulio esclamó: ¡Oh debate libre, grande y solo propio de dos almas tan elevadas! En esto, Antonio quiso contrarrestar á Bruto, to-

mando el partido de César, como bajamente lo habia hecho en vida; pero este le impuso silencio y dijo á Bruto: » Despues que tu puñal me hizo desaparecer, ¿triunfó acaso la libertad? No; *contestó este*, porque quedó presa entre las garras de este mismo Antonio y de tu sobrino Octaviano, que renovaron las proscripciones de Sila y cortaron las cabezas mas beneméritas. — ¿Y que fué de tí, Bruto? ¿qué premio te dió la patria por la atrocidad que pretendes haberle sido util? — El premio de la virtud es la alabanza y agradecimiento de los buenos y la fama póstuma; y si el rigor é injusticia de la fortuna puede llegar á arrebatarle estos galardones, siempre queda indestructible el mas puro y cierto, que es el de la conciencia satisfecha de haber consumado una útil y grande empresa. — Pero ¿cual fué tu fin? — Oprimido por la comun desgracia de Roma, volví contra mi propio pecho aquel acero vengador que ya era inutil. Caí, pero caí junto con mi Patria sin sufrir la vileza de verla en la esclavitud. — Hé aquí, pues, probado que tu empresa fué inútil en sus efectos; veamos si alomenos fué justa en sus motivos: esplica cuales fueron. — « In-

genio elevado y magnánimo, pero incapaz de sumision; corazon grande, pero inmoderado en sus ecsigencias; índole generosa, pero enemiga de nivelarse á una justa igualdad civil; ánimo heróico, pero dominado del frenético furor de empresas estraordinarias: Tal fuiste tú; tales fueron tus brillantes vicios é insidiosas prendas: Jamás ciudadano alguno fué tan pernicioso á la vacilante libertad; jamás te contuvo el freno de la virtud para llegar á alta fortuna, y cuando te viste elevado, ostentando clemencia dejaste la vida á los que habian podido salvarla de las destructoras escenas que sirvieron como de gradas al trono de tu poder. Para que no digas que me reduzco á asertos generales, voy á buscar las pruebas en los hechos particulares de tu vida, y no haré mencion de la vergonzosa depravacion de tus costumbres privadas sino de tus vicios públicos. Acuérdate que cuando joven, aunque maduro en maldades, no podías emprender la marcha para el Proconsulado de la Iberia, porque habiendo en los comicios, para ganar los votos, disipado toda tu fortuna, los acreedores te tenían ignominiosamente detenido, y no hubieras salido de aquel apuro, ni ocu-

pado tan alta dignidad, á no haberte el rico Crasso prestado sus ausilios. Llegado despues al Consulado por medio de nuevas seducciones y dádivas, fuiste mas sedicioso que un tribuno de la Plebe, á la que alhagabas con astucia, para prepararte entre las borrascas civiles el camino que debía conducirte á mayor elevacion y grandeza. Al ver que proponías de nuevo el siempre pernicioso fomes de los desórdenes populares, la ley Agraria, suspiraba el Senado, temblaban los mejores ciudadanos y entre ellos el admirable Caton: tu colega Bibulo se oponía á tus tortuosas miras, pero tu apelaste al Pueblo.....! ¡oh deplorables comicios en los que reynaba el terror infundido por tus Satelites con los puñales mal encubiertos bajo las togas. Apenas Bibulo empezó en la tribuna á hablar contra la ley que habías propuesto, cuando la plebe, movida por tus secretos resortes, cubrió de inmundicia la venerable cabeza del Cónsul, rompió las haces de sus Lictores, arrastró á su misma persona por las escalera del templo de Castor, y cubrió de sangre y de heridas á los de su comitiva, y entre estos se encontró atropellada la inviolable dignidad de dos Tribunos: Dos veces quiso

el magnánimo Caton contener con su voz, hasta entonces respetada, los escesos de aquella reunion tempestuosa, y dos veces tus Esbirros lo arrancaron de la tribuna. Asi es que, abandonando todo miramiento y delicadeza, perturbastes con descaro la República, prostituida ya á tus manejos: Tu oprimido Colega tuvo que reduirse en el resto de su Consulado á renunciar al ejercicio de su alto ministerio y á buscar su seguridad dentro los muros domésticos, abandonando en tus manos espirante la libertad. Cuando el mando de la provincia de las Galias te alejó por diez años de nosotros, te preparaste á sernos mucho mas funesto, porque aquellas guerras no fueron para tí mas que gloriosos ensayos para saber mejor vencer despues á los mismos Romanos. Acuerdate del dia infáusto en que pasaste el Ródano, é invadiste esta patria, muda y azorada con el esplendor de tus armas. ¡Miserables triunfos y triste disciplina de tus legiones, con que hiciste á Roma el donativo de una falsa gloria y de una verdadera esclavitud! Desde entonces, haciendo ostentoso escarnio de nuestra libertad no te saciabas de decir que esto de *República* era un vano nombre, que Sila habia sido indiscreto

al despojarse de la Dictadura, y que en adelante los Romanos debian respetar como leyes tus palabras. Envilecidos los animos, con hipócrita semblante empezó la multitud, cual revaño de obejas, á rodear al nuevo Tirano, haciendo triste gala de rivalizar en bajezas: entonces fué cuando empezaron á oirse aquellas voces que te aclamaban por Rey, y poco despues se viéron tus estátuas coronadas de real diadema, y á este Antonio, entonces Cónsul, en las fiestas *Lupercales* presentarse desnudo baylando en aquella necia celebracion que tu presidías sentado en trono de oro, y ofrecerte la Real Corona; se postró á tus piés suplicandote la aceptases, y tú, continuando cual actor trágico aquella ridícula comedia, la reusaste. Aquella escena nos dejó la duda de cual de los dos era el mas esperto, el uno en el fingir y el otro en el adular. »

« No obstante, el murmullo de la multitud, y su sucesivo silencio amenazador á la vista de tan vergonzosa escena, nos probó que tus manejos no habian podido aun depravar el ánimo del Pueblo hasta tal grado, que estuviera totalmente estinguido su antiguo odio á la dignidad real.

Pero si en la opresion no hubiese alcanzado nuestra sagacidad á penetrar el corazon del Tirano, tu mismo te manifestaste bastante solícito en darnoslo á conocer, cuando L. Cotta, custodio de los libros Sibilinos, divulgaba la voz de que, segun aquellos oráculos, solo un Rey podía vencer á los Partos, y que por lo mismo convenía revestirte de aquel título; añade á esto la servil bajeza con que se propuso en el Senado el darte cartablanca de disolucion paraque, aprovechando de la comun esclavitud, pudieses obligar sin oposicion á cualquier muger á satisfacer tus torpes deséos. Si estas no eran pruebas suficientes de tiranía, ¿que otras debíamos aguardar, sino que nuestra propia vida, la de nuestros hijos, el candor y delicadeza de nuestras Esposas é hijas viniese á ser una dádiva gratúita y diaria de tu clemencia? ¿Querías aun mas? ¿No bastaba ver los campos de Farsalia sembrados de miembros romanos, decapitado por manos traidoras el gran Pompeyo, errantes y fugitivos los buenos ciudadanos, la Patria en luto, tu trono sentado sobre el esterminio de tus compatriotas, y tu manto teñido, no de púrpura, sino de sangre Romana? Entre-

tanto la infame adulacion te llamaba Jupiter Cesar, y Dios invencible; se erigían templos, aras y simulacros á tu culto, y Sacerdotes ofrecían libaciones, inciensos y sacrificios á tu divinidad que yo aterré con un puñal.»

CAPITULO TERCERO.

César alega la corrupcion general de la República, y sostiene la necesidad de la Monarquía.

Calló Bruto; y dirigiendose César á la multitud, dijo: «Si de alguna gracia se ha hecho digno Julio César con su liberalidad, con sus triunfos y con su grandeza de alma, el único galardon que os pido en muerte es que digneis oirme con benevolencia: Si fuí culpable, la terrible venganza del acero de este y de sus secuaces pudo apagar vuestra ira; pero alomenos en vuestro ánimo no me condeneis sin oir mi defensa, como se concede hasta á los malhechores.» *Volviéndose en seguida á Bruto, continuó:* » Asi como has espuesto las razones que te guiaron para libertar á Roma de mi autoridad, como de funesto obstáculo, tambien debes permitir que esponga las que me indugeron á elevarme sobre la igualdad civil: Puede contarse como primera y fundamental el fatal destino de Roma, que parecía haber conducido á cuantos profesasen algun resto de virtud á escojer una de dos condiciones, ó el Imperio, ó la Esclavitud. A mas de que, la generalidad no podía dejar de estar animada del deséo de rehacerse, bajo el gobierno de un soberano moderador, de los continuados trastornos de la bulliciosa licencia; pues eran tan antiguos, numerosos, inveterados, incurables y desastrosos sus daños, que á su impulso la verdadera libertad había desfallecido, agonizado, y perecido mucho antes que nosotros viesemos la luz.»

«Paraque te convenzas de estas verdades acuerdate, que cerca un siglo antes de que yo pereciese á tus manos, la osadía del Tribuno Curiazo había llegado al estremo de amenazar de carcel á los dos Cónsules Scipion Násica y D. Junio Bruto, y estuvo prócsimo á ejecutarlo el furor del Pueblo ya encenagado en ciega licencia. Despues de aquel mísero consulado, apenas pasaron

cinco años que empezaron, no diré las discordias, sino mas bien las guerras civiles durante el tribunado de los Graccos; y si la muerte de estos no fué suficiente prueba de la escesiva é irremediable depravacion, luego víno á Roma para acabar de patentizarla al universo un Rey bárbaro. Hablo de Jugurta, usurpador del trono de la Numidia por medio del insidioso asesinato de sus hermanos: Nuestros Cónsules Scauro y Calpurnio, que fueron á castigar aquel crímen, volvieron vencidos por los tesoros del Criminal. Llamado este despues á Roma para dar sus descargos y defensas ante un Senado ya de antemano corrompido con sus usurpadas riquezas, se presentó con serena y altanera frente, seguro de la vileza de sus Jueces. Mientras se instruía la causa de aquellos parricidios, con el mayor descaro consumó uno nuevo sobre la persona de su otro hermano Massiva, en el seno de esta misma Ciudad donde el desgraciado había venido á buscar un vano refugio contra el insidioso puñal: La pena que por esta y demàs maldades pronunció el Senado fué la de hacer marchar á Jugurta con tanta sorpresa de este mismo Criminal, que al

alejárse volvió la vista acia estas murallas y profirió este oprobioso y merecido desprecio: *Venal Ciudad, pronto perecerás, si encuentras un comprador.*»

«Si algun ciudadano no participaba de la corrupcion jeneral, se hacía el blanco de todos los insultos, como sucedió al Censor Q. Metelo Numídico, cuyo corazon estaba aun inflamado del ardor de las antiguas virtudes: el Tribuno C. Asinio descargó contra él su odio, atacándole en medio del dia en la calle, y conduciéndole á la roca Tarpeya para precipitarle como lo hubiera hecho, si algunos no hubiesen acudido en su socorro. No obstante, fué tan maltratado el Censor en aquel tumulto que le manaba sangre hasta por las orejas. Su virtud se hacía tan molesta, que el hombre mas audaz que se ha conocido, el Tribuno Saturnino, con la mas inicua temeridad se complacía en ultrajarle.»

«Ni la elocuencia ni la dignidad eran atendidas en los comicios, y solo ejercian su influjo el barro, las piedras y el puñal en aquellas reuniones, antes pacíficas y libres, de modo que en una de ellas el feroz Tribuno se arrojó contra Metelo, que para sustraerse se refugió al Capitolio: pero aun

en aquel lugar, donde poco antes había triunfado, fué intentado su sacrificio, y solo derramando sangre romana en las faldas de aquel monte, pudieron los Patricios salvar aquella vida preciosa, que espuesta despues á diarios insultos, pudo conservarse para tiempos menos desgraciados buscando su seguridad en Rodas. »

« Saturnino, ebrio de empresas sanguinarias, concluido su tribunado, aspiró á la reeleccion; mas cuando se vió escluido, armó con sus viles secuaces en el mismo comicio un violento tumulto, y en vuestra propia presencia, dóciles Quirites, asesinó á Aulo Nonnio, el último de los diez Tribunos elegidos, proclamándose á sí mismo en lugar de su víctima. ¿Acaso no érais dignos de semejante ultrage? Saturnino, en mengua de las leyes, no solo permaneció impune en aquella dignidad, mas aun la ejerció con el tiránico furor, análogo al violento medio con que la había conseguido. ¿Que podia entonces considerarse seguro en Roma, sino la iniquidad? ¿Que magistrado era inviolable; que ley acatada, que virtud no escarnida y vilipendiada? Con pesar recuerdo tan odiosos y lamentables acontecimientos, indignos de

las eternas contemplaciones; pero no puedo pasarlos en silencio ante esta reunion de generaciones anteriores, contemporáneas y posteriores á los mismos sucesos. Entre vosotros habrá acaso testigos del inaudito ultraje que Saturnino hizo al Pretor Glaucia: mientras este estaba sentado en el comicio, sintiendo aquel que su presencia le era molesta, le echó fuera, é hizo pedazos su silla curul. Pero, ¿de que podeis pasmaros? ¿Acaso la torpe ferocidad de aquel Tribuno encontró freno para asesinar, á la faz del pueblo y del Senado, por mano de sus satélites, á Memmio con la esperanza de obtener la mayoría de votos para el Consulado? Es verdad que el pueblo, hasta entonces frio espectador de tantas iniquidades, pareció dispertarse subitamente de su letargo, y á su furor fué sacrificado Saturnino; su cuerpo fué hecho pedazos y su cabeza, tan vilipendiada en muerte como insolente en vida, fué paseada en triunfo por la ciudad. Asi es que los estragos eran la pena de los estragos, los delitos se corregian con delitos, y los remedios no eran mas que la confirmacion de los males. »

« Pareció desde entonces serenarse el cie-

lo, y cual benéfico rayo del sol que penetra tras los tempestuosos nublados, apareció de nuevo el ilustre Metelo, el mismo año de mi nacimiento; pero no tardaron en afligirnos de nuevo las turbulencias civiles, de las que en mis primeros años fuí triste espectador. Por una parte el Tribuno Druso fomentaba la licencia popular, y por otra el Senador Cepion sostenía la tiranía aristocrática de los Magnates. La discordia de estos dos ciudadanos fué tan grave y tan perniciosa como pueril su origen. Algunos recordareis aun, que la amistad que aquellos se profesaban en su juventud, había llegado á tan vergonzoso estremo que cambiaron mutuamente de Esposas; pero luego, deseando los dos comprar un mismo anillo, por tan simple bagatela riñieron, y su rencor fué siempre en aumento, hasta que desfogando su odio en los comicios, arrastraron la desgraciada ciudad al ruinoso ímpetu de su contienda, y el Tribuno llegó á amenazar á su contrario con la roca tarpeya que, de hermosa meta en los triunfos, había pasado á ser instrumento de suplicio á los que se oponían á la ira del vulgo. Si aquella no fué mas que simple amenaza, no sucedió asi con

el Cónsul y Senador Filippo, que sufrió todos los efectos de la audacia de Druso, á quien su autoridad era molesta, despues de arrojarle á la carcel tan sumamente maltratado, que iba cubierto de sangre; y al verle Druso en aquel lastimoso estado, con feroz escarnio dijo: *No es sangre, sino salsa de tordos*, como queriendo echar en cara al Cónsul su intemperancia en los banquetes.»

«La violencia era el único freno de la violencia, y asi, Druso antes de acabar su tribunado, á traicion fué asesinado de noche, sin que jamas se hayan conocido sus asesinos. ¡Ojalá con él se hubiesen sepultado para siempre aquellas funestas discordias.! Pero nó; pronto se renovaron con furor á motivo de los usurarios prestamos de los Patricios á la plebe, que tantos daños causaron á la república. Esta clase de juicios competían al Pretor, dignidad que entonces ejercía A. Sempronio Aselio, quien procuraba oponerse à la ambicion de los acreedores que oprimían al pueblo: Pero los Patricios, para probar que la Justicia era un vano nombre, atacaron el Pretor mientras celebraba un holocausto; y este, herido de pedradas, habiéndosele caido de

las manos los sagrados instrumentos, trató de refugiarse en el vecino templo de Vesta, pero hallando el paso cerrado por sus enemigos no tuvo mas arbitrio que meterse en una taberna, donde fué asesinado. En vano el Senado empleó su autoridad, y ofreció premios para descubrír los culpables de aquella atrocidad, pues quedaron ocultos apesar de haberla cometido à la vista de todo el pueblo: lo que prueba que en Roma era feliz solo la maldad.»

«¿Me atreveré á recordaros la funesta época, cuya historia escrita con sangre Romana comprende las bárbaras empresas de los insaciables Mario y Sila?» A estas palabras se levantó un triste murmullo de lamentos, la afliccion asomó en los semblantes, y un gesto universal de horror manifestó lo odiosa que era la memoria de aquellos monstruos: Cesar, cual marinero está observando impávido la ola amenazadora, despues de un momento de silencio, prorrumpió: «¡Ah tardías y vanas quejas! Si solo el nombre de aquellos verdugos os hace estremecer ¿porqué sufristeis sus estragos?» Hizo una respetuosa pausa; calmó la agitacion y luego continuó: «Sila era Cónsul en la robusta edad viril de cincuen-

ta años, al siguiente á la muerte del Pretor Aselio: Sila pedía el mando del ejército contra Mitridates, el mas glorioso y formidable enemigo de los Romanos; y Mario, ilustre ya por sus triunfos contra los Númidas, Teutones y Cimbrios, y por seis Consulados, á la edad de setenta años, débil y enfermizo, disputaba á Sila el mando de aquella espedicion, ambicionando concluir su vejez en los campos de Capadocia y del Ponto. ¡Rivalidad magnánima en el fin, y triste en sus resultados! Para procurarse Mario vuestros votos, ganó á su partido al Tribuno P. Sulpicio, hombre insaciable de oro y de sangre, y sin igual en vicios, de los que no podía distinguirse cual le predominára. El título de Ciudadano Romano, que en tiempo de nuestros pasados era mirado como honorífico premio de los fieles aliados, era degradado y vendido publicamente por aquel Tribuno, que llenaba los Comicios de hombres ruines, hechos Ciudadanos no con servir á la Patria sino con depravarla: para hacer ostentacion de su criminal audacia, tenía asalariados unos tres mil satélites armados, siempre prontos á ejecutar sus planes, y no se presentaba en los Comicios sin ir acom-

pañado de seiscientos jóvenes caballeros, que se titulaban *Anti-Senado*, y que aspiraban á merecer este dictado con sus obras sediciosas y tiránicas. Habiendo nombrado el Senado por General á Sila, el Tribuno movió los suyos en apoyo de la pretension de Mario: Vuela y silva el mortífero acero, huyen los Cónsules; el Comicio queda sembrado de cadáveres; Sila corre á reunirse al ejército en el campo; y Mario es proclamado General en Comicio de delirante Plebe sobre la sangre que corría aun humeante.»

«Sila que jamás sintió en su pecho el menor asomo de piedad, movió á venganza cruel contra su Patria sus legiones destinadas á adquirir nuevos triunfos en Asia: Su entrada en estos muros fué la de un hambriento tigre; por las calles, en las mismas habitaciones no reinaba mas que llanto, lamentos, estrépito de armas y suspiros de moribundos; el mismo Sila con torvo ceño instigaba á los suyos á que sin compasion incendiasen la Ciudad. Vosotros, aterrorizados y despechados, desde lo alto de vuestras humeantes casas arrojabais las mismas ruinas sobre los feroces Silanos, que mas irritados con vuestra defensa daban

nuevo alimento á las llamas. Aquello ya no era tumulto, sino guerra destructora: el Aguila Romana, convertida en insignia de muerte y de esclavitud, fué plantada en Roma por uno de sus Ciudadanos. ¡Oh dia deplorable, dia nefando, y el último de esperanza de síncera libertad! Aquel Mario, que tantas veces había salvado de los Bárbaros á Roma y á la Italia, huyó entonces de estos muros; y si los infames degüellos pueden tomar el nombre de victotoria, puede decirse que esta quedó por Sila, quien reuniendo en seguida su ejército en la Campania, se dirigió á Grecia contra Mitridates.»

«Ni con la ausencia de aquellos feroces competidores respiró la Patria, porque cuidaron de perpetuar las discordias sus dos mismos Cónsules Cn. Octavio y Cinna. Este, despues de haber jurado fidelidad á Sila en el Capitolio, habiendo recibido de los fautores de Mario tescientos talentos, armó á los esclavos y á la Plebe, y propuso que este fuese llamado: su colega se le opuso; y hé aquí la guerra civil encendida entre los dos Cónsules, el Comicio regado de nuevo con vuestra sangre y cubierto de cadáveres á millares. Derrotado Cinna, sa-

lió de Roma, recorrió la Italia, reunió secuaces, se le juntó Mario; y los dos animados de feroz venganza dirigieron contra estos muros el acero, aun humeante de sangre civil. Entonces la defensa de Roma fué confiada á Pompeyo Estrabon; pero, como que el Cielo condenase el atroz espectáculo, en que al pié de los patrios muros los Padres derramaban la sangre de sus hijos, los hermanos se batían con los hermanos, un borrascoso nublado cubrió el campo de batalla, y un rayo consumió á vuestro caudillo y defensor. Con la calamidad pareció aumentarse la barbarie de la Plebe, llegando esta al estremo de arrancar del féretro, en que era conducido á la pira, el cadaver, y de arrastrarlo por las calles. ¡Oh Romanos, este fué el que nos dió á Pompeyo tan dignamente llamado el Grande, cuyo ilustre mérito admiré apesar de ser mi émulo de cosa tan indivisible como el Imperio!»

«El rigor de la suerte obligó en breve al Senado á implorar, no la paz sino mas bien la piedad de los dos crueles sitiadores: Entró primero Cinna precedido de sus lictores; Mario se paró en la puerta, y con atroz sonrisa dijo que no podía entrar, si

antes el Pueblo en los comicios no revocaba el destierro á que le había condenado: Mientras con solícita ansiedad se estaban reuniendo los votos, Mario adelantó con su gente, ocupó y cerró las puertas de la Ciudad y soltó á sus asesinos, la mayor parte esclavos que él había declarado libres, los que sembraron por todas partes la desolacion y el esterminio. En aquel dia de sangre visteis las calles sembradas de cadaveres, los niños estrellados por las paredes, las madres ecsánimes, las jóvenes violadas, y Mario, cual hambriento lobo en un corral de ovejas indefensas, esterminar á los Ciudadanos. Las tribunas se veian cubiertas de cabezas de los Patricios mas ilustres, y vosotros, Romanos, que poco antes érais no sé si libres ó insolentes, acobardados entonces bajo el peso de la desgracia, no sabíais mas que presentar temblando vuestra cerviz á los asesinos que os la hacían saltar con fiera sonrisa. Si en medio de tanta abyeccion el Cónsul Cneyo Octavio, vestido de toga y en su silla curul, intrépido entre los lictores esperó su suerte, no fué por cierto un sincero ejemplo de constancia, sino un rasgo de necia credulidad; porque despues de asesinado, se

le encontró entre sus vestidos la declaracion de un Astrólogo, que le había asegurado que no perecería en aquellos desórdenes. »

«¿Que atrocidades os recordaré entre tantas como se cometieron? El Senador Sesto Licinio por orden de Mario fue precipitado de la roca tarpeya; el mismo hijo de Mario asesinó á un tribuno del Pueblo y envió como grata oferta la cabeza á su padre. Dos de mi estirpe, los hermanos Lucio y Cayo César, perecieron en aquella funesta crisis, este vendido ingratamente á los asesinos por un cliente suyo, en cuya casa se había refugiado, y á quien con su elocuencia había salvado la vida; el otro degollado sobre la tumba del Tribuno Vario como digna víctima sacrificada á los manes de su índole feroz: P. Craso presenció el asesinato de su hijo, y no pudiendo suportar tanto dolor se dió la muerte sobre aquel mismo cadáver. Entre las infinitas maldades que entonces se cometieron, sin duda llorareis aun la muerte del Orador M. Antonio, que no tuvo mas motivo que el odio de los malos contra los buenos: cuando supo que M. Antonio estaba preso por sus agentes, el tirano Mario estaba sobre la mesa, y ebrio de vino y de sangre pareció fuera de sí de alegría, entregandose á torpes, crueles y convulsivos aplausos; sus compañeros de banquete le contuvieron, paraque no fuese con su propia mano á derramar aquella sangre preciosa, y entonces mandó á Anio, su Tribuno militar, que le trajese luego aquella venerable cabeza. Fué Anio á la casa de Antonio, mandó á sus satélites que ejecutasen la sentencia y él quedó esperando en el umbral; pero la sola presencia de hombre tan respetable, y el poder de su escelsa elocuencia tenía perplejos á sus mismos asesinos, cuando el Tribuno, impaciente por aquel breve retardo, entra y con su propia mano corta la cabeza al orador, mientras sus satélites, movidos à piedad, estaban escuchando sus ilustres palabras. Aquella cabeza fué presentada à Mario, quien acojió al asesino con frenéticos abrazos, y en seguida colocó la sangrienta dádiva entre los guisados de la mesa, para poder mejor satisfacer la atrocidad de sus ojos, sobre aquella cabeza que mandó despues colgar con otras muchas en las tribunas, para que fuese objeto

de horror donde de admiracion lo había sido.»

«Nada podían los méritos, nada la dignidad para refrenar el ciego ímpetu de la ira de Mario, que solo respirando venganza no se saciaba de inundar en sangre la ciudad, de donde poco antes la suerte de la guerra le había arrojado: Su mismo Colega Catulo, que tan particularmente había contribuido á la victoria contra los Cimbrios, no encontró gracia; y como que el esplendor de la gloria de este le fuese molesto, el feroz ánimo de Mario se hizo insensible á todas las suplicas presentes, á los pasados servicios y á los comunes laureles, y pronunció obstinadamente aquella terrible palabra: *muera*. Catulo desesperado encendió una hoguera debajo de una silla cubierta, se metió dentro y se ahogó entre las llamas. Igualmente Merula, Sacerdote de Jupiter, precavió su suerte suicidándose ante las aras de aquel Numen.»

«Eran tantas las víctimas que el feroz pensamiento de Mario tenía designadas, que apenas tenía tiempo de pronunciar las sentencias: Para facilitar su mejor espedicion, y para dejar marcados todos sus pasos con

un rastro de sangre, dió órden á sus agentes que tuviesen por condenados á muerte y ejecutasen á cuantos él no volviese el saludo; y así, aquel viejo verdugo con un funesto silencio hacía rodar á sus pies las cabezas de numerosos Ciudadanos que, ó se le acercaban á suplicarle, ó pasaban casualmente á su vista: Hasta sus mismos amigos, si es que puedan tenerlos los malvados, no se le acercaban durante aquellos sangrientos sucesos sino con la angustia y el sobresalto de la muerte. Por cinco dias y cinco noches aquella fiera devastó, incendió y ensangrentó esta tierra, que debía haberse abierto para tragárselo: sus atrocidades no tuvieron por límite las murallas de Roma, pues que la Italia toda fué inundada en sangre, y en medio de sus humeantes torrentes, satisfecho tripudiaba en los banquetes: pero en breve su intemperancia hizo lo que mas justamente competía á vuestro acero. Mario murió por fin de crápula y de vejez, cuando merecía espirar de media y en su cuna: fué funesto á nuestros enemigos, pero acaso mas á su misma patria.»

«La muerte de Mario no libertó á Roma del triste peso de aquella opresion; pues en

sus mismos funerales, el mas feroz de sus Satélites, Fimbria, agitado de furor, mandó asesinar al Pontífice Scévola, que celebraba la ceremonia: Este se salvó con la fuga, y Fimbria tuvo la osadía de citar en el Comicio como reo aquel hombre grave, sabio é inviolable, y al motivar su acusacion, dijo con escarnio que era por haber evitado Scévola los golpes que le estaban destinados. Como legado funesto de su nombre y atrocidad, nos dejó Mario á su hijo, el que, nombrado Consul cuatro años después, trató de esterminar aquellos pocos cuidadanos virtuosos que, cual raras espigas, habia pasado por alto la crueldad de su Padre; pero no pudiendo esceder á este en atrocidad, procuró sobrepujarle en perfidia, hasta tal estremo, que habiendo convocado al Senado, mientras los Senadores estaban sentados en deliberacion, fueron pasados estos á cuchillo por sus secuaces, quedando por fin comprendido en este esterminio Scévola, que cayó ecsánime en el atrio del templo de Vesta.»

«Mientras Roma se hallaba envilecida bajo el peso de tantos horrores, Sila combatía en Asia contra Mitridates, pero volviendo luego sus legiones contra nosotros, renovó sus destructoras venganzas: mientras estaba presidiendo el Senado en el Templo de Belona, hizo degollar á unos seis mil guerreros de Mario que se le habían entregado prisioneros y tenía encerrados en las inmediaciones. Los lamentos de muerte de aquella multitud, ahogaron las palabras en el pecho de los Senadores, que solo con sus tétricos semblantes y despavoridas miradas indicaban todo el horror de que estaban poseidos; pero Sila, como si estuviese en tranquilas funciones, dijo con calma feroz: *ocupáos de los negocios: son unos cuantos sediciosos que hago castigar.* Despues de aquella matanza viste luego correr la sangre por las calles á torrentes, y apénas podía bastar á satisfacer el furor de los ministros Silanos. En medio de tanta inseguridad y peligros pareció clemente la invencion de las proscripciones, porque á lo ménos daba lugar á esperar, que fuesen respetadas aquella vidas que no estuviesen comprendidas en las funestas listas, por medio de las que tantas cabezas eran vendidas á dos talentos cada una. Los primeros que aparecieron inscritos en aquel catálogo de muerte fueron los dos Cónsules de aquel año, y en se-

guida los Patricios y Senadores mas ilustres, en número de cerca cinco mil, y para que la memoria de aquellas destrucciones no pudiese borrarse, Sila, con temeridad sin ejemplo, hizo inscribir sobre el registro público los nombres de aquellos desgraciados: Asi es que por una inconcebible perturbacion de los espíritus quedaba confundida la virtud con el vicio. Si el Padre, el Hermano, ó el Hijo daban amparo al hijo, al hermano, ó al padre eran condenados á muerte: Si los parientes asesinaban á sus parientes proscritos, eran alabados y premiados, como sucedió á Catilina que empezó su funesta carrera con el fratricidio: Ni los templos, ni los Lares, ni la casa paterna, ni el tálamo conyugal eran suficiente asilo contra las asechanzas que cubrieron de luto toda la Italia; los maridos fueron sacrificados en brazos de sus esposas, los hijos en el seno mismo de las madres...! Ya no eran solo los hombres los proscritos, pues Sila descargó por último su furor contra el bello secso, contra el secso inerme que ninguna sombra hacia á su poder, secso respetado hasta de los bárbaros y salvages, y que en todo pecho humano apaga en lugar de encender la ira.»

CAPITULO CUARTO.

El Espectro de Gratidiano: César continua su discurso.

Así hablaba el Dictador cuando apareció un Espectro, con la cabeza vacilante y mal asegurada sobre su cuello, en el que aparecía la sangrienta señal de la segur; tenía los ojos vacíos y las manos cortadas. Al acercarse al Dictador le alargó los brazos mutilados en ademan de pedirle piedad ó venganza, y parecía salirle de las cavidades de los ojos lágrimas de sangre. A la vista de espectáculo tan horrendo César asombrado y compasivo suspendió su discurso, y luego el Espectro, como que sintiese ofrecer un cuadro tan lastimoso, desapareció entre la multitud. Entonces el Dictador continuó: «Hé aquí una terrible empresa de Catilina, de la que solo podía ser capaz un fatricida: Este es Graditiano, Patricio ilustre, proscrito solo por ser sobrino de Mario; Catilina inventó y dirigió su suplicio: Primeramente fué azotado por el Verdugo, luego le arrancaron

los ojos, le cortaron las manos y la lengua, y por fin le decapitaron. ¿Pero era alomenos permitido el sentimiento de la piedad á la vista de tan crueles suplicios? No, por cierto: un Senador que al verle se desmayó, fué asesinado en el acto. El mismo Catilina quiso presentar á Sila la cabeza de Graditiano, y despues fué á lavar sus ensangrentadas manos en el agua lustral del Templo de Apolo, como si hubiese celebrado una sagrada ceremonia.»

«La casa de Sila, abierta á toda clase de atrocidades, se había convertido en depósito de cabezas de los proscritos, donde acudían á presentarlas de todos los puntos de Italia los asesinos, para cobrar de aquella tesorería de infamia el precio de sus maldades. Allí eran igualmente presentados vivos los proscritos, que despues sufrían inauditos suplicios. En aquella época funesta, creo que no quedó en Roma mas que un jóven digno del título de ciudadano Romano; este era nuestro venerable Caton, de edad de catorce años, que conducido amenudo por su Ayo á la casa de Sila por la amistosa alianza de las dos familias, al ver contaminados de sangre los umbrales, en su generosa indig-

nacion apénas su Ayo pudo contener la espresion peligrosa de los trasportes de su ira contra aquel tirano, cuyos abominables ecsesos no sabía concebir que Roma se resignase á sufrir. Yo mismo, á la edad de diez y ocho años, fuí comprendido en el número de los proscritos, y obligado á salvar mi vida con la fuga, solo porque estaba enlazado por parentesco de afinidad con la familia de Mario; pero por fin, vencido el tirano, mas bien que por la piedad por las importunaciones contínuas de muchos que le suplicaban á mi favor, me borró de la lista, aunque arrepintiéndose despues diariamente de haber usado conmigo de aquella clemencia, tan opuesta á su índole.»

«Sería nunca acabar y escediera á mis fuerzas el recuerdo de tan numerosas atrocidades, que son mayores que las contadas las que quedarán por contar. Ciudades enteras fueron proscritas y sembradas de cadáveres: Prenesta fué desolada con el deguello de doce mil proscritos; Espoleto, Interamna, Florencia, Sulmona, Boviano, Esernia, Telesia y otras muchas fueron inundadas en sangre, incendiadas y destruidas.»

«Despues de estas inicuas empresas, Sila tomó el título de Dictador, y vuestra cobardía declaró aprobado de antemano cuanto aquel dispusiese: Pronto usó de este poder, apareciendo en el Comicio con veinte y cuatro lictores con la segur dentro de sus haces, y esta fué la primera vez que se vió en Roma á la autoridad rodeada de aquellas insignias de muerte. En seguida con cruel escarnio hizo prueba y alarde de su soberbia y de vuestro envilecimiento, invitando al pueblo á elegir nuevos Cónsules: Se presentó como candidado el esclarecido Patricio Lucrecio Offela, y desde su alto asiento Sila mandó á un Centurion que asesinase aquel Candidato, como en efecto fué ejecutado mientras este estaba captando los sufragios de la multitud. El pueblo indignado arrestó al asesino, y lo presentó como reo á Sila, sin obtener de este mas que el desprecio con esta contestacion, pronunciada con la calma de la maldad: *Dejadlo, porque ha hecho cuanto le mandé.* Un vil y triste silencio cerró vuestros labios, y sin que entre tanto número apareciese un brazo, un corazon de Romano, os dispersasteis temblando. De dia estaba Sila sentado en los Comicios, cual

Juez infernal de perpetuos suplicios, y de noche tripudiaba sin cuidados: ¡feliz Tirano! Allí concurrían histriones, músicos, jóvenes disolutos, mozuelos inmorales, impúdicas rameras y despreciables aduladores; con esta sociedad infame, en lascivas diversiones y banquetes prodigaba Sila el tiempo, y la sustancia de los proscritos.»

«Para compensar el gran número de esclarecidos ciudadanos que había condenado al esterminio, dió este honroso título á unos diez mil de los hombres mas ruínes de la sociedad, y entre ellos á todos sus libertos, siempre prontos y sumisos á la voluntad de su amo. De este modo el insolente tirano se elevó sobre un monton de cabezas romanas, y despues de haber esterminado á mas de cien mil de vosotros, con noventa Senadores y dos mil caballeros, se dió á sí mismo los títulos de *Venusto, delicioso y feliz.* Es verdad que despues de tanto esterminio arrojó la segur, y pasó sus últimos años en una admirable calma, que puede dudarse si fuese efecto de aquel estremo desprecio con que os miraba, ó si de la vil abyeccion á que tenía reducido vuestro ánimo; pues era tal la humillacion de vuestras frentes, antes tan altivas contra la

tiranía; que árbitros de vuestra libertad, como el buey que libre del yugo dobla la cerviz para espererlo de nuevo, quisisteis permanecer esclavos.»

«¡Oh Tulio! hé llegado al triste recuerdo de nuestra desgraciada época, en que vimos sacrificado en el Comicio á pedradas y palos al ciudadano mas respetable, Caton, y arrastrado á la carcel al Cónsul Metelo por mano del Tribuno Flavio: tu mismo fuiste objeto del cruel escarnio del Tribuno Clodio, que en el Comicio escitó á la Plebe à cubrirte de inmundicia; el orador Ortensio fné maltratado y herido gravemente, y el Senador Vibieno asesinado por el furor del Pueblo. Las haces consulares, que en tiempo de nuestros pasados inspiraban respeto y contenían el impetu de la Plebe, fueron entonces ultrajadas y destrozadas: Clodio inundó el Comicio y el Foro de facinerosos y asesinos soltados de las carceles, que esparcieron por todas partes el terror y la muerte, tiñieron el Tiber de sangre y obstruyeron su corriente de cadáveres. El mismo Pompeyo, tan admirable por sus empresas como venerado por sus virtudes, vió manchada su toga en el Comicio con su propia sangre. La dignidad

ya no era debida á los votos, sino á la osadía y violencia de los ambiciosos.»

«Al considerar esta corrupcion general que solo puede indicarse y no describrise, estarás convencido, Marco Bruto, asi como esta multitud, de que la verdadera libertad á fuerza de largos y repetidos ultrages había desaparecido de entre nosotros, no quedándonos esperanzas de otra condicion que la de un Imperio absoluto y vigoroso, capaz de contener la indómita licencia; los ánimos nobles que repugnaban sugetarse á la esclavitud debían procurar elevarse á una esfera donde no pudiesen alcanzarles la humillacion ni los insultos, y esta fué la peligrosa empresa que yo procuré llevar á cabo: No fuí yo el solo convencido de aquellas verdades, pues todos los hombres de algun talento declaraban que era ilusoria toda esperanza de libertad. Y en prueba visteis al gran Luculo que, despues de haber paseado vuestras triunfantes águilas por los campos de Asia, y arrojado mas allá de las corrientes del Tigris y de los montes del Táuro á Mitridates, desdeñando esponerse á los insultos del Pueblo, prefirió pasar el resto de su vida en ocioso retiro, donde se hizo tan ce-

lebre por sus banquetes como antes lo había sido por sus triunfos; y con este indiferentismo político quiso probarnos que las discordias civiles no las creía dignas de sus cuydados. Por otra parte, aquel Caton que en Utica tanto desdeñó mi clemencia, antes de suicidarse recomendó à su hijo que no se mezclase en los asuntos públicos, indignos ya de la atencion de un buen Ciudadano. Muchos fueron entonces los hombres pacíficos y virtuosos que para evitar las borrascas abandonaban estos muros, y se guarecían en el puerto de la vida doméstica y aislada, y entre tantos, Pomponio se estableció por largo tiempo en Atenas con sentimiento de cuantos cultivaban su dulce trato. Y tú tambien, M. Tulio, creías tan oprimida la Patria que vestiste de luto, y á tu ejemplo muchos Patricios y el mismo Senado aparecieron con aquellas lúgubres insignias en demostracion de duelo fúnebre á la muerte de la libertad: Asi es que, despues de la jornada de Farsalia, que pudiera llamar feliz si no hubiese vencido á Romanos con Romanos, decías que ya era prudente no solo rendir sino arrojar las armas.»

«Mientras la Patria, si tal podía llamar-

se, yacía sumergida en tan acerbos males, dos ciudadanos, celebres por sus grandes y brillantes empresas, parecían dividirse el Imperio: el uno era Pompeyo que permanecía en Italia; el otro era yo que estaba en las Galias, las que con gloria poco comun había sometido á vuestro dominio. El hado de Roma parecía suspendido, los ánimos estaban perplejos, y vacilante todo poder que no fuese el de las armas. No obstante el Senado, que de su pasada grandeza no conservaba mas que el orgullo, osó imponerme la destitucion del mando de aquel ejército, instrumento de mis triunfos, mandandome que reducido á simple particular é inerme, me presentase á aquel teatro de desórdenes. Aunque esta orden fuese tan despreciable como el cuerpo que la daba, me manifesté dispuesto á cumplirla, con tal que comprendiese igualmente á Pompeyo, y jamas merecí otra respuesta sino que obedeciese, y que los Padres de la Patria resolverían lo que creyesen conveniente acerca mi émulo: Con el pretesto de organizar una espedicion contra los Partos me obligó el Senado á ceder dos legiones, las que con insulto de mi credulidad fueron unidas contra mi al

ejército de Pompeyo. Yo no cesaba de confirmar al Senado que estaba pronto á obedecer mediante aquella justa condicion, pero mis cartas no servían mas que de escarnio: con todo, era tal mi deseo de evitar funestas discordias, que por último me sometí á ceder el mando de todos los ejércitos á Pompeyo, con tal que se me dejase una sola legion y el Gobierno de la Iliria. Estas humildes condiciones fueron recibidas con desprecio por los Senadores, que me declararon la guerra como á enemigo de su Patria.»

«Entonces, obligado no diré á una guerra sino á mi propia defensa, me dirigí á las orillas del Ródano, límite de mi Provincia; pero cuando puse el pié sobre el puente, cual hijo ante una madre ingrata y cruel, sentí desfallecer mi pecho, hasta aquel dia superior á las mas grandes empresas, y como que una helada mano oprimiera mi corazon, en la mayor perplejidad me volví á Asinio Polion, y le dije: *Aun está en nuestro arbitrio el retroceder, pero en la otra parte todo dependerá de las armas.* El y los demas que me rodeaban parecieron reprobar con el silencio mi indecision: y yo avergonzado de

mí mismo, cerré los ojos al abismo que me rodeaba, y pasé adelante. El Magnánimo Pompeyo, que se jactaba de convertir en legiones el polvo que con su pié levantara, huyó no solo de Roma mas aun de Italia, apesar de mandar fuerzas superiores en número. Los pueblos cedían á mis escuadras, vencedoras mas con la generosidad que con la fuerza. Perseguí á Pompeyo hasta Grecia, proponiéndole siempre, aunque en vano, la paz bajo discretas condiciones; y por último me ví forzado á hacer la última prueba de mi fortuna en Farsalia, donde desconocí al gran Pompeyo que, como oprimido de la fatalidad de su hado, mal combatiendo se entregó á la fuga: y si alguna virtud puedo gloriarme de haber profesado en vida, es por cierto la mas señalada aquella con que en dia de tanta desolacion, supe templar los crueles efectos de la derrota, pues cuando ví asegurada la victoria, recorrí las legiones clamando á los mios: *perdonad á los Romanos.* A la voz de mi clemencia, los vencidos, fiados en mi benignidad, permanecían tranquilos en el campo: puedo decir que, con pesar, yo Romano me ví vencendor entre tantos cadáveres Romanos. Al con-

templar aquel acerbo fruto de las discordias civiles, vencidos y vencedores me oyeron lamentar con dolorido acento de la horrenda necesidad que me había obligado á empuñar las armas, cuando toda ley era hollada, todo derecho ilusorio, y toda autoridad vilipendiada impunemente. No satisfecho de perdonar despues de la victoria á cuantos imploraban mi piedad, quise quitarme á mi mismo toda ocasion de venganza, y hasta ocultarme los odios que otros me profesaran, para vivir mas bien en peligro que en sospechas, condenando á las llamas sin leerlas las muchas cartas de sus fautores que fueron cojidas á Pompeyo.»

«Tú, Bruto; en aquel dia de la batalla fuiste el primer objeto de mis desvelos: Tú, secuaz de Pompeyo aunque le debías la muerte de tu Padre, estabas en Farsalia contra mí, que siempre te había amado cual hijo. Yo corría las filas para recomendar á mis guerreros que no se batiesen contigo, y que procurasen salvarte la vida; créelo, me palpitaba el corazon cuando se chocaron las legiones, temiendo siempre verte empeñado en un combate ó entre el número de los cadáveres: Pero tú, indigno de mi afecto, sediento de mi sangre

¿no podías acaso con mas honor saciarte de ella aquel dia, corriendo á mi encuentro á esponerte á la suerte de las armas? Por cierto que hubiera sido mas leal y gloriosa empresa para tí sucumbir en tan atrevida prueba, que sobrevivir implorando mi clemencia, obtenerla, conservar por muchos años la venganza en el corazon y la amistad en el semblante, y por fin, rasgado el velo, ostentarte sinceramente pérfido é ingrato. Aun me parece que te véo con el fulminante acero en la mano, respirando crueldad por tus ojos, en los que leí, aunque tarde, la sentencia de mi muerte: Espiré, creo, mas de estupor que de heridas, al ver que mis asesinos eran precisamente aquellos que me debían mas beneficios y confianza, y cuando te observé entre ellos, dejé la defensa de una vida que por fin te era odiosa. Cubierta mi frente con la toga, abandoné á vuestros aceros mis miembros, y entre los postreros gemidos el espíritu se engolfó en el piélago de la muerte. Cual haya sido la esencia de mi Imperio, si paternal, clemente, leal ó tirano, á vosotros, Romanos, es á quien toca declararlo libremente: pero tú, Marco, que habías sido testigo de continuas guer-

ras civiles, no por la libertad, sino por la eleccion de un tirano, era menester que tuvieses muy ofuscada tu mente, cuando pudiste esperar que, muerto yo, no se levantaría otro peor, dispuesto á encadenar á un pueblo de esclavos.»

CAPITULO QUINTO.

Contestacion de Bruto. Los dos Graccos.

Calló César fijando tristemente su vista sobre Bruto, quien, pensativo y como dominado y combatido de sentimientos diversos, fijaba sus ojos al suelo. Entretanto se dejaba oir un sordo murmullo de la multitud, que parecía ocuparse de establecer en varios sentidos un juicio sobre el Imperio de César. Tulio guardaba modestamente silencio, cuando Bruto, levantando la cabeza, empezó con gravedad diciendo: «Tú hablas como Tirano, cual fuiste, insidioso y lisonjero: jamás ramera alguna fué tan astuta en el arte de seducir á sus amantes como tú en el de someter los hombres á la esclavitud. Mal te alabas de haber otorgado la vida á quienes no debías

quitarla: Este es vicio natural de la tiranía, el ostentarse benigna cuando no comete alguna maldad que esté á su alcance: no es por cierto clemencia perdonar la vida á los que defienden la Patria y la libertad de sus Abuelos; es infamia combatirlos y crímen derramar su sangre. ¿Acaso á tu entrada en esta ciudad no encontraste las calles desiertas, las casas abandonadas, los Cónsules, el Senado, los Patricios, los Sacerdotes, todos los mejores ciudadanos al lado de Pompeyo? Allí estaba pues la verdadera Patria; en estas calles te quedó solo la tímida Plebe. Ni para encubrir tu crímen es menester que recurras á la pretendida necesidad del Imperio absoluto, porque esto fuera hablar como el empírico que mata al enfermo, y despues dice que no podía vivir. Contaste con artificiosa maña nuestras disensiones civiles, para sacar por consecuencia que solo el poder absoluto podía refrenarlas; pero mal te sienta apoyarte en unos escesos y vicios que tú mismo has protegido y fomentado, como instrumentos de tus miras asubiciosas. Te quejas, por ejemplo, de que la libertad de los votos había sido reemplazada en los Comicios por la violencia, y

por otra parte, durante tu consulado, cuando á tí te era dable y correspondía restablecer la fuerza de la libertad y de las leyes, destruyes una y otras, apelando para ganar una votacion á la violencia y al desorden; te quejas de que las insignias consulares habían perdido su antiguo prestigio, y tú mismo diste ejemplo de semejante desacato, instigando á la plebe á atacar y destrozar las de tu colega el Cónsul Bibulo; te quejas de que el Senado no tenía ya fuerza moral ni autoridad para hacerse respetar, y tú mismo, que le debías tu gobierno de las Galias, en lugar de restituirle aquel prestigio y autoridad que dices le faltaba, procuras destruir hasta sus cimientos, declarándote de hecho superior á su poder, y queriendo imponerle condiciones, siempre degradantes para la primera autoridad de un estado cuando, vienen de parte de un particular ó funcionario á sus órdenes; te quejas de las contínuas guerras civiles, y precisamente cuando las leyes parecían recobrar su imperio, y la libertad y la patria adquirir una nueva vida, tú mismo pospones aquellos sagrados objetos á tu ambicion, enciendes la tea de la discordia, atacas á mano armada á tu misma patria, y sacrificas en los campos de Farsalia á sus mas esclarecidos defensores. ¿Podrás, pues, apoyar la necesidad de un poder absoluto en la ecsistencia de unos vicios que tú reproduciste y fomentaste? Si algun resto de depravacion alimentaba Roma en su seno, nadie estuvo por cierto en posicion mas ventajosa que tú para acabar de desarraigarla, pues todo lo puede un ciudadano revestido de la confianza del pueblo; pero para ello era preciso que no tuvieses mas ídolo que la libertad, ni mas norte que las leyes: mas desgraciadamente tu único ídolo fué la ambicion, tu norte el hipócrita engaño, y tus mejores instrumentos los vicios y desmoralizacion que hiciste servir de gradas al trono de tu grandeza.»

«Si Pompeyo hubiese tenido la fortuna como tuvo la justicia de su parte, hubieras visto que la Patria no se hallaba en aquella condicion desesperada: Él era temible á nuestros enemigos, y apacible con nosotros, brillante pero no jactancioso de gloria, siempre moderado en sus prosperidades, no ambicionaba en su patria otra dignidad que una libre confianza en sus sínceras virtudes: Cuanto le elevaran sus triunfos, otro tanto se complacía á descender

hasta la igualdad comun. Él, sometido á las leyes, síncero amante del órden, obediente al Senado, de ningun otro título estaba mas ufano que del de ciudadano; cuando tú procurabas solo hacer escarnio de aquel venerable cuerpo, burlarte de las leyes y declarar la Patria en necia incapacidad: por esto recordaste las atrocidades de Sila, que en efecto fueron tales; pero aquel á lo menos soltó la cuchilla, cansado ó saciado, y dijo: *Aquí me teneis igual á vosotros, y pronto á rendiros cuenta de toda la sangre que hé derramado;* cuyo acto envuelve de un cierto velo de esplendor aquellas atrocidades. Este asesinó muchos ciudadanos, pero no la Patria: Tú asesinaste á la vez á unos y á otra.»

«Pero de todas tus quejas, lo que mas me ha sorprendido ha sido el cargo que me echas en cara de haberte quitado la vida insidiosamente: ¿Acaso á los tiranos, que oprimen la Patria indefensa y sacrifican á los ciudadanos inermes, puede y debe atacarseles con otras armas? Los mas beneméritos ciudadanos supieron y alabaron mi proyecto, y solo su unánime consentimiento pudo incitarme á llevarlo á efecto, no alcanzando otro medio de reanimar un pueblo que tenias abatido y engañado: Aquella empresa fué algo mas justa que la tuya en Farsalia; á mas de que, si quieres calificarla de crímen y de desorden, te diré que hasta un desorden y un crímen es laudable y meritorio cuando se dirige á restablecer la libertad y el imperio de las leyes, y no á destruirlo como hicieron todos tus atentados. Es tanta tu disolucion y poca delicadeza, que te complaces en llamarme tu hijo, y en acriminarme que hé ofendido los dulces sentimientos de la naturaleza, sin atender á que la dignidad de la moral pública reprueba la ostentacion de los efectos de culpables tratos: Si tú me engendraste dando muerte al honor de ageno tálamo, yo dí fin á tus dias para dar vida á la Patria; al amor de esta pospuse todo otro sentimiento, y mi corazon, inflamado solo por tan generosa venganza, fué de hielo para los demas afectos: Pero te repito que no odié á César, sino á su tiranía. La mano tembló al sepultar el puñal en tu pecho, vaciló mi pensamiento, y estuvo en peligro mi virtud: Bástete, pues, magnánimo enemigo, la satisfaccion de haber hecho vacilar por un momento la constancia de Bruto.»

Estas palabras, pronunciadas con el acento de un afectuoso heroismo, conmovieron sobremanera al Dictador; quien, combatido al parecer por opuestos afectos de resentimiento y amistad, cedió á la ternura, y al dar afectuosamente la mano á Bruto, se veían correr tiernas lágrimas por los dos magestuosos rostros. En aquella interesante actitud permanecían los ilustres émulos cuando se presentó una Matrona entre dos osados jóvenes, á quienes daba la mano, y esclamó: «He aquí, Romanos, las primeras víctimas de la tiranía; vuestros mal correspondidos defensores: nadie se jacte de haber sido mas desgraciado que ellos por tan ilustre causa, ni madre alguna pretenda haber dado á la Patria mejores ciudadanos.» Al decir esto soltó la mano á los dos jóvenes como invitándoles á que hablasen, y uno de ellos, con voz afligida, dijo: «Espero que aunque sin cuerpo reconoceréis en mí á Tiberio Gracco, este es mi hermano Cayo, y no es menester que os diga que esta es Cornelia nuestra Madre, pues reconocereis facilmente á su magestuoso aspecto la digna hija de Scipion Africano, y la heredera de su magnanimidad: Nosotros fuímos víctimas de una

borrasca política que nos sepultó en el piélago de la muerte. Tú debes animarte, Madre, al contemplar despues de tantos años estos sepulcros que contienen las gloriosas cenizas de tu estirpe.» Cual espesa nube oculta la radiante luna, asi estas palabras difundieron un nublado de tristeza sobre el magestuoso semblante de la Matrona: sus hijos estrechándola en sus brazos parecían confortarla. Toda la concurrencia guardaba un profundo silencio en respetuosa espectacion: por fin Cornelia, con un gesto de sentimiento, levantó el velo que cubría su frente, y sacudiendo la cabeza, esclamó: «¡Desgraciados huesos en vano bañados de nuestras lágrimas! ¿no fueron pues suficientes ni la fama de vuestras obras, ni el esplendor de las virtudes para preservaros de los mas indignos ultrages? ¿ni nuestro cuidado en colocar vuestros restos, ni vuestros nombres esculpidos sobre estos sepulcros han bastado para sustraeros á las injurias de la fortuna? ¡A estas respetables urnas veíamos en otro tiempo acercarse los Ciudadanos con doloroso silencio! Yo fuí á lo ménos mas feliz en haber dejado el velo caduco de mis miembros en Miseno, donde pasé la últi-

ma parte de mi tumultuosa vida, contando con digno orgullo vuestras desventuras, oh hijos generosos, y las de mi heroico Padre! ¡Tu tambien fuiste mas feliz, Gran Africano, porque lejos de tu ingrata patria pasaste aislado los últimos años de tu ilustre vida en Linterno, donde dejaste tus depojos mortales!» Al decir esto, rasgaba las cintas matronales que retenían su cabellera, y derramaba lágrimas de despecho: Tiberio le contestó: «¡oh madre! nada está ecsento en la tierra del imperio del tiempo: nuestros pasados sufrieron, como nosotros ahora, sus injurias. Los siglos se alcanzan como ondas destructoras, sumergen las grandezas humanas, y las sepultan en los abismos del olvido. Sobre la tierra aparecen y desparecen las generaciones como débiles y fugitivas sombras: la viviente paséa sobre los huesos de sus abuelos; las crueles borrascas reducen á polvo y esparcen los soberbios monumentos, los humildes sepulcros, las lloradas cenizas. No te quejes pues, Madre, del hado comun y eterno.» Esta repuso: «Ningun tiempo debía ser capaz de acabar con la gloria de los Scipiones; gloria que llenó el universo de esplendor. No puede ser sino que la Italia

esté gimiendo bajo los insultos de los bárbaros y Piratas, ó acaso se halle desierta ó en poder de conquistadores, que habrán sumergido nuestra historia en la sangre los vencidos; quizá nadie entenderá ya nuestro idioma, ni será sensible á la antigua fama: porque de otro modo no estarían tan maltratados estos sepulcros que recordaban tan esclarecidos nombres.»

Yo estuve por presentarme á tomar la defensa de nuestra edad; pero temiendo que los Espectros, desdeñando mis molestas reconvenciones, desapareciesen, cedí al deseo de escuchar en silencio aquellos interesantes colóquios. Entretanto, Tulio, César, Bruto, Antonio y otras sombras ilustres contemplablan con ansiedad aquellos famosos semblantes, que por no ser de su época jamás habían conocido. El aspecto de Tiberio era grave y apacible, pero el de Cayo sombrío é iracundo, y uno y otro parecían no llegar á los treinta años: una belleza madura pero que el tiempo no había podido marchitar, una presencia que nada participaba de la blandura del bello secso; ojos casi marciales, cejas pobladas y severas, lábios halagüeños pero que parecían no haber conocido la sonrisa;

tal era el aspecto elegante de Cornelia.

Tiberio dirigiendo la vista á los que le rodeaban, dijo: «Aun me parece descubrir, Romanos, en vuestras imágenes incorpóreas impresa vuestra antigua benevolencia: reconocedme tambien vosotros como víctima sacrificada en obsequio de vuestra libertad. Estos muros, llamados por los ricos *Patria*, no eran para nosotros mas que triste cerco de esclavos de sus tiranías: Nosotros, oprimidos perpetuamente por las usuras, siempre deudores, y pródigos siempre de nuestra sangre, éramos sacrificados en la guerra por los Cónsules para evitarse el tedio de nuestras justas quejas. Los Patricios hacían resonar de continuo en nuestros oidos las venerables palabras de *Patria, República, gloria, grandeza del Pueblo Romano,* al paso que llenaban sus cofres de oro y se deleytaban en espléndidos y profusos banquetes donde disipaban los bienes del pueblo. Desde el principio de la República la tan conocida como burlada ley Licínia disponía que las tierras públicas, conquistadas por el ejército, fuesen distribuidas entre todos los ciudadanos; pero aquellos mismos campos que estaban regados con nuestra sangre fueron siempre dados á los Patricios, que yacían en tranquila y voluptuosa cama mientras vosotros os sacrificabais en su defensa. Yo, Tribuno, al ver desatendida vuestra honradez, pobreza, y desnudez que dejaba en descubierto tantas heridas honrosas, quise oponer mi pecho á la continuacion de aquel antiguo latrocinio, y lo hice apelando solo á la ley y á la razon: pero los insidiosos adversarios frustraron mis primeros esfuerzos sustrayendo y ocultando en el Comicio las urnas y votos que contenían: semejante atentado no pudo desalentarme, mas todos mis nuevos esfuerzos fueron combatidos con atrocidad manifiesta; ¿no visteis á los Padres togados abalanzarse contra mí sostenidos con pérfida violencia por sus esclavos y clientes? Yo procuraba con mi débil voz contener aquel tumulto, pero nada bastaba á vencer el estrépito de aquel tempestuoso Comicio: entónces no pudiendoos hacer conocer mas que por señas el peligro que me amenazaba, me puse la mano á la cabeza, indicandoos que iba á verse espuesta á inminentes ultrages. No bien había hecho aquella sencilla demostracion, cuando veo que el Cónsul Scipion Nasica recoje con su izquierda la toga, le-

vanta su derecha, y arrastra subitamente contra mí al Senado y sus satélites: segun pude conocer por el movimiento de sus labios y espresion de sus ojos debía de proferir feroces y tumultuosas imprecaciones que yo no pude entender; solo sé que todo el furor aristocrático se dirigía contra mí en desórden, cual tempestuoso huracan: los magnates con rabioso ahinco rompían los escaños del Comicio, y armados con sus fragmentos atropellaron mi indefensa é inviolable persona: la estúpida Plebe cedía sin resistencia á los Padres, si de tal nombre son dignos los opresores, y se humillaba bajo la furia de sus palos; y yo, arrastrado por el suelo y machacada mi cabeza, espiré sintiendo mas la suerte de Roma que la mía. Ahora si os merezco algun reconocimiento, desearía me esplicase alguno porqué se escitó tanta furia cuando me puse la mano á la frente, y cuales fueron mis asesinos.» Cayo le contestó: «¡Ah hermano, por fin bien hallado despues de tantos siglos en este océano de la muerte! ¿porqué deseas conocer maldades mas enormes que las que intentaste corregir? Aquel tu inocente ademan sirvió de astucioso pretesto para que los Senadores supu-

siesen que pedías la corona real, y procuraban hacerlo entender así al Pueblo para escitar contra tí su furia: el Cónsul Násica en aquel ademan en que lo viste gritaba; *Quien quiera salvar la Patria venga conmigo.* Todo el órden de los Patricios siguió su voz, y entonces vímos la toga, insignia de elocuencia y de paz, hacerse instrumento de destruccion y de sangre. Tú arrastrado por aquel furioso torbellino, con pedazos de los escaños fuiste herido en la cabeza por tus mismos colegas Satireyo y Rufo, y era tal la soberbia atrocidad de este último, que despues acostumbraba jactarse de aquellos golpes como de una gloriosa empresa. En aquel tumulto quedó el Comicio cubierto de mas de trescientos cadáveres de Ciudadanos: yo pedí en vano á los feroces Patricios tus despojos, deseando honrarlos con pompa fúnebre; pero fueron arrojados al Tiber para que arrastrados al mar quedasen á merced de los vientos. No saciado el Senado con aquellos desastres, desterró á muchos, y condenó á otros á muerte por su talento y adhesion á la justa causa; y merece particular mencion el horroroso suplicio de C. Bilio, que encerrado en un tonel con culebras, fué

abandonado à las olas: solo la ira aristocrática era capaz de invencion tan infame.»

«Pero tu muerte y aquellos esterminios lejos de abatir mi constancia, le sirvieron de estímulo: Aquel dia en que por fin debía otorgarse al Pueblo el premio de su valor, mi esposa, presagiando que yo no volvería á sus brazos, con mi hijo en su tímido seno se arrojó á mis pies en el humbral de mi casa; mas yo, en aquella última y brillante aurora de la libertad, inflamado solo de la gloria de mi empresa, cerré mi corazon á aquellos tiernos afectos que rinden hasta á las fieras. Pasé con severo silencio por última vez aquella puerta, donde ví caer desmayada y acaso ecsánime á mi adorada consorte, y sin detenerme la piedad que esta y mi hijo me inspiraban, solo la de la Patria me guió al Comicio. Fué por cierto admirable la severidad de Bruto que condenó á muerte á sus hijos para salvar á Roma; pero á lo ménos él condenó á traydores, cuando yo abandoné á las angustias de la muerte un hijo y una Esposa inocente, dotada de hermosura, de belleza de ánimo y de las mas cándidas costumbres.»

CAPITULO SECSTO.

Scipion Emiliano. Episodio contencioso sobre su muerte, y conclusion acerca la del Dictador César.

Apenas Cayo había acabado de hablar, apareció una sombra mugeril con tímido pudor: con delicada mano levantaba el velo que cubría sus abatidos párpados. Cayo pareció sorprendido al mirarla, y luego tendiéndole los brazos con la mayor emocion prorrumpió: «¿Por fin eres tú, Licinia, que por tanto tiempo hé buscado en vano en esta peregrinacion eterna?» Ella le contestó tiernamente: «Si; yo soy tu mísera consorte, que tanto lloró tú perdida! Por desgracia no fué el de tu separacion mi último dia; porque despues me ví condenada á arrastrar una breve y triste ecsistencia, mucho mas terrible que la misma muerte. A cuantas quedamos viudas en aquella fatal discordia, nos fué proibido ceñir el manto de luto y á mí se me quitó el dote; de modo que los inhumanos Patricios desahogaron al fin su rábia

feroz contra el secso inerme é impotente. El Tiber surcó teñido en la sangre de tres mil Ciudadanos Romanos que perecieron en el conflicto de aquel dia: Fulvio, que por su consulado y por sus triunfos contra los Galos podía contarse como el mas ilustre de tus partidarios, fué asesinado con uno de sus hijos dentro del baño por los que se decían Padres de la Patria; otro de sus hijos, á los diez y ocho años, quedó en poder de los implacables Senadores; era tan lindo como inocente; imploraba piedad que hasta las fieras le hubieran concedido, pero no pudo obtenerla de la ferocidad aristocrática, y fué asesinado.» Entonces Cayo esclamó con despecho: «¡He aquí el premio de los defensores de tu libertad, pueblo ingrato é indigno de gozarla! En aquel dia ecsecrable fuí al Comicio sin armas ni defensa; las leyes eran mi solo escudo, y mis únicas armas las palabras: Los Cónsules temían por el contrario una banda de Arqueros Cretenses muy prácticos en el tiro de las flechas, asalariados para asesinar Romanos. La Plebe vencida se retiró al Aventino, donde fué pasada á cuchillo. Aun me glorio de haberme presentado desarmado en aquella jornada

cruel, pues preferí esponerme á morir inocente, que á vencer criminal: pero vosotros, siendo vuestro Tribuno, y hermano de este poco antes muerto en vuestra defensa, me abandonasteis al furor de los Patricios: me visteis oprimido sin prestarme mas apoyo que de palabra, ecsortandome vilmente á que huyese; me decidí al fin á hacerlo, y como asilo conveniente á mi despecho me refugié á la selva consagrada á las furias. Rugía en ella el viento al compas de mis lamentos contra la ingratitud del Pueblo y la perversidad de la fortuna. Solo quedó conmigo mi esclavo Filocrates, que me prestó los últimos oficios de fidelidad sepultando la espada en mi corazon.»

Cesó de hablar el Tribuno: Su consorte apoyando tristemente sus dos manos sobre el hombro de su marido, descansaba sobre ellas sus cándidas megillas con tierno abandono, mientras parecían alentarla las afectuosas miradas de este, cuyo espresivo semblante se veía animado á la vez por constancia y ternura. Yo había observado que cuanto su hermano era grave, moderado y decoroso en su porte, otro tanto este se espresaba con vehemencia y cierta propension á la ira. Mientras todos los Espectros

contemplaban en silencio aquel tierno cuadro, se adelantó con paso firme una sombra armada, que con semblante amenazador parecía fijar su fiera vista sobre los dos hermanos Tribunos; estos como sorprendidos guardaban silencio, y su madre volviendo su magestuoso semblante acia aquel audacioso Espectro, en serio ademan puso su mano izquierda sobre su cadera y apoyó la derecha sobre uno de los sepulcros de sus abuelos. Entonces la nueva sombra prorrumpió con enojo: «Bien os conozco, hermanos sediciosos, estirpe funesta á la Patria, que sin armas le hiciste una guerra mucho mas fatal que con manifiesta violencia: Vosotros, seduciendo la Plebe con una imposible igualdad de fortunas, escitaste perniciosos tumultos no solo en Roma sino aun en toda la Italia. Si la ley tan promovida por vosotros pudo ser útil y justa en su principio, ya infringida durante tantos siglos, no se podía restablecer su observancia sino introduciendo el desorden é inseguridad en el goce de las propiedades: contra cuya perturbacion de la *justicia* alzaron debidamente los Scipiones su frente coronada de victoriosos laureles; así fué que Násica te anonadó en el Comicio, ó

Tiberio, como enemigo público en necesaria y justa guerra; y á tí, Cayo, te me opuse abiertamente, yo hijo de Pablo Emilio admirable vencedor, yo que, aunque no nacido de la estirpe de los Scipiones, aliado y digna de ella, yo destructor de Cartago, yo vuestro tutor, Romanos, y terror de vuestros enemigos, Scipion Emiliano.»

El guerrero fué interrumpido por un ademan de furiosa impaciencia de Cayo que queria contestarle; pero Tiberio, levantando su magestuosa é imponente mano le contuvo, diciendo: «A mi me corresponde mas bien contestar á los sarcasmos de este opresor del pueblo Romano. Si en vida te burlaste, Emiliano, de la ignorancia y credulidad de un pueblo que jamas llegó á conocer sus verdaderos derechos é intereses, debieras alomenos respetarle ahora que debes reconocer en los simples espíritus mayor discernimiento. ¿Acaso conservas aquí algun fruto de las usurpaciones de los patricios, para intentar aun defenderlas? Que nuestros mayores por un embrutecido abandono dejasen á los Patricios aprovecharse esclusivamente del precio de la sangre del Pueblo, contra los derechos

que concedía á este la ley Licinia, no es por cierto una razon porque nosotros debiesemos permanecer en el mismo culpable abandono: aquellos podían renunciar sus derechos, pero no los nuestros que nosotros debíamos hacer respetar. Tu sabes que jamas aspiré á la supuesta igualdad de fortunas que traidoramente os sirve de pretesto, y que ninguno de vosotros ha creido de buena fé; á lo que aspiré solo fué á la igualdad de derechos, no sobre los bienes de los particulares, sino sobre los del comun de la República, adquiridos por conquista con la sangre del Pueblo; lo que pretendí es que ninguna clase del Estado gozase de usurpados privilegios para apropiarse la fortuna del desgraciado plebeyo, y que solo poseyese los bienes quien supiese mejor conservarlos sin prohibir las acumulaciones y traspasos necesarios en toda sociedad. Pero vosotros, ánimos orgullosos y tiránicos, solo os encontrabais bien sobre un numeroso pueblo de esclavos, no por su condicion sino por su miseria; os oponíais á que, no en vuestro perjuicio sino á espensas de su sangre y sacrificios, llegasen los Plebeyos á adquirir propiedades y con ellas se emancipasen de un humilde

vasallage á que los teníais reducidos; Queriais en una palabra que en Roma no hubiese mas verdaderos Ciudadanos que los Patricios, y que todos los demas, deslumbrados con el nombre de tales, no fuesen en el hecho sino unos viles instrumentos de vuestra ambiciosa grandeza. Avergüénzate pues de calificar de justicia el robo y la usurpacion; avergüénzate de titular justa guerra el tumultuoso asesinato de ciudadanos indefensos que fiaban su seguridad en la proteccion de las leyes en el Comicio; avergüénzate de pertenecer à un partido aristocrático que, viendo que no podía contar con la mayoría de los sufragios, apeló al fraude y á la violencia con que venció á un pueblo demasiado virtuoso para servirse de iguales medios de defensa, pues si este hubiese creido necesario y decoroso el emplear la fuerza para restablecer la justicia, hubiera aniquilado de un soplo aquel efímero partido de privilegios que no ha podido sostenerse sino por el engaño y la perfidia.» Emiliano contestó: «Es precisamente con semejante lenguage que procurabas seducir á un pueblo indigno de las consideraciones que querías se le dispensasen, y de este modo romper los vínculos

sociales de las varias clases de la sociedad, como que en todo estado no fuesen necesarios hombres para mandar y hombres para obedecer. Vosotros dos, hermanos plebeyos, mas unidos por el crimen que por la misma sangre, habeis procurado ponderar nuestras crueldades, pasando en artificioso silencio las de vuestra clase: se os atropelló, es verdad, siendo Tribunos; pero ¿quien dió el primero este fatal ejemplo en aquellas discordias? Tú, Pueblo atroz, siempre indigno de libertad porque la degeneras en licencia; tú, vil cuando oprimido y licencioso cuando libre, fuiste el que cometiste el primer atentado contra la persona inviolable del Tribuno Octavio, que fué arrancado de la tribuna por el furor del vulgo, mientras lo arengaba, y pudo salvarse solo por la heroica fidelidad de un esclavo, mas digno de libertad que vosotros, quien en el tumulto se interpuso ante su amo para recibir los golpes que á este iban dirigidos, y perdió los ojos: aun me parece verle con la cavidad de la vista llena de sangre andar á tientas por el comicio, preguntando por su amo. Quejaos pues de vosotros mismos que enseñasteis á estender mano audaz sobre los Tribunos, y que

despreciando toda autoridad hicisteis necesaria la violencia. Yo mismo que, aunque marido de Sempronia vuestra hermana, supe anteponer la benevolencia de la Patria á la de los Parientes, soy un desgraciado ejemplo de vuestra ferocidad: Yo me presentaba como estandarte de orden al rededor del que todos reunían sus esperanzas para la salud comun, que yo defendía en el Comicio con mansedumbre y dignidad; pero mientras con plácida seguridad descansaba en mi tálamo con mi consorte, una mano incógnita é insidiosa apretándome las fauces me ahogó. Estaba aun dudando entre sueños si era una verdadera muerte ó un pesado sueño, cuando me engolfé en estas mansiones eternas. Es por cierto muerte feliz el caer bañado en su propia sangre en el campo del honor, mirando con ojos agonizantes al enemigo en dorrota; pero el perecer de cruel asechanza en mi tálamo durante el sueño, es muerte que aun despues de tantos siglos escita mi ánimo á la venganza.»

Cornelia escuchaba en altivo silencio, inmóvil en su postura, y con intrepido semblante; y cuando Emiliano hubo concluido, dijo; «Si tú te quejas de habersete

quitado la vida á la edad de cerca sesenta años, cuando estabas ya saciado de gloria y de riquezas, ¿cual no ha de ser el sentimiento de estos dos hijos mios, á la aurora de sus ilustres dias, esperanza del Pueblo, terror de la tiranía, admiracion de Roma, asesinados de un modo tan cruel como oiste? Cuando ellos perecieron fueron llorados por toda la Italia, mas no por mis ojos, porque á muger como yo de magnánima estirpe, á madre de generosos Tribunos sacrificados en defensa de causa tan ilustre, debía este sacrificio inspirarle mas bien una orgullosa alegría. Yo me glorío, Conciudadanos, de haberlos engendrado, y solo siento que, muertos estos, yo no tuviese otros que por aquella noble causa fuesen víctimas de la ira togada, de las raterías aristocráticas y de las asechanzas de los Patricios. Yo no sé quien sea el reo de tu infeliz muerte; pero, sé muy bien que tú, adoptado como hijo por mi hermano, te hiciste el director de la tiranía contra Cayo mi hijo. Sé que el Senado ofreció en premio al que le presentase la cabeza de Cayo tanto oro como esta pesase: Sé que el Patricio Septimúleo la ofreció al Cónsul Lucio Opimio

habiendola antes llenado de plomo fundido para obtener mayor premio. Entonces visteis, ¡Romanos! en la balanza la cabeza de este hijo mas de la Patria que mio, y por contrapeso otro tanto oro con que se premió á un tiempo la atrocidad y el fraude.»

A esta noticia el Espectro de Cayo se inmutó y encendió en tempestuosa ira; pero Emiliano sin hacer caso de la conmocion de aquel y ocupado solo de su venganza, replicó. «¿Aquí pues solo se deploran las desgracias de sediciosos plebeyos, y no hay uno siquiera que sepa, ó se atreva á referirme á lo ménos cuales fueron mis asesinos?» Calló, pareciendo esperar quien le contestase. Un triste susurro se movió entre la multitud, como que algunos intentasen descubrir el fúnebre arcano, y otros se lo impidiesen; luego ví pasar una sombra fugitiva que parecia solícita de sustrarse al ecsamen de la multitud: cubría su tímido semblante mugeril con un largo velo, pero un Espectro la alcanzó cual rayo, la cojió por la cabellera, rasgó su velo, y mostrando á Emiliano aquel afligido semblante, dijo: «Héla aquí; ¿no la conoces?» Este escla-

mó al momento: «¡Oh mi consorte! ¿oh Sempronia! ¿porque huyes de mí, y porque así te maltratan? Calla; dijo el Espectro que tenía asida su muger, ¿no sabes que segun la opinion pública, en aquella tu última noche esta se demostró mucho mas hermana de los Graccos que consorte tuya? si ella huía era sin duda porque le acusaba la conciencia de su crimen.» Mientras así hablaba el Espectro, aquella muger sacudía la cabeza, é intentaba desprender sus cabellos de la mano que los tenía asidos: pero todos sus esfuerzos eran vanos, pues aquel la sometía con fuerza y coraje, fijando en ella fieras miradas. Esta bajaba los párpados y apenas se atrevía á levantarlos, pareciendo que la vista de su esposo le era dolorosa. Toda la multitud permanecía en triste silencio, cuando Emiliano, poniendo la mano en su frente, como afligido de una triste sospecha, fijó los ojos sobre aquel Espectro que retenía á la muger, y prorumpió diciendo: «¡Ah mi querido Lelio! aun me conservas tu dulce y fraternal benevolencia?» Este puso risueño el semblante, soltó la muger, alargó la mano á Emiliano y contesta: «La virtud es inmor-

tal.» Dirigiendo entonces la vista acia la muger, que desaparecía entre la multitud continuó: «La que vés huyendo llevó despues de tu muerte una vida contaminada de ignominiosas sospechas; el triste rumor de la opinion pública la señalaba como ministro cruel de la conjuracion de la plebe contra tu vida, y asi es que ella no se atrevía á levantar en tu presencia su insidiosa vista, ni á mover sus simulados labios, ni á suportar tus miradas. ¡Oh estirpe funesta! Ni tú, Cáyo, fuíste ecsento de la sospecha de complicidad de aquel fatal atentado: ni tú tampoco, Cornelia, apesar de tus ilustres é irreprensibles costumbres, pudiste libertarte de odiosas imputaciones acerca de aquel triste suceso.»

A estas palabras el magestuoso rostro de la matrona pareció cobrar un nuevo brillo de heroismo; reclamó silencio con su derecha, y fijando, su intrépida vista á Emiliano, contestó: «No sé por cierto, conciudadanos, cual es de nuestra suerte la mas indigna; si la mia que me espuso á tan brutal calumnia, ó la vuestra que os condenó á vivir en tal corrupcion, cuyos ultrajes pudiesen llegar hasta Cornelia: elevada sobre la consideracion

comun, creo poder jactarme de haber sido ejemplo de las mas puras costumbres y decorosa decencia. Por caracter natural incapaz de ficcion, mis sentimientos estaban impresos en mi frente, y en medio de tanta desmoralizacion de aquella edad, no hubo uno siquiera que se atreviese á indicarme una sospecha tan infame. Los mas esclarecidos ciudadanos se reunían à mi alrededor durante mis últimos años, en la soledad en que tuve à bien pasarlos, y la benevolencia general me tituló madre de cada uno de vosotros. Hé aquí desvanecidos todos los motivos que en otro tiempo podían inducirnos á ocultar la verdad; aquí puede cada uno manifestar libremente los vicios y virtudes de su vida. Si en algo hubiese participado en tu oculta muerte, en vez de negarlo en este lugar, me jactaría de ello como de empresa útil á nuestra libertad; pero no lo hubiera hecho à traicion; Cornelia no se hubiera valido de las tinieblas para llevar á efecto una ilustre venganza, sino que la hubiera consumado à la vista de sus conciudadanos, de la tierra, del universo entero.»

Al acabar de hablar paseaba su altiva

vista sobre la multitud, como desafiando á que se la acusára; pero un respetuoso silencio acreditaba la fundada opinion de su inocencia; por fin se oyó una voz que dijo: «¡Oh hija del gran Africano, tu virtud se levanta hasta el cielo, cual roca inespugnable contra la que se estrellan las tempestuosas calumnias!» Entonces Lelio continuó: «Magnánima muger, aquel afecto que todos conocisteis me animaba en vida en favor de este héroe, esplendor de nuestra patria, me hace aun sensible su bárbara muerte, y me renueva la triste memoria de aquel cruel acontecimiento: pero aquí, donde no hay necesidad alguna de mentir, te defendería bastante esta voz de la multitud, si la tuya por sí sola no fuese suficiente.»

El semblante de Cayo pareció combatido de varios afectos simultáneos durante este interesante coloquio: animado por una parte de inestinguible odio contra su enemigo, parecía indicarle con sus fieras miradas que él era su asesino; pero al volver la vista acia su madre, se mostraba como avergonzado de no corresponder enteramente á todo aquel grado de heroismo que esta había demostrado: cediendo por

fin al natural impulso de su ánimo iracundo, dijo: «No hay en efecto necesidad alguna de ocultar que hice un servicio á la patria librándola del peso de un opresor; ni me arrepiento tampoco de haber usado de la traicion para conseguirlo, cuando de otro modo, atacandole abiertamente, hubiera acaso comprometido las vidas de otros ciudadanos, cuya sangre me era mas cara que la mia propia, y que debía mirar como precio demasiado escesivo de la muerte de un tirano.» Emiliano pareció no acordarse de que Cayo no era susceptible de una segunda muerte, pues que al oir la confesion de este, poniendo mano á la espada quiso abalanzarse sobre él, y apenas bastaron los esfuerzos de Lelio y de otros Espectros inmediatos para contener su furia, mientras Cayo con gesto imponente estaba como provocándole al combate. Cornelia dejaba vislumbrar en su semblante cierto sentimiento de descubrir en su hijo un acto de perfidia, al paso que la satisfaccion que le inspiraban los motivos que le habían inducido á cometerlo.

El Dictador observaba en silencio aquella tumultuosa escena, y en irónica sonrisa se volvió á Bruto diciendo: «Mira si tanta

corrupcion podía llamarse libertad.» Este le contestó: «Bien te complaces de haber nacido en una patria llena de vicios, pues que los tuyos encontraron en ella facil aliciente, oportunidad y medios sobrados de satisfaccion. Lo que has de observar es en que clase de la sociedad se introdujeron y fomentaron los vicios; quienes fueron los que primero infinjieron las leyes y abusaron de las virtudes del pueblo, y si tú reprobaste, combatiste, ó fomentaste las usurpaciones, los privilegios, y perjudicial distincion de clases que tanto sirvió á tus proyectos; si hubieses vivido en los moderados tiempos de igualdad civil, mucho mejor se hubiera entonces conocido tu ánimo repugnante á sufrirla.» «Te engañas, contestó César; hubiera por cierto procurado sobrepujar á todos en gloria, pero no en poder: Empuñé el acero, no para oprimir á Pompeyo sino para que este no me oprimiese; á mas de que, lo que fuí en una patria corrumpida, demuestra bastante lo que hubiera sido en otra prudente y virtuosa. Donde la crueldad era aplaudida, la clemencia escarnecida, y la venganza necesaria, supe templar con prudencia y humanidad mi fortuna; y si de alguna virtud

debo arrepentirme, es de aquella por la que el hombre se eleva á celeste natura, la facilidad al perdon: Sila, nadando en sangre civil, pasó ileso sus últimos años en ocios campestres; yo siempre avaro de vuestra sangre, y pródigo de la mia, fuí asesinado por manos ingratas.»

Al decir esto César fijaba con algun ceño su vista sobre Bruto, y este se manifestaba poco convencido, y al mismo tiempo resentido de los reproches de ingratitud que se le echaban en cara, de modo que parecía encenderse de nuevo la ira entre aquellos ánimos generosos. Pero Tulio interponiéndose, dijo: «paz, Emulos ilustres; ¿hemos de tener el sentimiento de no ver aun en este lugar reconciliadas las mas grandes almas? Aunque de tan diversos sentimientos y costumbres, fuisteis los dos igualmente admirables, el uno por cierta virtud severa y casi divina en medio de la desmoralizacion general, y el otro por su escelsa bondad en el mando absoluto; pues sino fuese mas noble el goce de la libertad, suave era por cierto la autoridad del Dictador: llámalo tirano, si quieres, pero fué de todos el mejor. Así como jamas ecsistió ciudadano mas honrado y virtuoso que

Bruto, tampoco se conoció déspota en el colmo de prosperidad mas moderado que César. Dad por lo tanto al mundo un admirable ejemplo de vuestra heroica naturaleza, ya que el uno permaneció como única antorcha de virtud en la noche de los vicios, y el otro, elevado sobre un mar de sangre y horrores, se preservó inocente en cuanto es dable á un dominador supremo.» Cual se disipan las nubes al dulce soplo del zéfiro, así las palabras del orador hicieron desaparecer los síntomas de resentimiento de aquellos altivos semblantes: el Dictador alargó la mano á Bruto que la estrechó con tierna conmocion, bajando los párpados sin poder contener las lágrimas, al paso que Tulio estaba igualmente conmovido de satisfaccion al ver el mágico efecto de sus palabras sobre aquel rostro austero, que jamas había visto rendirse á tiernos sentimientos.

Yo estaba como enagenado participando de las dulces sensaciones á que se entregaban aquellos grandes hombres, cuando de repente se volvió á mí Ciceron, como dispertando de un letargo, y me dijo con afabilidad mesclada de tristeza: «Ya el movimiento del mundo somete este emisferio

al poderoso influjo de los rayos del sol que no nos es posible disfrutar, y debemos seguir la mansion de las tinieblas..... Parecía querer continuar, pero se iba estinguiendo la voz en su garganta, y desapareció, disipandose como el humo todos los demas Espectros: yo quedé sumergido en la mayor oscuridad, con el corazon palpitante, sin poderme formar idea de si estaba vivo ó muerto, despierto ó soñando; sin poder distraer mi entendimiento de las variadas escenas que me habían agitado. Abandonado de aquellas almas grandes, sin esperanza de verlas y escucharlas de nuevo, las invocaba humildemente, pero mi voz resonaba en vano por las bóvedas del subterráneo: por fin con vacilante paso, y á tientas entre los huesos que crujían bajo mis pies, salí del subterráneo, y ví el azulado cielo. Ya el dulce zéfiro sacudía el rosado velo de la aurora, anunciando la llegada del radiante carro de Fébo: mi ánimo estaba aun demasiado preocupado para poder participar de aquel plácido influjo, y así me dirijí á mi aposento, donde vencido mi cuerpo del cansancio, me entregué al sueño, pero sin poder descansar mi espíritu agitado por aquellas diversas imágines que dominaban esclusivamente todos mis pensamientos.

NOCHE SEGUNDA.

CAPITULO PRIMERO.

Mario, rencoroso aun, cuenta las aventuras de su fuga desastrosa.

Los grandes y estraordinarios acontecimientos ocupan de tal modo las facultades del ánimo que parece la someten esclusivamente á su imperio: así es que los increibles portentos de que yo solo había podido ser testigo, absorvían de tal modo todos mis sentidos, que solo sabía ocuparme de la estraordinaria contemplacion de los pasados siglos que veía representados en aquellas escenas de muerte. Me parecía un sueño cuanto me rodeaba, y aun encontraba cierto grado de obscura abyeccion en las conversaciones de los hombres, en comparacion de la espresion sublime de los Es-

pectros, que resonaba aun en mis oidos. Así como el agua marina lejos de estinguir la sed, aumenta sus estímulos, del mismo modo las apariciones de la noche interior habían escitado, en mí un frenético anhelo de continuar en su goce, y lo que mas me atormentaba, era el temor de que aquella primera noche fuese la última de tan suspirado trato con los antiguos Romanos.

Aquel dia me iba pareciendo un siglo, como que el sol retardase su majestuosa carrera espresamente para atormentar mis deseos: la noche estendió por fin su negro manto sobre mi cabeza, y ví llegada la hora de restituirme á la mansion de los Espectros. ¡Insensato deseo! ¡como que los dias no huyesen bastante rapidamente para empujarnos acia la tumba, para mí mansion entonces tan agradable! con solícito paso me dirijí al subterráneo, donde esperaba disfrutar de nuevas maravillas: mi ánimo estaba dividido entre la esperanza y el terror, y apesar de que por esperiencia estaba convencido de que los Espectros eran inofensivos, al invocarles no dejaban de erizárseme los cabellos, y desfallecer mi corazon. Largo rato estaba esperando, y haciendo resonar en vano mi voz por las

sinuosidades de aquel tenebroso subterráneo, y cuando, perdida la esperanza, iba á retirarme de aquellos funebres lugares, divisé otra vez el tétrico resplandor de la acostumbrada luz fosfórica, y empezaron á aparecer y reunirse multitud de sombras; y á mas de las conocidas observé muchas que eran nuevas para mí. Entre la multitud no tardé en reconocer al mismo Ciceron, que adelantandose acia mí, me dijo: «Salve, cortes viviente, que sientes por nosotros piedad y benevolencia, segun lo indica la noble confianza que te hizo penetrar, y volver á estos fúnebres lugares: parece para siempre desterrado de tu pecho aquel molesto envilecimiento, que en vida acostumbra inspirar temor de los difuntos; ya vés que somos incorpóreos, y poco á propósito por índole y naturaleza para ofender á tu cuerpo, que despues del breve sueño, que se llama vida, reducido á polvo, quedarás, como ahora nosotros, purísimo elemento. A mas de que para un hombre como tú, sería pueril sentimiento el temernos á nosotros, que no somos sino el mas perfecto elemento de la composicion humana: no son estos frágiles miembros, jugete de la muerte y del tiempo, si-

no aquella facultad por la que raciocinas, sientes, te entristeces, gozas, y deseas de continuo engolfarte en una eterna felicidad, lo que compone tu verdadera esencia: así pues seria mucho mas conforme á razon que nosotros repugnásemos tu presencia, que el que tú nos temieses, porque á inteligencias veloces, elevadas y puras se hace molesta la pesadez de vuestros pensamientos, oprimidos por los caducos miembros.»

Al concluir Ciceron le contesté con respeto: «¡Oh admirable Cónsul, y mas admirable Oradór! es tanto el placer que disfruto al verte y oirte, que en vez de inspirarme temor, nada pudiera satisfacer mejor el anhelo de mi corazon que el conversar contigo, y conocer con tu ausilio estas almas ilustres, para participar de tus altos conceptos. ¿Dime si es posible quien és aquel alto y robusto Espectro, que con señuda frente, y fieras miradas se acerca imponente, aunque inerme y en silencio?» Tulio contestó: «Esta alma grande y cruel, en la que no es facil destinguir si mas debe alabarse el valor que vituperarse la atrocidad, és Cáyo Mario el vencedor de Jugurta y de los Cimbrios, cuya fama habrá sin duda llegado hasta vosotros.» Entonces

dirijí á Mario mis ávidas miradas para contemplar la verdadera imagen de romano tan valeroso como ruin, y el mismo me ofreció ocasion de mejor considerarle, porque con la mano mandó con desdeñosa autoridad despejar el terreno á infinitas sombras que tenía inmediatas: estas, como dominadas aun del degradante abatimiento en que aquel las había tenido sometidas á sus mandatos, fueron cediendo rapidamente el terreno.

Paseando Mario con insultante orgullo su fiera vista á su alrededor, prorrumpió diciendo: «¿Donde estás tú, Julio César, que poco hace perturbaste el silencio de la muerte acusando las empresas de mi justa venganza? no te conocí mas que niño, y me parece ahora mucho atrevimiento que insultes la gloria de un hombre, que en vida fué llamado nuevo fundador de Roma.» César se presentó con altiva frente, y dijo: «Héme aquí; dije que despues de ilustres laureles empañaste tu esplendor con atrocidades dignas mas de una fiera que de un corazon romano: justifícate si puedes.» Mario le fijó con fiero semblante, y pareciendo refrenar con trabajo su ira añade. «Una patria como esta, contaminada en

sangre, solo con sangre debía espiarse. Sila entró en Roma como en una Ciudad tomada por asalto, y yo, abandonado por vuestra vileza, me ví obligado á huir, sin mas compañía que mi hijastro Jeranio, con quien llegué á Ostia, donde me embarqué con viento favorable; pero el Cielo, émulo de mi inconstante fortuna, trocó luego la bonanza en borrasca. Ya los torbellinos inecsorables arrastraban la débil nave acia las playas de Italia como para entregarme á los asesinos ajentes de Sila, que las recorrían como galgos en busca de caza: yo, glorioso por magnánimas empresas, terror de los bárbaros, defensor de la Italia donde la sola voz de fama debía reunir partidarios para admirarme y defenderme, reducido entonces á la fuga como reo perseguido, y confiando mi salvacion á un desmantelado esquife, procuraba de todas mis fuerzas evitar el patrio suelo sembrado de traidores. Pero la fortuna cruel forzó á los marineros á arribar á la playa de Circéo: allí quedé abandonado á mí desgraciado destino. Rujia el mar tempestuoso, la tierra me amenazaba impía, y el cielo me era funesto: yo desfallecía de necesidad, y recorriendo con vacilante paso sobre la desierta arena, temía y deseaba al mismo tiempo encontrarme con alguno de mis semejantes, porque el no verlos aumentaba mi necesidad y tormentos, y el verlos me esponía á manifiesto peligro; por fin en una de mis tristes correrías encontré algunos desgraciados Boyeros, que al reconocerme me avisaron generosamente que recorrían aquellos lugares muchos asesinos contra mi vida. Aunque la sangre que me quedaba en las venas, despues de haber derramado la mayor parte por la gloria de Roma, fuese por esta misma vendida en alto precio á los traidores, obtuve no obstante una prueba de la fiel honradez de aquellos hombres, que con mi muerte podían salir de la mísera condicion en que yacían, y de la que se lamentaban porque no les permitía los medios de alentar, como deseáran, mi abatido cuerpo. Me interné en los bosques de aquellas playas, renunciando á mi condicion civil en cambio de la vida silvestre. La noche estendía su manto de tinieblas sobre el cielo, del que mis ojos podían solo descubrir pequeños espacios entre las pobladas ramas, y apesar del abatimiento del cansancio y de las desgracias, los impulsos de la ira me impedían conciliar

el sueño: tempestuosos torbellinos de viento sacudían las copas de los arboles y algunas furiosas ráfagas rompían y arrancaban los mas elevados, con ruidoso estrépito: los aullidos de los lobos escitados del hambre ó del horror, el tétrico crujido de las secas hojas oprimidas bajo el peso de las culebras que las removían, el triste eco de las aves nocturnas, todo contribuía á aumentar el horror de aquella tempestuosa noche: pero todo esto era nada para un guerrero acostumbrado á anhelar mas la victoria que la vida; lo que mas debe conmoveros son las angustias de mi espíritu, la ira que me animaba, mis desesperadas quejas contra la fortuna, y el sentimiento de vuestra propia ingratitud; que eran tormentos mas poderosos é irresistibles. Por fin la aurora encaminó mis pasos fuera de la selva, decidido á desafiar la cruel suerte, y alimentado solo por el deseo de venganza, me adelanté acia las playas con direccion á Minturno, y pronto me encontré con mis infatigables persecutores, los guerreros Silanos, sin quedarme mas recurso que echarme á nado en las encrespadas olas, para ver si podía refujiarme á bordo de una de dos naves inmediatas. Mis pesados, débi-

biles y oprimidos miembros me prestaban dificil ayuda, y veía cercano el momento en que, abandonándome del todo mis fuerzas, iba á sumergirme. Parecían no obstante aumentar mi furor y esfuerzos las crueles imprecaciones y votos de los asesinos, que desde la playa invocaban á Neptuno y á Neréo para que me sepultasen en sus abismos, y á los monstruos del mar para que me despedazasen, al paso que con infames palabras hacían escarnio de mi triste ansiedad.»

« Al llegar yo á una de las naves, aquellos crueles ajentes amenazaban á los marineros si me daban acogida, y les ofrecían dádivas para que me dejasen abandonado al furor de las olas; pero prevaleció la humanidad de estos desgraciados que solícitos me recojieron, y me subieron á bordo: entonces los ajentes Silanos redoblaron de imprecaciones, amenazas y ofrecimientos, de modo que me ví reducido á la humildad, degradante é insufrible para un vencedor de tantas naciones, de suplicar á miserables plebeyos, y de manifestarles mi nombre, y el rigor de mi fortuna: mi antigua gloria les infundió respeto, y despreciando las feroces

amenazas de mis contrarios, se abandonaron al impulso del viento. Arribaron en seguida á la cala de Liri, donde salté en tierra, para descansar un rato sobre el verde y tranquilo césped: mi tranquilidad fué poco duradera, porque al levantar la cabeza quedé sobrecojido de estupor al verme víctima de una nueva perfidia, y como peso funesto abandonado de la nave, que á toda vela se alejaba de la playa. Aunque oprimido, pero no vencido por mis continuadas desgracias, entre las malezas de pantanosas lagunas llegué á la choza de un anciano labrador, quien reconociendome por mis facciones, como antiguo compañero de armas, se apiadó de mi desgracia, y me escondió dentro de un hoyo, cubriéndome de alga y de cañas silvestres; y en aquel vil asilo permaneció palpitando Mario, ante cuya presencia huían antes los pueblos mas fieros! No tardaron los infames pesquisidores á presentarse: les oía maltratar á mi piadoso protector para obligarle á descubrir al que decían enemigo de los Romanos, y no morí de coraje para sobrevivir á la venganza. Para mejor burlar la persecucion me metí desnudo en la laguna, sin sacar

mas que la cabeza que procuré ocultar entre los arbustos; pero en vano, porque hasta allí supieron descubrirme, y como fiera llevada en triunfo por los cazadores, me condujeron, desnudo como estaba, hasta Minturno, donde fuí presentado al Pretor: Entonces fué cuando con sorpresa y furor supe, que por decreto del Senado cualquier juez debía condenarme á muerte, como ecsecrable á la República. Encerrado en un oscuro calabozo, esperaba la ejecucion de la inícua sentencia, pero tal es el poder de la esclarecida virtud hasta en las mayores desgracias, que en todo Minturno no se hallaba quien se atreviese á ser mi verdugo: solo un esclavo Címbrio, recordando la sangre de su nacion que yo había derramado á torrentes, se ofreció á tan infame oficio, y entró en el calabozo, decidido á la venganza. Entre la oscuridad de aquel lugar inmundo ví brillar el acero, y entonces aunque abatido é inerme, con esta voz tan formidable en la batalla, esclamé: Por fin tú, pérfido, te atreves á ofender á Cayo Mario? A mi voz aquel vil y cruel enemigo arrojó el acero, y huyó murmurando con sobresalto: con bárbara supersticion contaba despues, que

entre la oscuridad había visto centellear mis ojos, y que la fuerza divina de mi voz se hacía irresistible: aquel misterioso portento, contado por el esclavo idiota, valió mas que todos mis triunfos, y llegó á perturbar el ánimo del mismo juez, que temiendo la venganza de los Dioses si ofendía à uno de sus protejidos, me abandonó al arbitrio de mi destino. Me metieron en una pequeña nave con algunos víveres y marineros, con la órden de que me guiasen donde les mandára. Los ciudadanos reunidos en la playa pedían perdon á los Dioses, porque, obligados de la cruel necesidad, no podían concederme su triste albergue. Dirijí la proa á la opuesta Libia, pero la fortuna siempre contraria me arrojó sobre la Sicilia, donde apenas puse el pié fuí reconocido y perseguido, debiendo de nuevo mi salvacion á la fuga, y el viento me llevó sobre Cartago.»

«Aun en aquellas lejanas rejiones, sin bastar la fama de mis empresas, debía perseguirme la desgracia; pues la primera voz que llegó á mis oidos fué la intimacion del Pretor Sestilio, que me prohibía permanecer en aquellos lugares. Abatido por contínuos peligros, desechado de todas las

playas, el mundo entero me era enemigo, y solo pude hallar un momentáneo reposo sentado sobre las ruinas solitarias de Cartago, que, antes reina del mundo, nos presentaba entonces el verdadero espejo de la inconstancia de la fortuna, como yo mismo. Respirando apenas, y con vacilantes pasos fuí vagando por aquellas desiertas playas, donde encontré con asombro á mi hijo, que habiéndose escapado furtivamente de manos del Rey de los Númidas, que con engaño le había detenido, con tierna solicitud iba en mi busca. Solo puede concebirse el trasporte de placer de que gozamos á nuestro casual encuentro, aunque aquella satisfaccion no podía ser entera para nosotros: el hijo veía á un padre antes glorioso, errante entonces, mendigo, sin patria, sin laureles, sin esperanza, y hasta sin sepultura; y yo veía en mi hijo un nuevo partícipe de mis sufrimientos y desgracia, y el triste heredero de mis sobresaltos y del odio de la tiranía patricia. El temor de ser víctimas á cada paso de crueles asechanzas, y de vernos mutuamente testigos de ignominiosa muerte, nos seguía á todas partes: pero, así como un pronto cambio de viento reanima al pálido marinero que, sobre

zozobrante nave, se creía al borde del abismo de la muerte, del mismo modo nos restituyó el valor y la vida un inesperado mensaje, en que se me decía que Roma inconstante lloraba mi desgracia, y me invitaba á probar nuevos y gloriosos peligros: si en mis prosperidades jamas los había evitado, mucho menos debía temerlos en mi estado de abatimiento; así es que me abandoné á los inesperados alhagos de la fortuna. Al llegar á Italia no solo encontré protectores, mas aun vengadores de mis desgracias, de modo que reunido en breve un ejército, llegué á estos muros, y con justo rigor los purgué de vuestra vil ingratitud.»

CAPITULO SEGUNDO.

Sila y Bruto disputan acerca de la conducta que reciprocamente observaron para con su Patria; y en seguida César pone en parangon la clemencia con la atrocidad.

Al cesar de hablar Mario tenía sus ojos centelleantes de ira, y Cesar con mansedumbre contestó: «Modérate, ánimo irritado: están en tu presencia innumerables almas que sacrificaste, y no obstante permanecen en sumiso silencio ante tu amenazadora presencia. Si no eres capaz de sentirlos, no te jactes alomenos de aquellos horrorosos esterminios, con cuya sangre saciaste tu venganza.» Mario entonces pareció esforzarse á deponer su cruel ceño, y á captar la amistad del dictador, alargándole la mano; pero en aquel mismo instante se levantó un sordo murmullo en todos los ángulos del subterráneo entre cuyo estrépito solo pude distinguir varias voces de *Sila, Sila, Cornelio Sila.* Una magestuosa sombra se adelantaba con pausada marcha,

y su presencia infundía temor y respeto á la multitud, que se esforzaba á dejarle libre paso. La nueva sombra iba vestida de guerrero, y la coraza brillaba sobre su anchuroso pecho: tenía los ojos azules y fieros, el semblante colorado y altivo, y al estar en medio de la concurrencia, paseaba á su alrededor su vista amenazadora con erguida frente, que parecía demostrar el orgullo y alta opinion que de sí mismo tenía sobre todos los demas. Al oir Mario aquel funesto nombre, cual tirano cobarde, se escapó rapidamente, como había hecho en vida: Cornelio se sonrió con fiereza, y con respetable y lenta voz dijo: «¿Quien será de entre vosotros, plebe tímida y sin reputacion, que se atreva á hacer lo que no osó en vida, el pedirme cuenta del uso de mi imperio? Fiado solo en mi magnanimidad, y coronado del esplendor de mis empresas, me visteis despojar en el foro de la Dictadura, licenciar á los Lictores que tantas cabezas indignas habían cortado, y permanecer intrépido, inerme, pronto á daros cuenta de toda la sangre derramada: la ocasion y el tiempo os favorecían, Romanos; la venganza era fácil y al alcance de cualquiera; las heridas eran recientes, y

Sila vulnerable y mortal: no obstante ni uno siquiera tuvo aliento para desplegar sus labios contra mí.»

Al concluir permaneció en actitud orgullosa, colocando su mano derecha sobre la cadera y la izquierda sobre la guarda de su espada: Saliendo impetuosamente Marco Bruto de entre la multitud, esclamó: «Responde, Sila feroz; ¿quien te dió poder para esterminar á cien mil romanos?» Fijando Sila con desden su severa vista sobre Bruto, le dijo: «¿Quien eres tú, que hablas con tanto orgullo?»—«Soy de la gloriosa estirpe de Junio Bruto, tan enemigo de los tiranos como aquel; y si yo hubiese vivido cuando tú tan mal tratabas esta desgraciada patria, acaso no hubiera quedado sin venganza.» Cornelio quedó un momento pensativo y levantando despues los ojos repuso: «¿Pero de que modo?»—«De cualquiera de aquellos con que, por un ciudadano magnánimo, pueden ser combatidos los opresores de su patria.»—«Pero ¿que hubieras dicho cuando deponiendo el tremendo poder, incliné mi cabeza, esponiéndola á la ira del vulgo, sin mas defensa que mi propio brazo?»—«Hubiera dicho lo que poco antes te pregunté; ¿con

que derecho quitaste la vida á cien mil romanos?» — «Con aquel que compete á los hombres grandes para castigar los vicios destructores. Para salvar á una patria agonizante, todo remedio necesario es justo: pero yo no salí del órden de las leyes, porque por votacion libre fuí nombrado Dictador. Mas es inutil apoyarse en actos legítimos de gobierno cuando se sabe que en Roma, trastornada de mucho tiempo por la temeridad de los Tribunos de la Plebe, nadie conocía ya donde y cual fuese la verdadera patria, ni quienes eran los ciudadanos; ni en estos se vislumbraba siquiera la sombra de sus antiguas virtudes: á los que están endurecidos en las maldades no se les puede corregir mas que con el terror, y yo me ví obligado á servirme de esta arma contra una multitud envilecida. Si yo hubiese vivido cuando la bondad era útil y venerada, de otro modo hubierais conocido la elevacion de mi ánimo, y la mejor prueba de ello es el principio de mis empresas: cuando entré temido en esta Roma, contuve con tal disciplina á mis victoriosas legiones, que todos vuestros bienes y personas fueron religiosamente respetados. Emprendí reformar los abusos con medios or-

dinarios y moderados, pero la comun perfidia me desengañó muy pronto, y me obligó á recurrir á la violencia, como remedio conveniente á los grandes males: cuando descansé la fatigada mano del rigor, no temí ofrecerme á vuestro juicio; pero un silencio admirador me ha absuelto de todo cargo.»

Marco Bruto prorrumpió entonces con despecho: «¡Inaudito atrevimiento es este de declarar culpada la patria, y de decirse á sí mismo su escelente castigador! un solo ciudadano, cual tú fuiste, bastaba para depravar á toda ciudad bien organizada, y para reducirla en breve á la miseria y esclavitud; por cierto que nosotros merecíamos tu desprecio porque lo sufrimos, y el rigor de tu cuchilla porque bajo ella doblamos vilmente la cerviz. Es preciso que los Romanos hubiesen perdido hasta el raciocinio, cuando te dieron facultad de vender nuestras vidas. Tu antigua maldad dura inestinguible en tu pecho, cuando aun te atreves á jactarte de infamias que debieras aborrecer, y de las que mejor te sería avergonzarte: no parece sino que la tiranía estingue todo sentido de razon, de tal modo que el opresor, parecido á un in-

saciable tigre, lame la sangre que le ha quedado en sus labios despues que ha devorado la victima, al paso que los oprimidos ya no distinguen la eterna luz de la justicia, ó temen mirarla. Si aquel dia en que tú, confiado en la vileza de tus conciudadanos depusiste tu sanguinaria dignidad, se hubiese levantado alguno en el foro, y te hubiese pedido cuenta de la muerte de su padre, y de la usurpacion de sus bienes, se hubiera visto cual fuese tu altivo lenguage en defender tus innumerables atrocidades. Cuando un legítimo juez se vé obligado segun las leyes á una condena de muerte, su deliberacion es grave, y no puede dejar de hacerlo con repugnancia y sentimiento; la misma espada de la justicia no puede menos de templar al derramar una gota de sangre: pero tú con serena frente deliberaste el esterminio de tantos, sin mas regla ni ley que tu cruel voluntad; ¿y crées acaso que no estás mancillado con la sangre que derramaste á torrentes? anda, sombra feroz y orgullosa; aquí no hablas en el comicio á una plebe envilecida, sino ante un ciudadano que supo asesinar á un déspota, y que despues se arrancó la vida para no suportar la esclavitud.»

Contestó Cornelio con frialdad é irónica sonrisa: «Magníficas son en verdad tus palabras, Espectro yo no se si tan valiente como osado; mal puedes alabarte de haber abatido á un tirano, si despues te viste obligado á seguirle inutilmente al sepulcro: ¿Y quien fué la víctima?» Bruto indicó con la mano á César, y dijo: «Hélo aquí; yo le maté, y esto que fué mucho mejor que tú.» Sila volviendo su vista acia César, le conoció, y dijo: «¡Oh Bruto; mira cuan oportuna era mi severidad, y cuan perniciosa la clemencia! yo le condené á la proscripcion; pero las repetidas intercesiones y empeños me importunaron tanto, que revoqué la sentencia: no obstante presajié á los Romanos que en él conservaban su propia ruina, porque un hombre semejante reunía la perversidad de muchos Marios.» Bruto severamente repuso: «Así como fué una desgracia para este que yo viviese durante su moderado despotismo, fué para tí una fortuna que no ecsistiera un Bruto bajo tu brutal tiranía. Es por cierto admirable que habiendo esterminado con tremenda cuchilla á innumerables ciudadanos, entre los que podía ecsistir un vengador de la patria, conservases solo el que de-

bía oprimirla. Aquella sola vez que fuiste clemente, lo fuiste con grave daño de la república: tal es la naturaleza de las cosas perversas, que ni con una virtud pueden jamás producir un bien.»

César, algun tanto conmovido, esclamó á Bruto: «¡Paz de una vez!» y volviéndose á Cornelio, continuó: ¡Cruel opresor, insaciable de sangre! tu imperio, cual terrible instrumento de la ira celeste, no tuvo por divisa mas que el terror y la muerte: el mio fué adquirido con magnánimo valor, y sostenido con clemencia. Tú te gozabas en que los abatidos Romanos temblasen en tu funesta presencia, y yo estaba satisfecho solo cuando veía brillar en sus rostros alegría y confianza: ninguno hubiera dignado tocar tu mano esterminadora; pero esta mia, pura de proscripciones y de asechanzas, temible solo á los enemigos de Roma, pude alargarla benigna y protectora á los ciudadanos, que siempre la acojieron con afecto.» Sila con jesto feroz contestó: «Mal te alabas de haber usado de afable bondad con ánimos infames, que aun ostentan haberte hecho traicion; por esto tengo yo mayor motivo de complacerme de todo mi rigor, con que afian-

cé mi seguridad, y la sumision de los hombres: tú quisiste ser benigno con pérfidos, é hiciste una triste prueba de ello; yo escoji la senda contraria, y la esperiencia ha demostrado cual era la mas segura. Anda miserable; no pretendas enseñar á Sila como debe gobernarse á estos viles, porque á mí, nadando en su sangre me obedecieron, temieron, y admiraron; y á tí, te sumerjieron en la tuya.»

Al concluir paseaba con orgullosa y feroz osadía sus miradas sobre la multitud, y despues con voz amenazadora esclamó: «El que presuma criticar mi Dictadura, que hable; le escucho dispuesto á defenderla.» La plebe, como aterrada por el estallido de un trueno, permaneció en silencio, y Bruto, con un jesto de impaciencia, y desprecio le volvió las espaldas. Despues de haber permanecido un momento con majestuosa fiereza, esperando Sila quien se atreviese á romper el silencio, miró á Bruto con amarga sonrisa, y desapareció. Entonces una sombra en tono de burla del ausente dijo: «Tu hablaste como podía hacerlo el heredero de una ramera.» La multitud aplaudía con sonrisa aquel dicho, que me hizo recordar que Sila había sido

en efecto instituido heredero por la rica Nicópolis, mujer que merecía muy bien aquel ignominioso dictado. Muchos en susurro recordaban que Sila había dispuesto en su testamento, que su cuerpo fuese consumido por las llamas: apesar que hasta entonces se había acostumbrado en Roma conservar los cuerpos de los difuntos con aromas; bien que él temia con razon que sus odiosos miembros se viesen espuestos con vilipendio al furor del vulgo. Al ver que, apenas desaparecido el tremendo Cornelio, empezaban varias conversaciones, en que se vertían ideas que poco antes en su presencia se tenían ocultas, en silencio estaba yo considerando cuanto una tiranía sublime y estraordinaria por su orgullo y crueldad envilece los abatidos entendimientos, que despues de tantos siglos aun alimentaban un temor degradante: aquella plebe, enmudecida y aterrada á la presencia de Sila, desahogaba entonces con indecentes escarnios su tonta venganza. Así callan tambien ocultos entre las hojas los impotentes pájaros á la vista de un halcon devorador; pero apenas este se aleja, parecen insultarle con sus bulliciosos gorgéos. Pero las sombras mas respetables continuaban en un

triste y majestuoso silencio, demostrando con sus semblantes que no habían dignado tomar la palabra, porque les repugnaba hablar con un ultrajador de toda virtud.

CAPITULO TERCERO.

Pomponio Ático: Sus opiniones rigurosas y atrevidas sobre la injusticia de las empresas de los Romanos.

Suspendió las habladurías de la multitud reclamando la atencion de todos una sombra que con moderado y sereno aspecto se adelantaba: corrieron inmediatamente á su encuentro con muestras de satisfaccion Tulio, Cesar, Bruto y Antonio, recibiendola todos con los brazos abiertos; no parecía sino respirar venerable dulzura y suavidad de costumbres: sus sienes despobladas, el cabello cano, su mirar bondadoso, la frente calmosa, y los labios risueños parecían indicar su verdadero caracter. Aquellos varios Espectros, despues de confundirse en amistosos abrazos, permanecieron un momento en un ecstático silencio, y en seguida Bruto le dijo: «Fué por cierto ino-

cente y feliz tu vida privada por tus apacibles costumbres, y por el ocioso trato de las musas; á muchos fuiste útil con tu generosa proteccion y liberal beneficencia, amable á todos, y sin ser sospechoso á ningun partido, pudiste pasar los dias de mayor iniquidad sin tropiezo ni disgusto que turbase tu reposo: solo siento que un hábil marinero, como tú hubieras sido en el proceloso mar de nuestras convulsiones políticas, en vez de dirijir el timon en los peligros se quedase en el puerto, contemplando desde él como su patria naufragaba, y en el piélago de la corrupcion se sumerjia.»

Parecía que la multitud, al paso que aprobaba las puras doctrinas de Bruto, sentía que diese quejas á un hombre jeneralmente venerado por sus virtudes; pero éste con moderacion respondió: «Cuando yo hubiese podido esperar, con algun jeneroso esfuerzo, de dar ausilio á la patria, entonces me hubieras visto lanzarme en el tempestuoso mar de sus vicisitudes: pero la misma opinion que yo tenía formada del inevitable destino de Roma, la tuvieron igualmente sesenta años antes de mi muerte Rutilio y Cotta, escelentes patricios, los que no pudiendo sufrir ni correjir

la ciudad, la abandonaron, imponiendose un destierro voluntario. Tú mismo, Marco Tulio, esplendor de elocuencia y tesoro de filosofia, perseguido de los vicios triunfantes, abandonado de los buenos, sin que pudiesen servirte de escudo tus virtudes, te viste obligado á buscar tu salvacion en un destierro doloroso para tí, é ignominioso á la patria: restituido despues á su seno, viviste en continua perplecsidad, buscando el modo de reformarla sin encontrarlo, hasta que te desengañaste al ver oprimido á Pompeyo, y entonces pronunciaste abiertamente aquella terrible sentencia de que, era menester no solo deponer las armas, sino romperlas; lo que oido por el hijo de Pompeyo, quiso tirar de la espada, y tú hubieras sido victima de su furor á no haberle contenido Caton. Nadie menos que tú, Bruto, debiera oponerse á mi opinion, pues aplicaste á la desesperada Roma un remedio tan violento como ineficaz.»

Tulio interrumpió diciendo:» Vosotros llegaste al templo de la alta fama por caminos opuestos. El uno, en la opinion general y en tiempos funestos á la virtud, fué admirable ejemplo de moderadas costum-

bres, y cuando las feroces borrascas de la ambicion trastornaban hasta los cimientos del orden y de las leyes, permaneció con calma inalterable, como colocado en la cumbre de un elevado monte donde no pueden alcanzar los tempestuosos nublados: el otro con ilustre resolucion esperó estirpar, con la vida de uno, la inveterada y jeneral perversidad.» Bruto repuso: «El que desespera de la salud publica y la abandona, ofrece un ejemplo tan pernicioso como el que en el campo de batalla se retira de las filas y abandona su bandera: ¿que sería de la patria si todos los ciudadanos que mas pueden influir en su suerte la abandonasen en los peligros? entonces quedaría á merced del primer déspota ambicioso que quisiese disponer de ella. Un verdadero ciudadano no tiene vida mas larga que su patria, porque no puede sobrevivir al pesar de haberla perdido: amas de que el sentenciarla á muerte es cosa repugnante, y que resiste á la probabilidad de las vicisitudes humanas, las que enseñan, que si bien alguna vez salen fallidas las mas lisongeras esperanzas, no obstante con el mas pequeño esfuerzo se evitan amenudo los temidos reveses y la inminente ruína.

Fundado en estos principios no observé desde la playa las zozobras de mi patria, antes bien, arrojandome á nado para salvarla, naufragué con ella.» La moderada sombra contestó: Cuando los cambios de los estados se pudieran obtener sin futuras calamidades, iguales ó mas temibles que los mismos abusos que los aflijen, no hubiera yo dejado por cierto de emplear mis esfuerzos en las disenciones civiles. Por mí no se derramó siquiera una gota de sangre, y por tí corrió á torrentes y en vano: mi ejemplo no fué fatal, aunque de pocos imitado; el tuyo gravó en el corazon de los tiranos el miedo de las asechanzas, que ha sido el verdadero y amargo manantial de todas sus atrocidades.» Y Bruto en seguida añade: «Este indiferentismo politico, que tu profesaste y encareces, es la mayor calamidad de los pueblos: los ciudadanos que mejor conocen los abusos que oprimen á su patria, son los que mayores esfuerzos deben hacer para correjirlos á toda costa, pues de lo contrario el pueblo queda abandonado de sus verdaderos tutores, y como niño impotente á merced de un opresor; por esto la sabia ley de un vecino pueblo declaraba traidor al ciudadano que

en sus convulsiones políticas permaneciese indiferente. Mi ejemplo, es verdad, gravó el temor de las asechanzas en el corazon de los tiranos, pero el tuyo les gravó la confianza de su impunidad y del abandono y envilecimiento de los pueblos; confianza sin la que aquel miedo sería sumamente favorable á la humanidad.»

Mientras aquellos espectros estaban ocupados en estas discusiones, estimulado de la curiosidad me acerqué á Tulio, y para llamar su atencion fuí á tirarle un pequeño pliegue de la toga, pero mis dedos nada encontraron: no obstante él volvió la cabeza, y le pregunté: «¿Quien es este?»—»Es Pomponio Attico.»—«Nosotros, repuse, leemos con trasporte las cartas que le dirijías con aquel fuego de amor á la infeliz patria, y cuyas espresiones respiran nobles y elevados pensamientos: en ellas, como en delicado cuadro, estan retratados á lo vivo los muchos vicios y las pocas virtudes de tu tiempo, de tal modo que, al recorrerlas, se trasporta nuestra mente á aquellas edades, y nos ponen en el caso de poder hablar con fundamento de vuestra historia.» Tulio parecia disfrutar de algun placer al recuerdo de aquellos volúmenes,

é inclinarse á hablar acerca este objeto, cuando llamó nuestra atencion una tumultuosa ajitacion de la multitud, que parecía dirijir sus miradas acia el estremo del subterráneo, donde oía levantarse un sordo murmullo; iba creciendo la concurrencia, de tal modo que parecía fluctuando en vacilantes oleadas, hasta que por fin fué calmándose el movimiento, mientras adelantaban con majestuoso paso cinco sombras de aspecto marcial: sus miradas é intrépida frente parecían indicar elevacion de pensamientos, y alguna presuncion. Iba delante el mismo Scipion Emiliano, destructor de Cartago, y por esto llamado el segundo Africano.

Conjeturé que las cuatro sombras que le seguían pertenecían á la valerosa estirpe de los Scipiones: pero Tulio, observando mi ansiedad, quiso prevenir mis preguntas, y con su izquierda apoyada sobre mi hombro, me indicaba con la derecha, diciendo: «¿Vés aquellos dos que van delante? son los dos hermanos Publio y Cneyo Scipion, admirables por sus hechos de armas, los cuales perecieron en los remotos campos de la Iberia: por sus formidables empresas se estendió el nombre romano

hasta las últimas playas del piélago occidental. Tras de aquellos van otros dos hermanos, únicos capaces de reparar los perjuícios de la prematura muerte de los primeros: el uno es Lucio Cornelio que triunfó del gran Rey de Siria, Antíoco, quedándole el nombre de Asiático, y el otro es Publio Cornelio, vencendor de Aníbal en la batalla de Zama, siendo despues su nombre terror del Africa, y por esto le quedó el título de grande Africano: es, por cierto, glorioso tributo de admiracion universal el obtener por consentimiento unánime tan ilustres títulos, con que parecía repartirse aquella estirpe como patrimonio la gloria del universo por sus heroicas virtudes: los dos son hijos de aquel Publio que les precede, y cuyo semblante no oculta el jeneroso orgullo de haber enjendrado hijos tan valientes.» Tulio decía esto al ver que el padre fijaba en sus hijos sus afectuosas miradas, como para llamar sobre ellos la atencion y el respeto de la multitud. La antigua fama de los Scipiones tenía como embargados todos mis sentidos en su contemplacion: volviéndome por fin á Tulio, le pregunté quien era el gran Africano, y él me dijo: «El de la

derecha, de ancha y despoblada frente, en que puedes distinguir fácilmente una cicatriz marcial, que con complacencia ostentaba en vida.»

Fijé la atencion sobre su frente, y ví en efecto aquella marca gloriosa del mismo modo que la vemos igualmente en sus retratos y bustos. Mientras que yo hablaba con Ciceron, los cinco guerreros se acercaron á los sepulcros, sobre los que se apoyaron majestuosamente, fijando en silencio sus desdeñosas y altivas miradas sobre los Espectros que les rodeaban; observándose particularmente en Emiliano una sombría tristeza, como que no podía consolarse de la perfidia de su última noche. Entre los muchos pensamientos que me ajitaban, me ocurrió en la idea como Tulio, nacido muchos años despues de la muerte de los Scipiones, podía tan fácilmente conocerlos; y habiéndole indicado mi dificultad, me contestó: «No solo Roma, sino la Italia y las provincias todas del Imperio, conocieron estos venerables rostros por medio de las Estatuas de marmol y cuadros; cuyos monumentos se encontraban en casas particulares, coliséos, atrios, y mausoléos, como divisa de su virtud y estímulo perpétuo de

la nuestra. ¡Desgraciados de nosotros si por ser mas modernos no les hubiésemos conocido! Donde no se conservan las imágenes de los hombres grandes, es preciso que no se admire ni aprecie la virtud.»

Oía con embeleso las sublimes palabras de Ciceron, cuando se acercó á éste Pomponio, y en tono de ingenuidad y franqueza le dijo: «¡Mira como, aun en estas mansiones, las ilustres maldades usurpan la alabanza que solo debiera tributarse á las pacíficas y útiles empresas! Estos que con sus sangrientas hazañas llenaron los abismos de la muerte, venerados aun en este lugar, se atráen esclusivamente la absorta admiracion de la turba: nosotros que buscamos una honesta fama con moderadas costumbres y luminosas doctrinas, y que constantemente empleamos nuestros esfuerzos en bien de la humanidad, nos vemos no obstante, desde la aparicion de estos, despreciados y olvidados.» Tulio, como sintiendo que su amigo llevase tan adelante la rigidez de sus doctrinas, le contestó: «¡Ah Pomponio! me temo que las apasibles y afeminadas costumbres de los Atenienses y el dulce trato de las Musas hayan debilitado en tí la virtud romana

cuando tan mal la tratas.» — «Ahora que, despojados del entorpecimiento de nuestros miembros, estamos libres de las preocupaciones humanas, podemos de ellas hablar libremente: ¿y dejaremos acaso de elevar nuestros pensamientos hasta la contemplacion de la verdadera virtud, tan opuesta á las ilusiones mundanas.?» — «Con efecto, la verdadera virtud sirve de espejo á mis opiniones, y me enseña como primer precepto que el amor á la Patria es la fuente de la probidad y de las mas ilustres acciones; y por esto no puedo oir sin sentimiento tu opuesto parecer:» — «El amar á una Patria digna de este afecto es un fácil cuanto debido tributo; pero á una Patria bárbara, atroz, depravada, incorregible, sería necedad; al paso que fuera maldad odiarla, inutil compadecerla, y solo propio de un sábio el conocerla.» — «Pero ¿donde van á parar, ingenio tan benigno entre nosotros, tus actuales tan austeros como desdeñosos asertos?» — «A demostrarte cual fué Roma; no vista al través del deslumbrante esplendor de su gloria y decantada fama, sino juzgada filosoficamente con ánimo desprendido del yugo de las preocupaciones. Un asilo de malvados fué

su funesto principio; luego vino el fratricídio, despues el rapto: no te hablaré de las guerras, tan felices como injustas, emprendidas bajo varios pretestos contra Vejo, Fidena, los Volscos, y contra los demas pueblos circunvecinos; pero despues que el feroz Tulio Ostilio hubo destruido la Ciudad de Alba, madre de Roma, y dirigido en seguida las armas contra el Lacio, sin mas motivo que su ambicion de reynar, dejó á sus descendientes un objeto de perpétuas é insaciables venganzas. Luego que el Imperio Romano corrió el velo que cubría su índole, todos los pueblos de la Italia se arrojaron contra él: de consiguiente, así como antes su voluntad era el único móvil de sus violentas injusticias, despues la necesidad le obligó á continuarlas.»

«Cuando se consideran imparcialmente las guerras de nuestros Reyes, no parecen sino un azote de la divina venganza que castigaba de continuo estas regiones; y cuando aquellos fueron arrojados, quedó como funesto legado su ambiciosa soberbia á la República, que cual caudaloso rio salido de madre, inundó el universo sin respetar límite alguno, sembrando la desolacion y el espanto: y sedienta siempre de

nuevas usurpaciones, no se contentó con apelar á la gloria de las armas, que alomenos es una maldad generosa, sino que usurpó con abominable fraude. Conocereis facilmente que quiero hablar de aquella sentencia, digna de perpetua ignominia, proferida por el Pueblo Romano, cuando los Ardeatos y los Aricinios le nombraron Juez Arbitro en su desavenencia acerca de la pertenencia de un campo situado en sus fronteras; pues que el fallo que dió fué, no pertenecía á otro que al mismo Pueblo Romano, é inmediatamente, intrépido en la perfidia, lo ocupó.»

«En la misma época se encendió la guerra entre los Campánios y Samnitas; y aunque estos por solemnes tratados fuesen amigos y aliados de Roma, guiada esta por su ambicion dirigió sus armas contra ellos, porque los primeros le ofrecieron condiciones mas ventajosas: pero infiel luego á unos y á otros, los sugetó á todos á su imperio. Nuestros ambiciosos deséos se estendían ya hasta los confines de la Italia y contra convenios espresos pretendíamos navegar en el golfo de Tarento; pero los Tarentinos, que por esperiencia conocían lo funestas que eran las naves Romanas don-

de abordaban, pidieron socorro á Pirro, gran monarca del Epiro, que vino en su ayuda; mas apesar de causa tan justa se le declaró contraria la suerte, y despues de generosos esfuerzos, se vió precisado á abandonar la Italia que quedó totalmente sujeta á Roma, al concluir el quinto siglo de su ecsistencia. La mayor parte de los pueblos de la Italia eran antes florecientes, valerosos y felices; la antigua Etruria era la nacion mas ilustre por sus leyes, y apacible por sus agradables costumbres; pero, devastada por nuestras armas, quedó reducida á ruinas, sobre las que resonaba tristemente nuestra fama: Capua, Tarento, y Regio eran florecientes colonias de la Grecia, celebres por su civilizacion y suntuosos espectáculos; pero el progreso de las víctorias de Roma destruyó la industria, las comodidades, y hasta la suavidad de costumbres, no dejando en recuerdo mas que un feroz desprecio de la leyes, y prolongados rastros de sangre y de muerte.»

«Sojuzgada una vez la Italia, el ambicioso Senado estaba buscando pretestos para estender su autoridad, y muy pronto los encontró: ciertos aventureros, llamados Mamertinos, despues de haberse introducido en Messina como huespedes y amigos, la arruinaron, saquearon, inundaron de sangre, apropiandose las mujeres y bienes de los ciudadanos asesinados ó fugitivos, y no contentos de gozar en paz del fruto de su bárbara perfidia, infestaban toda la isla con sus rapiñas. Os acordareis que en aquel tiempo los Cartajineses y Siracusanos se disputaban la posesion de la Sicilia, pero no obstante se unieron para espeler á los funestos Mamertinos, los que viendose impotentes contra enemigo tan formidable, os pidieron ausilio: vosotros, con aquella prontitud con que debieran solo protejerse los inocentes oprimidos, corristeis al apoyo de aquellos salteadores; asi es que haciendoos aliados y complices de sus maldades, demostrasteis muy bien al mundo cual era vuestro orijen. Parecía que cuanto mas eran inicuas vuestras empresas, otrotanto se os declaraba favorable la fortuna, porque en veinte y dos años de guerra quedó convertida la Sicilia en provincia de la República Romana.»

«Apenas se había establecido la paz con los Cartagineses, bajo el pretesto de apaciguar disturbios que se habían originado en la Cerdeña, isla que pertenecía á aque-

llos, de repente la invadimos y usurpamos con manifiesta perfidia; en seguida nuestras águilas, que por todas partes sembraban desolacion y ruina, se dirijieron à Grecia, que empezamos á oprimir con el especioso pretesto de protejerla contra las prepotentes falanjes del Rey de Macedonia, que quería someter aquella culta y hermosa nacion bajo el duro cetro de su tiranía; cetro esterminador y herencia funesta de aquel Alejandro, que por los estraordinarios efectos de su furor fué titulado *el grande*. Los Griegos esperimentaron muy pronto cuan mal un débil oprimido confia en la tutela del poderoso; porque los Romanos, protectores insidiosos, entremetiendose en todos los negocios de la Grecia, concluyeron con someterla á su imperio absoluto; y si alguna vez intentó resistir á los decretos de nuestro Senado, fué devastada con las armas, como rebelde. Asi es que la bella y suntuosa Aténas, admirable por las divinas producciones de las bellas artes, y celebrada por los insignes talentos que le debió el mundo, fué por dos veces saqueada, en parte incendiada, y destruida primero por Sila y despues por Celeno, lugar-teniente del Dictador César: despues,

en el mismo año de la destruccion de Cartago, desgraciada victima de nuestra emulacion, fué incendiada y devastada la ilustre Corinto, sepultandose en sus ruinas la fiereza, el esplendor y la gloria de la Grecia, que quedó para siempre reducida á la humillacion y oscuridad.»

«Así como sometimos aquella desgraciada nacion, aparentando sostenerla, no usamos del mismo artificio con respecto á Macedonia; pues sin motivo ni pretesto alguno la invadimos, y no nos creimos satisfechos hasta que vimos entrar en Roma á su último Rey, el desgraciado Perséo, asido al carro triunfal de Pablo Emilio. Hé aquí oprimida la libertad de quien la depositó en nuestras manos, arrancada la diadema de las reales sienes, rotos lo cetros, desgarrada la púrpura; y no por cierto para libertar al mundo de la tiranía, sino para que nosotros solos, afortunados, ilustres y temibles, pudiesemos ejercerla impunemente, y para que las demas naciones, reducidas al silencio, á la opresion, al envilecimiento, admirasen nuestro insoportable orgullo.»

«Nada pondero con mis amargas palabras, pues los sanguinarios escesos de nues-

tra conducta son mucho mas lamentables de lo que puede esplicarse. Apenas Emilio había espedido para Italia los ricos despojos del prisionero Monarca, recibió un decreto del Senado, en que se le mandaba saquear y destruir todas las ciudades del Epiro que habían seguido el partido del desgraciado Rey: ocultando Emilio el atroz decreto con el mas depravado disimulo, entró en el Epiro finjiendo miras amistosas, como que estuviese dispuesto á restablecer la libertad en aquella provincia; en seguida mandó que en un dia prefijado en todas las ciudades, se presentase en lugar público todo el oro y plata que ecsistía en poder de los particulares y en los templos, mientras que él ocupaba con sus legiones todas las calles: obedecida que fué su órden tiránica, á una señal convenida, los guerreros, que ya sabían la perfidia de su general, se arrojaron sobre el resto de los bienes de aquellos infelices, como premio glorioso que los padres de la patria habían concedido por la ilustre opresion de la Macedonia. En aquel dia ecsecrable setenta ciudades fueron devartadas de tal modo, que desaparecieron de la faz de la tierra, quedando solo las ruinas como odioso monu-

mento del ilustre furor de los romanos. Ciento cincuenta mil ciudadanos fueron conducidos á suspirar en la esclavitud, tras del orgulloso carro de los triunfos; los demas quedaron errantes entre las ruinas de su patria, reducidos á la desesperacion y á la miseria, siendo objeto de lástima para todos los hombres menos para nuestros desnaturalizados corazones.»

«Así como el ebrio no se sacía de apurar con trémula mano la perturbadora copa, cuanto mas sumergidos nosotros en las maldades, tanto mas dispuestos á cometerlas, dirijimos de repente nuestros aceros, aun humeantes de sangre, contra la apacible Asia, donde encontramos ocasion de combatir con el gran Antíoco; y sus ricos y vastos reinos quedaron al fin reducidos á desolada provincia del pueblo romano. Durante aquellas injusticias, coronadas por la fortuna, fermentaba siempre en el seno de Roma la cruel emulacion contra Cartago, que parecía colocada por el destino en la opuesta playa, como blanco de nuestra sangrienta gloria, y vasto objeto de ilustres opresiones: Con inhumano trasporte aprovechamos la primera ocasion para propagar sobre la Libia, la Iberia, y la Lusita-

nia un belicoso incendio, á la luz de cuyas llamas reflejaban nuestras gloriosas mortandades. ¿Se dirijía acaso tanto desastre á hacer algun bien á la humanidad? ¿reportaba de ello alguna ventaja el siempre desgraciado pueblo de Roma? No por cierto; la filantropía de un pueblo libre no hacía mas que oprimir á sus semejantes, no en su propio beneficio, sino para satisfacer la orgullosa ambicion de pocos Magnates. Los principales ejecutores de tantas desgracias fueron estos Scipiones que vés tan satisfechos de sus maldades, y que la multitud con ciega admiracion contempla sometida y en silencio. »

CAPITULO CUARTO.

César defiende á los Romanos, y Pomponio sostiene su opinion confirmando sus maldades particularmente con el ejemplo de los Scipiones.

César escuchaba atentamente á Pomponio, dirijiendo amenudo sus miradas á los Scipiones: echando por fin la punta de la toga sobre su hombro izquierdo, con algun enojo interrumpió diciendo: «¿Cual fuera la suerte de una ciudad gobernada por un ingenio tan pacífico y sufrido como tú?» Pomponio contestó con calma: «La de ser oprimida con injusticia, ó feliz sin iniquidad.» César sonriendose repuso: «Si fuese posible fundar una ciudad en lugar inaccesible á los ataques y ofensas de otras naciones, por cierto que tu suave filosofía sería agradable, útil, y aun profesada por todos los ciudadanos: pero ya que esto no es posible, ya que las nuevas ciudades se levantan entre las antiguas, ya que todos los pueblos, libres ó esclavos, ceden de contínuo á un funesto impulso de ambicio-

sas usurpaciones, esta tranquila prosperidad, que tú encareces, no puede esperarla quien estudia en la historia las humanas vicisitudes, y deduce de los hechos un prudente y sabio juicio. Roma, es verdad, nació de humildes principios, pero sin usurpacion alguna; pues sabes muy bien que estaba desierto el pais donde Romulo reunió á nuestros projenitores; y fué proyecto muy laudable el de reducir una tierra yerma y abondonada, en floreciente habitacion de un pueblo valiente. Tampoco has de lamentarte de que reuniese á perseguidos y aventureros, y si tú quieres, á salteadores; pues que de este modo libertó por una parte á la Italia del peso de sus maldades, y por otra, como ilustre pastor, sometió al yugo de un imperio moderado aquel fiero y indómito rebaño, logrando que aquellos réprobos entendimientos conociesen por fin la autoridad de las leyes y de la razon, de que hasta entonces se burláran: no te aflija tampoco, como reprobable indignidad, que unos hombres, separados del placer del bello secso, se procurasen por todos medios el necesario aliciente del himenéo; pues que debes recordar, que antes del tan deplorado rapto de las desconsoladas doncellas, los Romanos, mediante honradas condiciones, con reiteradas y humildes instancias las habían pedido por Esposas: solo desdeñosas é insultantes repulsas obligaron por fin á los nuestros á aquel rapto, por tí tan tristemente reprobado. Aquellas doncellas sintieron menos que tú su desastre, y lo perdonaron mas facilmente; pues sabes muy bien que, tan afligidas como bellas, en el acto del combate se arrojaron entre los dos ejércitos, y con suaves palabras acompañadas de llanto, supieron disipar las iras crueles. No fué tregua, paz, ni alianza, sino union y comunidad de imperio entre los Romanos y los implacables Sabinos, el admirable efecto de intercesion tan dulce.»

«El reinado de Numa que, sin guerras ni trastornos, no temido sino venerado, duró mas de cuarenta años, parece mas que gobierno humano una imagen de celestial benignidad: Nacion alguna puede gloriarse de tan inerme, pacífica y justa dominacion, en medio de altivos y belicosos vecinos, contenidos solo por la sagrada admiracion de tantas virtudes. Si despues nuestros abuelos empuñaron el implacable acero, no fué tanto por el inquieto deséo

de perturbar el mundo, como por la necesidad irresistible; porque todos los pueblos de la Italia, movidos ya de la envidia, ya del temor, se lanzaron sobre la naciente Roma para oprimirla: Esta, al vindicar las injurias, y al defender sus toscas habitaciones en el monte Palatino, y sus cosechas sobre las riberas del Tiber, fué tan feliz, que obligó á sus sitiadores no solo á rendir las armas, mas aun á usarlas en adelante en su defensa; pero nuestra prudente patria no sujetó á los vencidos pueblos de la Italia á un yugo servil, sino que les admitió en su gremio, como los demas ciudadanos.»

«De la justa defensa nace lejitimamente la necesidad de prevenir inminentes y sucesivos insultos, y solo á este fin se estendieron nuestras victorias á lejanas rejiones, donde, segun la imperfeccion inevitable de las obras humanas, quizas los triunfos se vieron mancillados con maldades: ¿pero una guerra, aunque justa y necesaria, puede acaso terminarse sin algun esceso de venganza? Estraño que un entendimiento como el tuyo, versado en la historia universal, pueda presumir que un arte cruel de sangre y de muerte pueda ejercerse con

moderacion, como se hace con el arreglo interior de los negocios de una ciudad. Roma en sus no interrumpidas empresas marciales, se distinguió sobre las demas naciones por su conducta heroica, generoso orgullo, y admirables virtudes, que hasta entonces no se habían conocido entre las atrocidades de la guerra.»

«En cuanto á la fidelidad á nuestros juramentos y á los tratados, fué reputada en aquellos tiempos por tan sagrada, que nadie desconfió de la promesa de un Romano. Así como has querido con artificioso lenguage presentar á la consideracion de este pueblo algunas tristes empresas, que pudieras haber condenado al olvido, debías á lo ménos recordar algunas de aquellas, que por su esplendor dejaron atónitas las naciones: viva y eterna será la memoria de nuestra lealtad para con Falera, cuando un pedagogo insidiosamente nos presentó los principales jóvenes de aquella ciudad, cuya enseñanza le estaba confiada; pero nuestro magnánimo Camilo reusó con indignacion una traicion para nosotros tan ventajosa, y mandó restituir libremente á Falera aquellos preciosos rehenes. Créo que tampoco el tiempo habrá condenado al ol-

vido el nombre de Fabricio, que durante la guerra contra Pirro, avisó á este de que su médico se le había ofrecido á envenenarle. Demasiado largo sería, conciudadanos, el recordar todas las virtudes del pueblo romano, y con ello no haría mas que reproducir lo que vosotros no ignorais, porque son vuestras propias acciones: hé indicado algunas por la necesidad de rectificar la demasiado severa opinion de este romano, noble é ilustre, sino valiente.»

Al concluir el Dictador dirijía sus nobles y severas miradas sobre la multitud, y los cinco Espectros guerreros parecían respirar coraje, segun indicaba el convulso movimiento de sus ojos amenazadores: permanecían no obstante en silencio, desdeñando acaso la defensa de su ilustre gloria. Todas las sombras estaban sobrecojidas de admiracion y respeto, sin atreverse á perturbar el silencio: solo aquel, que por la suavidad de su índole y costumbres creía yo usase de mas modesta reserva delante de ciudadanos tan ilustres, tomó por fin con intrepidez la palabra, diciendo: «Ya que me estimulas, Dictador, con tus desdeñosos reproches á confirmar y patentizar mas y mas nuestras maldades, lo haré con gusto, aunque te sea

molesto el escucharlo. Vosotros tambien lo oiréis, Scipiones, á quienes en vida no conocí sino en estatua, y por la fama de vuestras formidables empresas. Nadie debe estrañar tampoco, que despues de haberme conocido de apacibles y ociosas costumbres, me vea hablar aquí con cierta osadía; pues, aunque disimulado, nunca fué otro mi caracter que el del valor y el de la franqueza. Callé, pero no por cobardía, sino por la íntima persuasion de que los elevados y libres conceptos eran ofrecidos en escarnio á la corrupcion general; y sí me resigné á pasar la mayor parte de mi vida léjos de mi desgraciada patria, no fué por cierto por que me creyese indigno de servirla, sino por que la juzgué poco merecedora de ilustres y peligros afanes.»

Mientras así hablaba, sacudía la cabeza con despecho, y dirigiéndose en seguida á los Scipiones prosiguió: «De vosotros, gloriosos hermanos Cneyo y Publio, que dejasteis vuestras vidas en los campos de la Iberia, nada diré, pues perecisteis por fin combatiendo, y ninguna de vuestras empresas escedió de la ordinaria ferocidad de la guerra: Pero dejasteis para la larga vida de vuestros sucesores harto tiempo y mas

funestas ocasiones de bárbaros estragos. Pretendo hablar de tí, Publio, de tí, llamado el Grande Africano que, en la nueva Cartago en Iberia, celebraste las ecsequias de tu Padre y Tio con cruel pompa fúnebre, como señal funesta de futuros estermínios; pues que hiciste combatir á sangrientos gladiadores sobre aquellas tumbas, como que los manes de tus mayores necesitasen un sacrificio de sangre humana. Los bárbaros de aquella nacion concurrieron con transporte á la fiesta atroz, y saciaron con su sangre tu crueldad y su feroz demencia. ¿Quieres aun mas? Dos primos, los príncipes Ursúa y Cerbis, que se disputaban la señoría de Ibiza, decidieron la cuestion con las armas, bajo tus auspicios, sobre aquella misma Tumba que parecía destinada á los sacrificios de sangre, y sobre ella fué muerto Ursúa por mano de su competidor. Tú te complacías en estas escenas de desmoralizacion, mientras tus bajeles sembraban el espanto, la desolacion y la ruina sobre todas las costas.»

«Recuerda la desgraciada Sagunto, estrechada por tus funestas legiones, por que permanecia fiel á los Cartagineses: tanto fué lo que temió ser esclava de los Scipiones, que todos los ciudadanos decidieron antes perecer que sufrir tanta ignominia: reunieron en medio de la plaza todas sus alhajas mas preciosas, y colocaron sobre ellas á sus mugeres y niños, amontonando seca leña á todo su alrededor; cincuenta jovenes estaban con antorchas encendidas para pegar fuego al combustible al momento de entrar el enemigo, mientras resonaban por todas partes las tristes imprecaciones contra la pérfida crueldad de los Romanos, que perturbaban el mundo, y mientras toda la juventud apta para las armas hacía una desesperada salida, con la resolucion de no sobrevivir á la derrota. Pero la fortuna, cómplice de nuestras tiranías, los tendió á todos en el campo, y entonces los pocos que habían quedado en la Ciudad, despues de haber concluido con las mugeres y niños, se arrojaron entre las llamas paraque junto con su patria los consumiesen: Entraron los romanos, y asi como aquel cuadro de destructor heroismo era capaz de contener hasta las fieras, no desalentó su insaciable rapacidad; pues muchos fueron víctimas de las llamas por querer arrancar las riquezas que relucían en el seno de la mortífera hoguera. Este ejemplo

de insigne crueldad es por sí solo suficiente para deshonrar para siempre la fama de tu estirpe.»

«Aquella horrorosa escena la quisiste renovar despues en Italia con la ciudad de Socri, que con la insigne Grecia había seguido el partido de sus antiguos dominadores, los Cartagineses; para castigar aquellos Ciudadanos mandaste á tu Legado Quinto Flaminio, ya infame por sus depravadas costumbres, quien, abusando de la victoria, permitió á sus guerreros que esterminasen los niños en el mismo seno de sus madres, que abusasen de las doncellas á la misma vista del desesperado Padre, y que entre el llanto, la muerte y los estupros, saqueasen y pasasen á cuchillo aquella desgraciada ciudad. Tan horrorosas maldades no fueron por cierto obra tuya, inecsorable general, pero tú te las apropiaste, prestando tu atroz aprobacion y connivencia.»

«Ahora hablaré contigo, Scipion Emiliano, destructor de tantas ciudades, y en particular de la triste Cartago: Aquellos infelices ciudadanos, oprimidos por su desgracia en la guerra, acudían á suplicarte clemencia, dispuestos á someterse á to-

das las condiciones: pero aquella émula de la gloria romana debía perecer; debía romperse aquel dique de nuestra ambicion: tal era el decreto de los implacables Padres de la Patria. Con tanta falta de resistencia como esceso de crueldad, redujiste en desiertas ruinas aquella vasta, antigüa y floreciente ciudad, cuyo pabellon durante siete siglos había dominado los mares. Tú fuiste el que con tus propios ojos contemplaste sereno el heróico sacrificio de la esposa de Amilcar, entonces General de aquel caduco Imperio, la que, por no someterse á ser tu esclava, asesinó á sus propios hijos, y con sus despojos, invocando la terrible venganza del cielo, se arrojó á las llamas que devoraban el Templo de Esculapio. Segun publica la fama, parece que cuando viste aquella majestuosa ciudad reducida á cenizas, se vieron asomar en tus ojos las lagrimas, y tu feroz pecho ecsaló algun suspiro: no sé si esta piedad fué verdadera; lo que sé muy bien es que en tal caso fué tardía, y semejante á la que siente el verdugo, que con la cabeza de su víctima en la mano, deplora el haber sacrificado el resto: sé, que prosiguiendo tus gloriosas devastaciones, destruiste todas las

ciudades del Africa, aliadas de los Cartagineses: sé, que convertida aquella rejion en vasto desierto, fué despues con orgullo llamada provincia romana: sé por fin, que todas aquellas atrocidades te ganaron el título de Segundo Africano, y que el Africa fué confiada á los Procónsules, que con la impunidad de sus violentas tiranías, perpetuaron en ella el azote de la conquista.»

«Pero ya la Iberia, antiguo y sangriento teatro de la gloria de los Scipiones, te llamaba para imitar allí los tristes ejemplos de tu familia: temblaban al solo oir tu formidable nombre las madres y las consortes sobre aquel desgraciado suelo, humeante de la sangre de sus hijos y maridos. Tú fuiste el que sitiaste á la heróica Numancia: aquellos ciudadanos, libres é ilustres, que con tal desprendimiento sabían despreciar la muerte, provocaban en vano al combate á tus legiones; pero tú, acostumbrado á las asechanzas, no procurabas mas que pasar tiempo, evitando el formidable reto de aquellos que nada eran capaces de temer, sino la esclavitud. Así es que no les hiciste la guerra con las armas, sino que procuraste vencer su jenerosa virtud con el hambre y la miseria:

ya no parecían vivientes los Numantinos, sino esqueletos, sombras errantes. Las angustias de la necesidad les obligaban á sacrificarse y devorarse mutuamente, y en tan horribles apuros, antes que rendir las armas prefirieron dirigirlas contra sí mismos, para morir con su patria. Despues que las llamas hubieron devorado todas las habitaciones y riquezas, y hasta los cuerpos de los que tan jenerosamente se habían sacrificado, los pocos que habían tenido valor para sobrevivir á su patria te abrieron las puertas, y te dejaron Señor de los humeantes y desolados muros: hasta á los mismos que te dieron entrada, sin respetar su miseria ni su jenerosa obstinacion, los vendiste como jumentos. ¡Oh esterminador de inocentes pueblos! ¡Oh tirano de los libres! ¿no eres tú acaso el que en seguida castigaste la Ciudad de Lútia porque lastimada había ofrecido socorro á Numancia? aunque no había llegado á efectuarse el ofrecimiento, por solo la intencion sentenciaste á dicha Ciudad á entregarte cuatrocientos jóvenes, á quienes por ignominiosa venganza hiciste cortar las manos. ¡Oh bárbaras empresas de odiosa memoria, que no obstante te granjearon el pompo-

so renombre de Numantino! Si tan tenebrosa obscuridad cegaba entonces nuestros entendimientos, si tanta vileza hacía palpitar de gozo nuestros tímidos corazones hasta tal estremo que alabábamos y admirábamos acciones opuestas á la razon, manifiestamente viles, crueles, infames, no puedo dejar de manifestar mi sentimiento, y en muerte á lo ménos os ecsorto á ser mejores de lo que fuisteis en vida.»

A estas palabras los Scipiones parecieron conmovidos y confundidos, procurando ocultar sus rostros con el estremo de sus togas: Emiliano hasta entonces tan soberbio y altanero, bajó los ojos, cubrió su frente con la mano como que se arrepintiera de alguna maldad, é inclinando la cabeza sobre su pecho brotaban de sus ojos tristes lágrimas. Entonces Pomponio esclamó: «Ah! ¡porque no vén estas ilustres lágrimas los actuales pueblos de la Iberia, del Africa, del Asia, rejiones inundadas por tan feroz Estirpe de muy diversas lágrimas de huérfanos, de viudas, de padres desesperados! este sería á lo ménos un precioso desengaño, apropósito para satisfacer la posteridad, acaso indignada aun contra vosotros por los ultrajes de que fueron víctimas sus projenitores.»

CAPITULO QUINTO.

Continúa Pomponio reprobando las opresiones contra los Iberos, y contra los Galos. César achaca á estos sus bárbaras costumbres, y Pomponio insiste en que los Romanos las tenían aun mas bárbaras.

Permaneció Pomponio un momento en silencio, como para aguardar que se le contestase; pero los Scipiones conservaban tristemente la misma posicion: en seguida aquel añadió: «Ahora veo que vuestro pecho abrigó alguna piadosa bondad, pues que las antiguas maldades os inspiran un laudable arrepentimiento. Lo que puede algun tanto consolaros, es que nadie puede echaros en cara que habeis sido vosotros los únicos opresores de aquellas rejiones, pues que una sola familia, aunque nacida para destruccion, no podía bastar para saciar la sed de esterminio que atormentaba al Senado: bien lo sabes tú, Emiliano Numantino, que en tu juventud serviste en la Iberia bajo el estandarte del

Consul L. Licinio Luculo, cuyo gobierno se le había confiado: cuando tomó el mando del ejército se había firmado la paz con los Celtiberos, y no obstante, sin mas motivo que la avidez del saquéo, dirijió el ejército contra Cauca, una de las ciudades mas ricas de aquel pueblo, y como esta no estaba preparada á la resistencia, se rindió por capitulacion, y admitió las lejiones vencedoras: apenas se hubieron estas posecionado de la Ciudad, el feroz Licinio, rasgando el velo de su perfidia, pasó á cuchillo unos veinte mil ciudadanos, y vendió á los viejos, mujeres y niños, como despreciables restos. Te acordarás igualmente de que, poco antes de haber tú destruido Numancia, esta ciudad había tratado y firmado solemnemente la paz con el Procónsul Q. Pompeyo al frente del ejército romano; pero el Senado, encontrando útil continuar aquella empresa, desaprobó el tratado. En vano se presentaron aquí los enviados de Numancia para reclamar el respeto de la fé pública, pues los Padres de la Patria con sublimes imposturas eludieron la verdad, y Numancia fué abandonada á tu cruel furor.»

Servio Sulpicio Galba, Pretor de la Lusitania, escitado por tan insignes ejemplos de crueldad, pasó á fuego y sangre aquella provincia, y solo las olas del Occéano pudieron servir de dique á sus insaciables rapiñas: aquellas desoladas naciones pidieron la paz, y el Pretor al otorgarsela, les manifestó un finjido sentimiento de verlas habitar en terrenos ingratos, indicándoles que, si querían, les concedería territorios mas fértiles, donde pudieran vivir mas felices. Engañados aquellos desgraciados por la simulada benevolencia del Pretor, se dividieron en tres colonias, y seducidos por lisonjeras persuasiones, tomaron tres diferentes acantonamientos: Galba les visitó, manifestándoles que, siendo amigos del pueblo romano, y debiendo tener con este una misma patria, no debían permanecer con las armas en la mano, suplicándoles que las depusiesen si no querían dar un indicio odioso de inmerecida desconfianza. La simplicidad y honradéz de los Lusitanos no les permitió recelar de la mala fé del Pretor; pero éste, luego que recojidas las armas estuvo seguro de la impunidad de su atentado, solícito de cojer el fruto de su traicion, mandó á los suyos que circuyesen aquella multitud desarmada, y

toda fué pasada á cuchillo en la misma presencia del Pretor, que con la mayor indiferencia estaba mirando como aquellos infelices invocaban la venganza del Cielo: como indefensos corderos dentro el corral fueron degollados treinta mil hombres, infamemente engañados. ¡He aquí la fé romana que con tan faustuosas palabras nos jactamos de haber mantenido inalterable.!»

«El cielo había conservado un ilustre vengador de tantas maldades: hablo de Viriato, que como por milagro escapó de aquel esterminio. Nacido pastor, aunque digno de cuna real por la elevacion de su alma, llamó á las armas á los restantes pueblos oprimidos por nuestra tiranía, y durante diez años de guerra abatió de contínuo nuestro orgullo con sucesivas derrotas: pero nos deshicimos de él de un modo mucho mas ignominioso que nuestros propios reveses, pues el Cónsul Servilio Cepion, al recibir á dos Mensajeros mandados por Viriato para tratar la paz, ofreció á estos un importante premio si le quitaban á aquel la vida; seducidos estos por el vil interés volvieron á su campamento, y asesinaron á su jefe en su propia tienda, mientras estaba entregado á un apacible sueño. Vol-

vieron los asesinos á presentarse al Cónsul para pedirle el salario de su infamia; pero como siempre se aprecia solo la utilidad de la traicion, y se detesta á los traidores, el Cónsul les contestó con frialdad, que él no era competente para fallar acerca del premio que merecieran unos guerreros que asesinaban á su propio caudillo, porque este juicio correspondía al Senado: á disposicion de este, pues, mandó con nueva perfidia á los traidores, dejando al mundo en duda de cual fuese el peor de tantos engaños.»

«¡Mira por tanto, César, hasta que punto se había borrado de la memoria del pueblo romano la probidad de Camilo con los jóvenes de Falera, presentados por el Pedagogo, y la de Fabricio con Pirro, cuya vida quiso vendernos su médico! ¿porque no recordabas el asesinato de trescientos niños Volscos, que nos habían sido entregados en rehenes? Las romanas maldades, como impetuoso torrente, arrastran y sumerjen las pocas honradas acciones de algunos héroes: estas brillan como débil lámpara en una negra noche, cuyo momentáneo resplandor no sirve mas que para hacernos despues mas densas y sensibles las tinieblas. Ya se abría un vasto campo á

tus gloriosos esterminios en la Galia, cuyos pueblos de muchos años sufrían el rigor de nuestras lejiones. La deslealtad romana era harto conocida en aquellos paises, pues que el Cónsul Domicio, habiendo invitado á Bituito, Rey de los Avernianos, á pasar á su campo para concluir el tratado de paz, arrestó al crédulo y honrado Monarca, y cargado de grillos y cadenas en pompa triumfal lo remitió á Roma; con cuya infamia despejó la senda de tus usurpaciones. La Galia, que antes encerraba ricas y valientas rejiones, sometida despues á la codicia de los Procónsules, quedó reducida á yerma y devastada provincia, como infausta marca de nuestras feroces rapiñas.»

César que hasta entonces había permanecido en silencio, y con la cabeza baja como ocupado de profundos pensamientos, al oir aquellas palabras levantó la frente: el laurel que ceñía sus despobladas sienes estaba algo inclinado sobre las cejas, que cobraron cierto aire de severidad; levantó la mano, y poniéndola sobre aquella corona de triunfo, interrumpió diciendo: «Cuando intentas disputarme el mérito de este premio de valor, sería ya vil paciencia el sufrir tus atrevidos dicterios. Parece que

te propones hablar de mí y vituperar mis operaciones; pero ¿como un hombre, cual tú fuiste, apreciado solo por tu tímida prudencia y por una justa fuga de las calamidades de la patria, amigo de los ambiciosos al sumo poder por tu lisonjera docilidad de costumbres, plácido en las tempestades, seguro en los desastres, prudente entre los esterminios, ileso bajo el peso de las maldades, de tal modo que no hubo pusilanimidad mas celebrada que la tuya, libre ya de los peligros puede hablar con osadía de nosotros y de las virtudes romanas?» Pomponio sin resentimiento contestó: «Durante mi vida jamas alimenté otro temor que el de ofender la virtud, y como juzgué imposible no ultrajarla mezclandome en los trastornos civiles, procuré sustraerme. Si mientras permanecímos en la calamitosa ignorancia de la vida corpórea, las maldades útiles cegaban nuestro entendimiento, ya con la muerte se ha rasgado el velo de la falsedad y de la mentira: ya la luz triunfante de la verdad resplandece sobre nuestra mente, que no puede verse arrastrada por el torrente inconstante de los humanos delirios. Yo creo inicuas nuestras empresas en su mayor parte; viví

inocente de ellas, puro de sangre sobre un mar de sangre civil: ¿quien será de vosotros, manchados con la del esterminio de tantos pueblos, y aun con la de sus propios conciudadanos, que se atreva á echarme en cara esta misma inocencia? pasé en la tranquilidad, pero no en la vileza, mi vida, y con valor supe despreciarla, pues sin esperar la tiranía de la vejez, bajé tranquilo al sepulcro por inédia voluntaria. ¡Oh mentes feroces en que el trascurso de tantos siglos no ha bastado á borrar el funesto deséo de los estragos!»

Pomponio parecía entonces poseido de un convulso movimiento de despecho, contra su natural caracter, y asomaban en sus ojos algunas lagrimas, que procuraba contener con viril constancia, y César repuso. «No hubo guerra tan justa como la que por tanto tiempo sostuvimos contra los Galos, pues empezada por sus injuriosas provocaciones, y seguida por necesidad de la defensa, sometió felizmente á pueblos crueles y envidiosos de nuestra grandeza. Sin provocacion alguna, con ímpetu feroz, arremetieron contra la naciente Roma, degollaron á nuestros inermes y venerables Padres de la Patria, y poco despues á nues-

tros mensajeros de paz, cuyos miembros dispersaron por los campos. Pero esta bárbara perfidia era muy propia de aquella gente de abominables y atroces costumbres, pues colgaban de sus corceles, como ornamento glorioso, las goteantes cabezas de sus enemigos, y despues convertían el cráneo en copa, con que se emborrachaban en los festines: sus ritos fúnebres no eran ménos feroces, pues arrojaban sobre la hoguera con el cuerpo del Señor á sus mas caros esclavos y vasallos: pretendían decender de una funesta divinidad, cual era el Dios del infierno; y aun mas funestos eran los sacrificios, que se le ofrecían, de víctimas humanas. Los desapiadados Drúidas sepultaban el puñal en el corazon de la víctima, y colocando la mano sobre su guarda, presumían con las palpitaciones conocer lo venidero: pero en las fiestas mas solemnes, entretejiendo secas ramas, formaban colosos de miembros desmedidos é informes, que con crueldad llenaban de hombres vivos, mezclados con animales feroces; pegaban en seguida fuego á aquella mole, y entre el humo y las llamas salían mezcados los jemidos humanos y los aullidos de las fieras, que el supersticioso pueblo escucha-

ba con ánimo devoto y compunjido. Tal era la nacion que en guerra necesaria vencí, y obligué á abandonar tan ecsecrables costumbres. ¿De que te quejas, pues, Attico, sino de lo que debiera llenar de satisfaccion á todo corazon romano?»

Pomponio con serenidad contestó: «Ya que tanto declamas contra la crueldad de aquellos pueblos, que nuestro orgullo se complace en llamar bárbaros, veamos si nosotros hemos dado lugar á iguales reprensiones. En ninguna otra nacion ha sido tan tiránica como entre nosotros la patria potestad, pues que á su absoluto capricho el padre podía abandonar á sus hijos, esponerles en los bosques, y hasta estrellarles contra las paredes: cuando llegaban á la adolescencia, podía destinarles á trabajos serviles, venderlos como esclavos, desheredarlos sin motivo, y hasta matarles como jumentos. ¿Y que otro pueblo estaba sometido á leyes mas feroces contra los deudores? Entregados estos como esclavos á sus acrehedores, oprimidos bajo el peso de las cadenas, humillados á latigazos, y uncidos como bueyes al arado, labraban los campos que antes habían conquistado y regado con su propia sangre: en vano mostraban

aquellos infelices sus heridas marciales en su pecho, y en sus espaldas los ignominiosos cardenales del látigo. A los noventa dias de viles ultrajes sino pagaban su deuda, segun la ley atroz de las doce tablas el acrehedor quedaba árbitro de la vida del deudor, y si eran varios aquellos, podían dividirse entre si los pedazos de su cuerpo. Los palacios de nuestros Magnates estaban convertidos en cárceles llenas de plebeyos, encadenados y oprimidos por las mas infames usuras: el pomposo título de libertad lisonjeaba al pueblo, pero en realidad no había libre mas que el llanto y los jemidos.»

«¡Mas como esperar que estuviesen animados de algun sentimiento de piedad aquellos que habían organizado y reglamentado la crueldad mas tiránica! ¿podía verse espectáculo mas abominable que el de los gladiadores, cuyo arte inspiraba mas interés que los demas utiles á la humanidad? Los hombres destinados á tan bárbaras fiestas eran alimentados con cuydado y abundancia, para que sus miembros, espuestos desnudos al acero, fuesen blancos, llenos y hermosos, y las heridas pudiesen ser mas profundas y admirables para que inspirasen mas sublime sentimiento á los

espectadores: era menester que supiesen caer con gracia, agonizar con valor, y espirar con noble jesto. Los delirantes aplausos de la multitud confundían los suspiros de los moribundos, y cuantas mas eran las heridas, cuanto mas estraordinarios los accidentes al recibirlas, tanto mas era bulliciosa y aplaudida la muerte: no eran solo hombres belicosos y desalmados los que concurrían á aquellos bárbaros espectáculos; hasta las vírjenes sensibles por índole y los tímidos niños contemplaban desde el anfiteatro con delicia feroz los terribles combates de muerte. Alomenos así, las ociosas diversiones eran cuales convenían á un pueblo amaestrado á oprimir al mundo: así es que el mejor modo de obtener el favor de este pueblo, era el deleytarle con semejantes escenas de sangre; por esto cuando tú, Dictador, éras Edil, para abrirte el camino de tu ambicion, diste al pueblo un espectáculo de mas de seiscientos gladiadores. ¿Pero que es esto aun? ¡en los espléndidos banquetes, echados sobre delicada pluma al lado de viles rameras y de paràcitos aduladores, al apurar el falerno, nada parecía mas agradable que ver humear al lado de la mesa la sangre del gla-

diador! Para mayor borron de la humanidad se establecieron combates de hombres contra fieras, las que al despedazar de varios modos los miembros de los combatientes, ofrecían tal cuadro de atrocidad, que dificilmente podía decidirse cual de los hombres ó de los brutos fuese mas víl.»

«No obstante estas eran las mejores delicias del vulgo romano: conociéndolo Sila á fondo, para captar su benevolencia á fin de llegar á la tiranía, siendo Pretor, complació la comun ferocidad con el espectáculo de un combate entre los gladiadores y cien leones. La multitud de nuestras inhumanas costumbres me hace pasar por alto la bárbara opresion, á que teníamos reducidos á los prisioneros, que era la mas propia de un pueblo de tiranos: con todo no puedo dejar de indicar, que aquellos esclavos y su descendencia eran considerados perpetuamente por ley, no ya personas, sino cosas, en cuya horrible sentencia se encierra un principio impío de inhumanas doctrinas; así pues, no era de estrañar que con azotes y suplicios se desahogase nuestra orgullosa íra sobre aquellos desgraciados. ¿Donde estás, Vedio Polion, que en mis tiempos, cuando á guerras crueles habían sucedido

placidos ocios y mas agradables usos, acostumbrabas aun matar á tus esclavos, y aplicarte sus calientas carnes sobre tus hemorroïdes? á mas de qne ¿Que Caníbal fué jamas tan artificioso, como tú, en preparar sus abominables banquetes? ¿Donde te ocultas, Consul Metelo, que en la guerra contra Iugurta, habiéndote hecho entregar los refujiados, les castigaste como esclavos desertores, haciéndoles sepultar hasta el pecho y encendiendo en seguida en su alrededor una hogera, dentro la que quedaron ahogados y asados? esta és la bélica disciplina digna solo de un pueblo bárbaro y destructor.»

«Hubo tiempo en que las mas graves é importantes deliberaciones de nuestra República ya no tuvieron por norte la disposicion de sabias leyes, ni las elevadas doctrinas, pues preocupados los ánimos, no se dirijían mas que por augurios sobre el vuelo de las aves, el estallido del trueno, la palpitacion de las entrañas de los bueyes, los libros sibilinos, los oráculos ambiguos, y los vanos sueños; con cuya interpretacion los adivinos se tomaban el trabajo de engañar la plebe. Hasta las almas mas crueles se perturbaban timidamente por funestos

pronósticos, pues al encontrar Mario cerca las ruinas de Cartágo á dos alacranes que se batían con ahinco, convertido en crédula mujerzuela por aquella señal que juzgó aciaga, aquel vencedor de tantas naciones huyó del Africa temblando. El despiadado, el orgulloso esterminador de nuestros enemigos y de los mismos Romanos, el inecsorable Sila, acostumbraba traer colgada en su pecho una imájen de Apolo, á la que dirijía fervientes súplicas al dar una batalla. Así es que los dos mas terribles competidores de tu imperio ¡oh Roma! cuyo solo nombre hacía temblar las madres y las esposas, por despreciable supersticion fueron cobardes. No obstante, Mario al paso que por sí era crédulo y supersticioso, con la misma supersticion sabía engañar al vulgo por medio de Marta, mujer hebréa y adivina, que le acompañaba en todas sus depravadas empresas. En este sagaz artificio no fué menos esperto Sertorio, que por medio de la cierva de Diana se supo mantener felizmente en la Iberia: bien que no hacian mas que imitar el ejemplo de Numa, inventor de los misterios con su ninfa. Pero á lo ménos eran laudables y honestas dichas simulaciones, que corrijié-

ron la depravacion de todo un pueblo.»

«Al querer defender, Dictador, las empresas de la República contra los Galos, no debías por lo tanto apoyarte en su ignorancia y barbarie cuando lo mismo podían decir ellos de nosotros: ¿fué acaso menos bárbaro el sepultar vivas las Vestales? no habrás olvidado tampoco lo que todos los Romanos tienen presente; esto es, que por encontrarse escrito en los libros Sibilinos que los Griegos y los Galos un dia se apoderarían de Roma, para evitar los Pontífices el efecto de aquella prediccion hicieron sepultar vivos dos hombres de cada una de aquellas naciones. Al principio de la segunda guerra púnica el mismo bárbaro sacrificio fué ejecutado en el Foro Boário, y tambien se renovó en el inmediato siglo. ¿Pero con quien habló? ¿no fuiste tú mismo acaso, Dictador, el que tambien hiciste celebrar en Roma este bárbaro rito? ¡mira cuan audaz és la tiranía, que reprueba en los otros sus mismas infames acciones! ámas de que ¿puede darse pompa mas insolente y mas barbara que aquella con que se celebraban entre nosotros los triunfos?»

CAPITULO SECSTO.

Pomponio continua reprobando los triunfos, y en seguida promueve algunas dudas contra Lucrecia, que con el silencio parece confirmarlas.

La última pregunta de Pomponio pareció conmover é irritar la multitud, como si esta hubiese oido una blasfemia: el Dictador, Bruto, Antonio, y otras ilustres sombras le miraban con adusto semblante, y el prudente Tulio, fijando su vista en tierra perecía aflijido, pero no irritado contra el libre discurso del antiguo director de sus estudios: no por esto aquel se inmutó en lo mas mínimo, pues continuó con osadía diciendo: «Cuanta fué la suavidad de mis costumbres en vida, tanto mayor és la actual severidad de mis juicios: os repito pues sin enojo y sin temor, que fué cruel y degradante aquella pompa, que como objeto abominable sometía la real diadema á la irrision y ultrajes de la plebe, siendo así que cuando nuestros Legados, Generales, ó Cónsules caían prisioneros en manos

del enemigo, no se veían humillados ni degradados con semejantes fiestas: enteramente nuestro es, pues, el lauro de tan triste invencion. ¿Quienes fuímos nosotros, que despedazando la púrpura real, y pisoteando las coronas, osamos llamarnos domadores de los tiranos? fuímos, sí, destructores de valientes é inocentes naciones; fuímos saqueadores insaciables de riquezas; supimos hacer arrastrar las cadenas por estas calles de Roma á Reyes de antigua prosapia, ilustres, belicosos, y amados de sus pueblos: su humilde tristeza, sus majestuosas lágrimas de coraje, sus aflijidas consortes, sus oprimidos hijos esperanza de las naciones vencidas, que acompañaban al Monarca convertido en esclavo de la soberbia romana, eran tristes objetos que divertían la tumultuosa multitud, que con algazara les rodeaba: la casa real se convertia en carcel, el cetro en grillos, la gloria en oprobio, y un ilustre linaje era tratado como una familia de ecsecrables malhechores.»

«¿Acaso humillando y degradando los tronos libertamos á los pueblos de alguna fiera tiranía, para hacerlos mas libres y felices? nó por cierto; las naciones vencidas

deploraban la desgraciada suerte de su Monarca, y nuestros Procónsules para consolarlas, las oprimían con depredaciones, manifestando en sus gobiernos que eran tan insaciables de oro como durante la conquista lo habían sido de sangre. Esta fué la suerte de la Sicilia, del Africa, de la Grecia, de la Iberia, de la Galia, y de tantos otros reinos que destruimos, pues que despues de haber perdido á sus Príncipes, cayeron bajo el peso de las concusiones de los Patricios Romanos, que les eran estranjeros por idioma, por indole y por costumbres, y que solo manifestaban anhelo de aniquilar y devorar pronto su presa. Nosotros mismos, en el seno de la misma Roma, ya esclavos ya tiranos, nos vímos traqueados de continuo entre las opresiones del Senado y los insultos de la plebe.»

«No fué claro, sino impuro, el manantial de nuestro odio contra los reyes; y por cierto que los indignos y bárbaros efectos correspondieron á su triste causa. ¿Y cual fué esta mas que el lance de Lucrecia, que jamas podía considerarse suficiente para tan implacable venganza? No sois vosotros los que durante el reynado de Rómulo violasteis, no una, sino setecientes muje-

res? ¿Como podía, pues, irritaros tanto contra el hijo de vuestro Rey un delito tan leve comparado con el de vuestros mayores? hé aquí que por un chisme mujeril se escitó en vuestros ánimos una ecsaltada ira contra la majestad Real, que escarnecisteis, abominasteis, y perseguisteis. ¡Oh pueblo sagáz, que pudo creer el cuento de una adúltera llorona, que decía haber sido forzada en el silencio nocturno por los violentos trasportes de un hombre solo, como que fuese un gigante Briaréo! ¡Oh pueblo justo, que asesina al padre, que ni sabía ni aprobaba la dudosa aventura del hijo!»

Cual torbellino que ajita de repente las olas, cual huracan silva y conmueve la espesa selva, tal fué el efecto que las últimas palabras de Pomponio causaron sobre los Espectros, que murmurando se ponían todos en movimiento: apareció entre tanto una sombra mujeril, que cubierta con blanco velo, corría entre la multitud, como escitando al desorden con el llanto y convulsivos jestos de dolor; cual Luna entre las nubes, asi desaparecía entre las demas sombras y se presentaba de nuevo á mi vista: por fin calmada algun tanto la ajitacion, se presentó en medio y se paró.

Brillaba su hermosura á través del transparente velo que la cubría hasta los pies, como rosa envuelta en el rocío de la mañana: en seguida con un nuevo movimiento de despecho rasgó el velo, poniendo de manifiesto el candor de su rostro, y un palpitante seno, sobre el que, con cándido pudor, retuvo un pedazo del velo, pero dejando no obstante de manifiesto la mayor parte de su busto. El rubor y el pesar parecían haberse aliado para abatir aquellos divinos párpados; la congoja asomaba en su rosada frente, de la que caían ondeantes rubios cabellos sobre sus hombros de leche. ¡Cuanto conmueve é interesa una belleza afligida! El sentimiento de aquella mujer penetraba hasta mi corazon, y un dulce impulso de piedad humedecía mis párpados, cuando llamó mi atencion un jeneral murmullo que repetía el nombre de Lucrecia. Apesar del interés que inspiraba la vista de tan jenerosa como heroyca mujer, no se inmutó Pomponio, antes bien acercándose á ella, prorrumpió intrépido: «¡Oh celebre esposa de Colatino! no te irrites por mis conjeturas acerca de tu lance, pues no son debidas á impulso ninguno de odio, sino al deseo de la verdad; tu

misma puedes manifestarla ya sin repugnancia, despues de tantos siglos de dudas.»

Entonces la mujer levantó su desconsolada frente, y fijó sus tristes ojos sobre Pomponio: respiraba apenas, palpitaba, la congoja parecía ahogar las palabras en su corazon: un triste silencio de muerte reynaba en todo el subterráneo, como que la espectacion de sus respetables palabras tuviesen suspenso hasta el aliento de la multitud. Continuaba Lucrecia en el mismo silencioso embarazo sin poder pronunciar una palabra, ó como dudosa de lo que debíese decir ó callar: por fin inclinó humildemente la cabeza sobre su delicado pecho, y rendida de dolor se dejó caer sobre un sepulcro. Desvanecida la esperanza de oirla, Tulio rompió aquel ecstático silencio, diciendo: «Yo no sé, amigo Attico, porque te complaces ahora en ofender á esta desgraciada con tan austeras palabras, cuando entre nosotros tus labios no sabían pronunciarlas sino dulces y conciliadoras: por cierto que de los ultrajes que sufrió no hay otros testigos mas que las tinieblas y el silencio; á mas de que, la magnánima pena que se impuso á sí misma, prueba bastante su inocencia. No fué el tálamo, no fueron

sus pensamientos los contaminados por la brutal disolucion del Príncipe; solo los caducos miembros pudieron sufrir de aquella vileza; por lo que este inocente y sensible espíritu desdeñó habitarlos como profanados: mira la ancha herida abierta en su casto seno, destinado á protejer y alimentar tiernos hijos. ¡Oh acero que lo has despedazado, aun no serás suficiente para aterrar la calúmnia!» Attico contestó: «Aunque sea harta osadía el querer disputar contigo, Padre de la romana elocuencia, no obstante en este lugar nos es permitido por fin juzgar las acciones humanas, sin dejarnos dominar de la ilusion de tímidas opiniones: asi como tú con los admirables encantos de la elocuencia defendíste, no solo á inocentes, sino aun á culpables, asi mismo pretendes ahora fallar decisivamente en causa dudosa; pero yó, libre de preocupaciones, sostengo que la aventura que esta contó es inverosímil.»

Marco Bruto pareció conmovido tristemente al oir estas palabras, que le recordaban que Junio, de quien decendía, arrancó el sangriento puñal del seno de Lucrecia, y promovió la insigne y memorable venganza; y Attico continuó: «Observese

que, por cuanto esta misma cuenta, el cruel amante no la amenazó de muerte en un desierto, donde el éco de sus quejas resonára en vano, sino en la habitacion conyugal, llena de esclavos y parientes segun la augusta simplicidad de aquellos tiempos. Aunque el atroz Sesto hubiese intentado dejar muerto á un esclavo cerca de ella, fuera no obstante manifiesto que aquel esceso era tan dificil de llevarse á cabo, como facil de impedirse con fuertes y desesperados gritos. Por la misma fama de Lucrecia siento que, en aquel odioso atentado, se persuadiera que no podía sustraerse á la infámia de mejor modo que rindiéndose á la voluntad del amante. ¡Es por cierto admirable docilidad en una mujer casta el saber contener, en tan molesto conflicto, no solo los ímpetus de la defensa, sino aun los de su propia voz! ¡aun mas admirable es la resolucion de mancillar el tálamo, y lavarlo despues con su propia sangre! Por otra parte, el jóven príncipe no fué molesto ni malvado, sino cortés y valiente; pues que ella le acojió con agrado, con ella estuvo sentado en alegre cena, y despues fué acompañado por los esclavos á la habitacion que le estaba destinada. ¡Oh

simplicidad pueril, que te hizo albergar aquel peligroso huesped, en cuyos ojos tu pudor debía leer sus infames pensamientos, y que no obstante no te sujirio el cerrar el tálamo, ni el procurarte la compañía de alguna doncella, de modo que el insidiador nocturno, cual deseado amante, tuviese franco ingreso hasta el ara de tu fidelidad, abandonada á tu frájil virtud!»

Bruto entonces prorrumpió: «¿Pues porque descubriera esta con infamia lo que podía ocultar con impunidad, y negar con decoro? ¿Podía darse mas loca deliberacion, que la de querer promover desordenes de muerte contra su amante? esa misma, y no otra, fué la acusadora espontánca de su propia y oculta falta, y la intigadora de la venganza contra su pérfido violador: si hubiese repugnado menos las caricias del lujurioso joven ¿no hubiera sido inverosímil demencia el acusarse y suicidarse, cuando amor solo, tácito y satisfecho, podía conocer los nocturnos secretos?» Pomponio contestó tranquilo: «los que vivieron en aquella edad saben que Sesto era un joven jactancioso, que lejos de esconder las victorias amorosas, indignamente las publicaba: Amas de que, la historia nos dice, que si

emprendió espugnar la virtud de Lucrecia, fué para burlarse de Colatino, que la decantaba como única é invencible. Asi és que el jóven, orgulloso por aquel dificil triunfo, solo anhelaba ostentarla, para ridiculizar al crédulo Esposo: De consiguiente cuando se disipó la embriaguez de ignominiosas delicias, conociera la muger que estaba al borde de un abismo, y decidiera morir ilustre con engaño, antes que esperar un inevitable é infame castigo.»

Entonces Bruto, volviéndose á Lucrecia, esclamó: «Tú que en vida no tuviste reparo en descubrir con dolorido acento la oculta ingnominia ¿Porqué permaneces ahora en silencio? ¿Porqué no sueltas una palabra, que confunda á tus detractores?» Esta invitacion arrancó amargas lágrimas de los afligidos párpados de Lucrecia, que enjugándolos con su velo, cubría su inmutado rostro, como para ocultar un triste rubor: La afliccion debilitó sus fuerzas; se doblaron sus rodillas, y quedando sentada en el suelo, inclinó su cabeza entre sus dos manos, en ademan del mayor sentimiento: sorprendidos por aquel misterioso silencio las espectadoras sombras, se dirigían mútuas miradas, y luego Bruto con

conmocion repuso: «¡Desgraciada si fuiste inocente, y si ahora con misterioso destino estas privada de la palabra, obligándote á sufrir un nuevo ultraje de acusaciones sin poder vindicarte nuevamente! «Al oir estas palabras, Lucrecia pareció cobrar algun valor, y se levantó en ademan de confirmar que por celeste decreto habia enmudecido; y en su vista, Bruto animándola continúa: «En caso que fueses fragil en el tálamo aquella noche, para siempre dudosa, no se puede á lo ménos poner en duda la magnanimidad que desplegaste al dia siguiente, y puedes gloriarte de haber fundado con tu heroyco ejemplo nuestra libertad sobre las ruinas del trono.»

Mientras Bruto seguía recordando la gloriosa venganza, la espulsion de los reyes, y los ilustres acontecimientos sucesivos, Lucrecia pareció serenarse hasta asomar la satisfaccion en su afligido rostro; pero luego, cual ligera neblina herida por el dulce Zéfiro, desapareció dejando á los espectadores tan dudosos como antes acerca de su ilustre fama: Estos parecían entretenerse mutuamente en varios sentidos sobre aquella aventura, que permanecía cubierta con el impenetrable velo del amor. Pero ya

se ocultaban las estrellas, ya la obscuridad huía combatida por los rayos de la naciente aurora, y aunque sepultado en la eterna lobreguez del subterráneo no podía yo observar el alhagüeño cuadro que renovaba la naturaleza; no obstante cual marinero, encerrado en su Buque, á la direccion de la aguja sabe conocer el rumbo, al ver vacilar los Espectros, desfallecer su voz, y disiparse por los ayres, conocí que los rayos de la luz que les estaba vedada dominaban sobre la tierra. A tientas como la primera noche fuí entonces siguiendo los senderos de la gruta, sin poderme formar cuenta de mi ecsistencia, hasta que respirando el aliento de la plácida aurora pude percibir el suave canto de los pájaros. El dulce rácio de la mañana, el moderado y agradable zéfiro, el naciente reflejo de los rayos de Febo que iban disipando el velo que cubría las opuestas colinas y los esmaltados campos parecía, reanimar la naturaleza y darme una nueva vida.

NOCHE TERCERA.

CAPITULO PRIMERO.

Junio Bruto y Virginio, ilustres matadores de sus propios hijos: cuestiones acerca del mérito de aquella magnanimidad.

Paseaba las suntuosas calles de Roma, vivía entre los hombres, pero mi mente estaba sepultada en las mansiones de la muerte: tal era el estado de mi ánimo durante el apacible, aunque para mí molesto influjo de los luminosos rayos, que me separaban momentaneamente de las sombras de los antiguos. Si algun momento podía distraerme de las maravillosas escenas que tanto me ocupaban, no era mas que para considerar la jigantesca revolucion de todos los cono-

cimientos humanos, que se causára, si fuera permitido á los vivientes conversar con los muertos: no nos separára entonces de los antiguos pueblos el inmenso desierto que se nos ha interpuesto; nuestro siglo fuera un verdadero depósito de las luces de los pasados, y muchos pretendidos sabios quedáran confundidos y humillados, al ver que no han cojido mas que el fruto de una sola planta del vasto campo que encontraron labrado. Los augustos misterios de la naturaleza ya no fueran misterios; la historia de los progresos de las ciencias no nos fuera desconocida; los nombres de los inventores de las artes no yacieran en triste olvido, ni las ocultas causas de los grandes acontecimientos no permenecieran encubiertas bajo el tenebroso velo de la ignorancia. Se desarrollaría por el contrario magestuoso el curso de los siglos bajo un solo punto de vista, y un solo instante de vida sería capaz de satisfacernos, haciendo ménos amarga una prematura muerte.

El crepúsculo de la tarde se ocultaba á largo paso en el horizonte, satisfaciendo á mi ansiedad, cuando dirijí de nuevo mis pasos acia el silencioso albergue de la muerte, en espectacion de nuevos portentos:

apénas había llegado al lugar de los sepulcros, cuando ví reflejar la luz fosfórica, y se apareció, viniendo con agrado á mi encuentro, Marco Tulio, y me dijo: «Es por cierto ilustre y constante tu deseo de relacionarte con los antiguos: libre ya tu pecho de los impulsos del temor ha contraido una cierta familiaridad y franqueza con los espíritus, la que te hace superior á tus semejantes.» Yo le contesté: «Si los guerreros saben permanecer intrépidos al frente del enemigo que puede dañarles ¿que motivos tuviera yo para huir del aspecto incorpóreo de almas, que en vida supieron ser terribles á los soberbios y bondadosas con los humildes? Temo mucho mas á mis semejantes que no á vosotros, porque aquellos están poseidos de funestas pasiones que vosotros habeis dejado con vuestros cuerpos.» Tulio con benevolencia repuso: «Juzgas muy ecsactamente de nuestra índole síncero mortal: aunque mi amigo Pomponio, con su libre filosofía é indiferentismo, haya tratado, como oiste, de echar en cara á los Romanos innumerables y monstruosos vicios, no obstante su mordacidad no ha podido llegar á enumerar entre ellos la vileza; pues que en nuestras mas detes-

tables operaciones jamas faltó la magestad de la grandeza, ni el esplendor de la virtud; en especial de aquella que nos movía á combatir solo con los fuertes.»

Mientras Tulio hablaba, el subterránco se iba llenando de Espectros que él pasaba en revista con sus penetrantes miradas: pero al presentarse una respetable sombra, suspendió su discurso fijando en ella toda su atencion. Esta era de severo semblante, de avanzada edad, ceñida de toga consular, y daba la mano á dos jóvenes que la acompañaban con triste abatimiento, que podía atribuirse á honesta cortedad ó á los remordimientos de alguna falta. Al presentarse en medio del concurso se dejó oir un general y suave murmullo de piedad; pero el Cónsul con una fiera mirada pareció imponer silencio, y en seguida con gravedad dijo: «¿De que os lamentais? ¿es acaso de estos? ¿como por el contrario al verlos no se inflama de generoso enojo toda alma libre, grande, verdaderamente romana? ¿teneis acaso lástima de mí? yo creía merecer, no vuestra piedad, sino la admiracion vuestra. Yo no soy desgraciado; soy, sí, feliz por el noble orgullo de haberos enseñado con mi magnánimo ejemplo, que la primera virtud es la de saber vengar la patria ofendida.»

Entonces oí una voz que salía de entre la multitud diciendo: «Nuestros párpados, que en los trances mas terribles de la guerra jamas dieron muestras de sensibilidad alguna, no pudieron contener las lágrimas, oh Cónsul terrible, cuando á la señal de la mano paterna cayó la cuchilla.—Fuí padre aun en aquella alta prueba, y no penseis que yo dejase de sufrir las angustias de tal, pero las vencí por vosotros.—¡Ah! tu sangre, que con ímpetu se desprendía del tronco de tus hijos, salpicó tu toga, y al verlo un velo de terror oscureció los ojos de los romanos.» Entonces el Cónsul irritado contestó: «¡Oh piedad servil! No; que los romanos no la sintieron; solo tú la sentiste, tímido admirador de los tiranos, vil esclavo de los Tarquinos, que solo puedes haber sido audaz para disputar en presencia de los magnánimos ciudadanos con Junio Bruto, padre de su ilustre libertad.» Al decir esto, soltando de la mano á los dos jóvenes, los empujo con ímpetu acia la multitud y añade: «Estos, con mi sangre en sus venas, intentaron doblar vuestra cerviz al yugo apenas sacudido: yo

Cónsul, yo libertador de la patria, su esperanza, su tutor, su vengador, ¿como podía decirme sin delito, ni creerme sin afrenta, padre de sus traidores? Roma perseguida por las asechanzas de los espulsados tiranos, en la aurora de la libertad reclamaba un ejemplo rigurosa que la confortase en su rejeneracion. Yo lo dí: el que entre vosotros lo sienta, es un ingrato.» El desconocido espectro contestó: «No fué injusto el suplicio; fué, sí, fiera la constancia paterna al sentenciarlo, horrible la intrepidez de presenciarlo.» Junio entonces, colocando la mano sobre su cadera y levantando la frente, prorrumpió con orgullo: «¿No era yo acaso Juez en la silla Consular? — Si; pero eras padre. — Es verdad; pero mas de la patria que de sus enemigos. — Grave era el delito, funesta la clemencia, necesaria la pena; pero no era menester que tú la impusieses, ni mucho menos que la gustases con atroz severidad. — ¿Quien sino yo, que os los dí, debía quitaros estos bribones, fautores de la soberbia real? — El Senado y el Pueblo.»

Calló entonces Junio Bruto, como preocupado de varios pensamientos, y su semblante aumentó de ceño y severidad. Des-

pues de un momento de silencio el desconocido repuso: «¡Oh Junio! Si bajando de la silla Curul hubieses dejado á Roma libre Juez de tus hijos, la sangre del parricidio no hubiera marchitado el esplendor de tu fama. «Entonces Junio, como reanimado por nuevos pensamientos, contestó con calma: «Si yo, desprendiéndome de mi calidad de Juez, hubiese confiado el fallo á un pueblo novicio en la libertad, que solo el prestijio de los hombres había tenido por norte, por mi respeto el crímen hubiera quedado impune, y yo me hubiera creido indigno de ser su primer maestro en las grandes virtudes cívicas: pero ¡oh ingratos!; cuando en esta mansion de la verdad yo no estuviese bastante desengañado de la humana gloria, bastára para ello vuestro silencio, con que escuchais las mácsimas de este. Mucho siento que despues de veinte y tres siglos me vea ahora precisado á veros, Romanos, y á conoceros aun indignos de aquella heroyca prueba.» Al concluir fijó sus miradas con fiero desprecio sobre la multitud, y desapareció. Quedaron sus dos aflijidos hijos, abandonándose al llanto sobre un sepulcro, sin que nadie les diese muestras de piedad: un

nublado de tristeza cubrió el semblante de Tulio, que fijando la vista en el suelo, permaneció como sepultado en tristes consideraciones.

Aquella interesante escena me había conmovido en estremo, y mi ánimo no sabía si aprobar ó condenar el cruel desprendimiento de aquel desgraciado padre: mi perplecsidad y ansiosas miradas llamaron la atencion de Tulio, que penetrando mis pensamientos, me dijo: «Vuestras mas sagaces investigaciones jamas sabrán desprenderse de la duda al determinar las humanas virtudes. Una angosta senda divide entre vosotros la honradez y la torpeza, y sus límites, tan indeterminados y variables, darán siempre materia á opiniones inconsiliables: estas no estuvieron jamas entre nosotros de acuerdo para decidir, si la muerte de Oracia y la condena de Manlio fueron actos heroycos ó feroces. Tu mismo, hace poco, oiste como los entendimientos estan aun discordes, sobre si Marco Bruto debe juzgarse pérfido ó jeneroso. Así pues, en la mayor parte de vuestras doctrinas, de aquellas que principalmente tratan de deberes estraordinarios, la macsima que me parece mas segura, es la de no afirmar.»

Así hablaba Tulio, mientras se adelantaban á lento paso dos nuevas sombras: la una, armada de coraza y brillante yelmo, tenía retratada la ferocidad en su rostro; llevaba empuñado en su derecha un puñal, aun goteante de sangre: sus ojos infundian terror; tenía la barba negra y poco poblada, las cejas ceñudas, los labios jadeantes, y el ademan soberbio y resoluto. Tenía asida de la mano izquierda á una jóven, que le seguía tristemente, envuelta en cándido manto, que dejaba en su mayor parte descubiertos su bella garganta y airosos brazos, é iba calzada de elegantes coturnos: sus dulces ojos, como animadas estrellas entre las nubes, resplandecían á traves de sus melenas, que servían de velo á su abatida frente. «Esta es, esclamó el guerrero, la mas desgraciada, la mas gloriosa de todas las niñas. Hé aquí el despiadado acero, que por causa magnánima sumerjí en su inocente corazon: amandola como padre, la sacrifiqué como verdugo. Aun aquí, despues de tantos años, jime inconsolable, porque en la flor de su adolescencia dejó sus delicados miembros, separada para siempre de su amante al ir á amanecer su aurora nupcial.» Entonces la jóven

sacudió la cabeza, descubriendo sus melenas una celeste hermosura, que el delicado pincel de Seusis, de Timanto, ó de Apéles no se hubiera atrevido á pintar con la dulce tristeza que aquel maravilloso semblante respiraba. Levantó sus húmedos ojos, y dijo con terneza: «¡Ah triste soledad, en la que errando perpetuamente, jamas encuentro al valiente, al tan amado Icilio! ¡porque gustaron mis facciones al tirano Decemviro! ¡desgraciada belleza que, si pude estimar preciosa por agradar á mi amante, me fué tan funesta cuando escitó criminales deseos al persecutor de mi pasagera dicha! ¡Oh padre, hé aquí la herida; de ella no me quejo!»

Al decir esto con suave y afligido acento, descubrió en su seno virginal una ancha y aun palpitante herida. El padre volvió los ojos, arrojó el acero, é inclinando la frente la cubrió con su derecha, en ademan del mas acerbo dolor, al que correspondía la general piedad de la multitud, manifestada con tristes lamentos; pero entre aquel breve murmullo se dejó oir la voz de Marco Bruto, que esclamó: «¡Oh virtuoso Virginio! ¡cuanto mas ilustre hubiera sido tu empresa, si aquel acero, humeante aun de la casta y cara sangre de tu hija, lo hubieras en seguida sepultado en tu propio pecho!» Virginio contestó: «El sobrevivirle fué una prueba mas terrible: yo recibí en mis brazos agonizante á esta bella y querida hija, que sacrifiqué por tan noble motivo: yo debía morir de pesar, pero la virtud me sostuvo para mayor venganza. A mí, que á cada instante tenía delante la muerte en el campo de batalla, á mí, cubierto de gloriosas heridas, poco podía importarme abandonar una vida que ya me era odiosa sin mi hija: permanecí á respirar la contaminada admósfera, á sufrir la funesta luz del cielo; vencí el horror á la vida, refrené mi despecho, para constituirme sobre la tierra en implacable vengador de mis injurias y de las vuestras: así, siendo Tribuno, pude rejenerar la ciudad, destruir la tiranía, y decirme con orgullo segundo fundador de vuestra libertad.»

Tulio entonces, con placentero semblante, se interpuso entre los dos Espectros, y dijo: «Así como en las enfermedades humanas lo mas dificil de curar es la recaida, tú, Virginio, tuviste que arrostrar en tu empresa mayores peligros que

los que venció Junio Bruto. Tú Roma, habiendo caido por segunda vez en la esclavitud, parecías cansada, ó indigna de mejor condicion: pero tú, Marco, fuiste incomparable en que, mientras el fuego de libertad estaba apagado en todos los corazones, en tu solo pecho ardía pura su llama. Porque desdeñaste vivir esclavo, echas en cara á este magnánimo matador de su propia hija el no haberla seguido en el sepulcro. Si hubieses podido regenerar á tu patria ¿no hubieras sido criminal en negarle tu vida? pero tú dejaste una patria sumida para siempre en vil esclavitud, y este permaneció en la suya, coronada de un nuevo esplendor; vivió para llevar á cabo los efectos de su ilustre empresa, para consumar la útil venganza, y despues morir satisfecho en el bien cimentado templo de la libertad. No teneis, pues, porque disputaros, ánimos elevados: iguales en virtud, fuisteis diferentes en la conducta, porque así lo ecsijía la diferencia de las circunstancias.» Marco Bruto, animado de su antigua amistad para con Tulio, contestó: «Tú me haces de nuevo sentir el placer de aquellos razonamientos, que en vida acostumbraban calmar á menudo nuestros

cuidados; la mente se espaciaba por el piélago de las opiniones humanas, y sin resentimiento disputábamos, sin orgullo y con amistosas palabras emitíamos nuestros moderados juicios. ¡Oh única y dulce satisfaccion, la de poder discurrir en ocio tranquilo con entendimientos, que sepan elevarse hasta el heroismo!» Tendió los brazos á Tulio, que con trasporte le estrechó en los suyos, confundiéndose las dos sombras, cual dos ligeras nubes se alcanzan heridas por plácido viento.

Entre tanto, mi imaginacion se ocupaba de las dos célebres Lucrecia y Virginia, ambas oríjen del restablecimiento de la libertad romana: consideraba que aquel pueblo, que había tolerado con increible paciencia las opresiones, primero de sus reyes, y en seguida de los inicuos Decemviros, solo había podido dejar de sufrir las violencias del bello secso, cuya ultrajada hermosura parecía inducir aquellos corazones á una estrema y ruinosa desesperacion: las mortandades, las traiciones, la atrocidad, las mas altas maldades se le veían suportar con ignominiosa vileza, y con una estupidez mas propia de brutos que de hombres; solo el afflijido bello secso le conmo-

vía á la venganza. No llamaba menos mi co: s deracion la comparacion de las dos insignes mugeres, la una célebre en su desprendimiento por una muerte voluntaria, y la otra que había dejado á su padre la celebridad de un desprendimiento no ménos heroico: no obstante, aquella me parecía inferior á esta, porque se sacrificó despues de vencida, cuando esta previno la derrota; aunque Virginia parece solo una paloma sacrificada á las aras de la virtud, que sin voluntad propia, no vió ni entendió otra cosa sino que era herida por la mano de su padre, y que espiraba en sus brazos: esta inspira piedad, su padre terror, y Lucrecia ecsitando primero á los suyos á la venganza, y despues á su vista, como pacto terrible, derramando su sangre, á flébil admiracion conmueve. Pero el asesinar á su propia hija inocente, tiene algo de barbaro y repugnante, pues si Virginio quería llevar á cabo alguna accion sublime ¿no hubiera sido mejor que se arrojase contra el mismo Appio, orgulloso por su dignidad, y arrancarlo de su silla sacrificado á la venganza? esto lo hubiera conseguido facilmente, si para acercarse al Tirano hubiese usado del mismo artificio que le sirvió para

alejar á su hija. Aunque la resolucion de sobrevivir à la catastrofe la haya apoyado Virginio en fundadas razones, me parecía no obstante que en esto fué mas magnánima Lucrecia, que renunció á la vida despues de la odiosa cuyta, y con el esplendor de su heroica resolucion ilustró los tristes arcanos de su noche estrema. A mas de que, si bien es gloriosa aquella atrocidad de Virginio, el corazon palpita de admiracion y de horror á un tiempo, y no puede menos de resonar en nuestro pecho el acento de la piedad, que reclama contra aquella fiera resolucion; y si algun tanto lo aprueba, con todo juzga terrible aquella constancia, que dió fuerzas al padre para no espirar de despecho sobre la herida de su hija.

CAPITULO SEGUNDO.

El Censor Caton y Tulio disputan sobre si las ciencias corrompen las costumbres.

Permanecía aun engolfado en mis meditaciones, cuando llamó mi atencion una sombra que con dignidad se adelantaba, y al llegar cerca de Tulio se paró: parecía un hombre anciano, algo encendido de cara, ojos azules, calvas las sienes, las cejas pobladas, y la frente áustera; con la izquierda recojía el estremo de su ancha toga, y con su derecha apoyaba la barba. Tulio le preguntó: «¿Quien eres, y de que te afectas?» Aquella sombra contestó: «Siento dos cosas; la una el haber perseguido con molesto y continuo rencor la fama de los ilustres hermanos Scipiones, llamados Africano y Asiático por sus grandes empresas en aquellas rejiones, la otra el haber con obstinacion inducido al Senado á la destruccion de Cartago.» «¡Ah, ya te reconozco, mágnanimo Porcio Caton!» Esclamó Tulio, corriendo al mismo tiempo con los brazos abiertos para abrazarle;

pero Caton estendió su derecha, dando un paso atrás, como repugnando las muestras de amistad de un desconocido, y dijo con gravedad: «¿Pero tú quien eres?» y Tulio contestó: «Uno, que aunque nacido cuarenta años despues de tu muerte, pudo conocer tu virtud, lo mismo que si hubiese sido tu admirador contemporáneo.» Ni por aquella urbana lisonja disminuyó la severidad de Caton, que despues de un momento de reflecsivo silencio dijo: «¡Oh Roma, que es lo que hice! quitándote la émula Africana te privé del objeto mas útil á tu valor. — Anímate, magnánimo Censor, porque despues de aquella destruccion, aunque mas tiránica que jenerosa, se estendió rápida y felizmente nuestro dominio: los déspotas de Oriente temblaron sobre sus ricos tronos, el Africa quedó convertida en provincia romana, humillado para siempre su orgullo; solo las playas del piélago Occidental pudieron servir de límite al curso de las victorias de nuestras lijiones. — ¿Pero con los triunfos de que estás tan satisfecho, se introdujeron acaso en estos muros las costumbres y las doctrinas estranjeras, ó se mantuvo en su pureza la sencillez romana? — Adquirimos á un

tiempo las virtudes y los vicios de los vencidos, y nuestro Imperio se hizo mucho mas terrible y glorioso. Es verdad que el Asia, con su admirable lujo y muelles costumbres, templó algun tanto la frugalidad tan apreciada de nuestros abuelos; pero por otra parte, las bellas artes y las ilustres ciencias de la Grecia corrijieron la antigua y fiera austeridad de nuestras costumbres: desde entonces hemos podido ver adornados por el habil pincel Griego los palacios de nuestros héroes; y los bellos simulacros con que el arte adornó al foro, calles, templos, y otros parajes públicos, representaban de contínuo á nuestros ojos las memorables empresas y las grandes acciones de nuestros pasados. Así es que nuestra mente, así como antes se manifestaba poco solícita de bellas escuelas de ciencias, hizo esfuerzos para conseguirlas; y la escelsa filosofía de los Griegos, su afluencia, y toda la suavidad y melodía de las musas Atenienses, fueron trasportadas aquí como fruto de la mas jenerosa conquista: de consiguiente un pueblo que en todo debía ser superior á los demás, no quiso justamente sufrir el baldon de ser inferior en ciencias á los mismos vencidos. — Segun te esplicas,

la muelle corrupcion del Asia y las sutilezas de entendimiento de los Griegos no sirvieron de obstáculo al curso triunfal de nuestras guerras: pero yo afirmo sin dificultad lo que no ví con los ojos mortales, pero que concibo con el entendimiento, esto es, que acaso creció el imperio, pero disminuyó la virtud, y que habreis combatido en lejanas provincias, victoriosos mas no libres.»

A estas palabras Tulio bajó los ojos, como en señal de triste consentimiento; y Caton añadió: «Yo me congratulo aun de haber desterrado á Carneades y á sus cabilosos sectários, que llamándose amantes de las ciencias, nos obscurecieron con perniciosos sofismas; prontos á defender ó combatir igualmente la verdad y la mentira, en su boca la elocuencia fué prostituida al interés y á la lisonja. A mas de que, estoy cierto que cuando la faláz ciencia, que tanto de las cosas humanas como de las divinas disputa con audacia, levantó su estandarte sobre Roma, desapareció de vuestros ánimos el amor de la virtud, y solo os quedó el de vosotros mismos. La sumision á las leyes, el desprecio de la muerte, el deseo de un nombre ilustre, el

convencimiento de la justicia, la templanza en la vida civil, y la benevolencia en la doméstica son efectos importantes de antiguas y sábias instituciones: pero el retraer el ánimo de esta bella severidad, para sumerjirlo en las delícias de los sentidos y en el orgullo del amor propio, es obra de un momento, y no necesita esfuerzo alguno; pues los hombres, inclinados naturalmente á las comodidades, y retraidos del freno de las leyes, abrazan con trasporte la primera ocasion de lanzarse en el piélago de cuantos deleites les sean propuestos. A mas de que, las sutilezas de las artificiosas musas y los ocios de la meditacion mudan la inclinacion de los ánimos, de la milicia á los placeres, del foro al silencio contemplativo, de las atenciones públicas al egoismo de los intereses particulares, y hacen á los hombres inútiles para su patria. Sumerjidos en tan dulce depravacion, se entibia en sus pechos el amor á la libertad, y convertidos en esclavos contentos empuñan la espada, obedientes á la seña del tirano: reunidos despues en el campo como vil rebaño, con la victoria no hacen mas que adquirirse compañeros de degradante esclavitud. Yo estoy cierto que otro tanto os sucedió á vosotros.»

Caton al concluir paseaba sus fieras y desdeñosas miradas sobre los demas Espectros, y Tulio con algun despecho contestó: «Bien te ostentas, cual fuiste en vida, enemigo de las doctrinas filosóficas, á las que atribuyes los efectos perniciosos, de los que jamas pudieron ser causa las luces sino el ciego ímpetu de las discordias civiles. ¿Pretenderías acaso, que para ser amante de su patria, para ser hombre libre, es preciso ser ignorante? la esperiencia nos demuestra por el contrario que el vulgo ignorante, facilmente engañado, se ha convertido siempre en instrumento de los tiranos, y que si algun estorbo han encontrado en la carrera de sus crímenes, siempre les ha venido de parte de los hombres virtuosos é ilustrados. Sería por cierto una fatalidad, que las nobles ciencias se convirtiesen en propiedad odiosa y en vil artificio, de tal modo que ningun pueblo valiente y grande, pudiese ser al mismo tiempo instruido y amigo de las musas. Los Ejipcios, cuyo orijen se oculta en la oscuridad de las remotas edades, adquirieron su celebridad, como percursores y maestros de todas las naciones en las ciencias ecsactas y en la admirable perfeccion de las artes, y no

por esto su vasto imperio dejó de durar mas de veinte siglos, ni el despiadado rigor del tiempo habrá podido abatir los orgullosos monumentos de su grandeza: los Etruscos, antes que nosotros, supieron aliar á la gloria de su poder la augusta profesion de las artes y ciencias: los antiguos Persas fueron tan temibles por su imperio, como venerados por los profundos conocimientos de sus Magos: el reyno de los Sirios, fué tan grande, floreciente y duradero como ilustre por los conocimientos científicos, especialmente bajo el benigno cetro de aquel Antíoco, que no por el terror, sino por la admiracion se granjeó el renombre de grande: durable é ilustre fué el reyno del Ponto, en cuyo trono estuvo sentado aquel Mitridates, tan sobresaliente en las ciencias que parecía tenerlas todas sometidas á su talento. Pero si, como enemigo de los Monarcas y de sus súbditos, no te hacen fuerza los ejemplos deducidos de su grandeza, vuelve la consideracion al Oriente, y mira la feliz, hermosa, y formidable Grecia, que cultivó en su seno las mas preciosas ciencias: ni la escultura, ni la pintura, ni la afluencia oratoria, ni la poesía fueron capaces de arrancarle el desprecio á la muerte, ni el entusiasmo de la libertad.»

Porcio interrumpió diciendo: «Ya que me hablas de las Repúblicas de la Grecia, te recordaré, que entre ellas solo fué durable la sobria, la austera, la ferrea Esparta: de ella estaban desterradas las estériles contemplaciones, la aduladora elocuencia, el insidioso atractivo de los premios, y todas las ciencias que pudieran infundir en el pecho un suave y vano deleite: fiera pero grande, dejó á Atenas el escalpelo y el lapiz, y empuñó la espada. Así es que Atenas, en mengua de sus famosas leyes de Solon, llamado el sabio, cayó luego bajo la tiranía de Pisistrato, al paso que Esparta, que conservaba celosa su austera simplicidad, Esparta sola entre todas aquellas naciones se sostuvo por mas de siete siglos, constante en sus leyes y costumbres: su misma elocuencia fué enemiga de todo ornato, avara de palabras, rica de conceptos, grave, sencilla, victoriosa. Así hablan los hombres que mas en el hacer que en el decir ponen su estudio.» Calló Caton, volvió las espaldas, y desapareció sin esperar respuesta, como si le fuese molesta la contienda.

Yo consideré á mis solas el estraordinario contraste que formaba el caracter de aquella sombra fugitiva con el de los demas romanos, que no podían escuchar sin delicioso trasporte el dulce acento de Tulio, que aquel desdeñó como fastidioso. Tulio manifestaba en su semblante algun resentimiento y despecho por tan descortés é inesperado despido; pero Pomponio con mansedumbre le dijo: «Muy justo es tu resentimiento, porque esperabas hacer resplandecer la luz de tus esclarecidas doctrinas: pero tú, que ningun volúmen acostumbrabas abrir con mas frecuencia y placer que los de Platon, cuya elocuencia te parecía propia de Jupiter, debes acordarte que desterró al divino Homero de su ciudad imajinaria.» Tulio contestó alegremente: «Pero tampoco hubiera vivido en ella gustoso. A mas de que, si Platon no hubiese bebido, como en cristalina fuente, el majestuoso estilo de aquel cantor, no hubiera poseido aquella elevacion y sencillez de elocuencia, ni aquella afluencia de irresistibles atractivos, con que á pesar de la obscuridad de sus sentencias cautiva el entendimiento. El se complació en idear una ciudad perfecta, ya que ninguna encontró

en el mundo que pudiera servirle de ejemplo: sabiamente ha sucedido que ningun pueblo ha intentado realizar aquella sutileza de perfeccion, pues de otro modo la fama de tan grande escritor se hubiera visto espuesta á la irrision del vulgo.»

Marco Bruto, que hasta entonces había escuchado con modesto silencio aquellas cuestiones filosóficas, de repente se arrojó con trasporte acia una sombra, esclamando: «¡Oh Porcia, consorte mas de los magnánimos pensamientos que del caduco cuerpo! ¿cual fué tu suerte despues que yo secumbí con Roma?» Porcia contestó: «¿Has creido acaso que pudiese permanecer viuda del último de los romanos? me sepulté en las tinieblas para poder gozar de tu compañía; pero ¡vana esperanza! despues de diez y ocho siglos de molestas peregrinaciones por estas noches eternas, porfin te encuentro!» Al decir esto se confundían en tiernos abrazos; y despues de los primeros trasportes Bruto le dió el brazo, y ella con afectuosa dulzura, y sin perder nada de su gravedad matronal, volvía acia él su bello semblante, pareciendo los dos ocuparse de importantes conversaciones á sus solas. La multitud contemplaba y

veneraba en silencio aquel fiel consorcio, modelo de virtudes.

CAPITULO TERCERO.

Pompeyo y César disputan con los antiguos rencores. Aparecen despues los Triunviros, entre los que Antonio permanece aun esclavo de Cleopatra.

Seguía la multitud en tiernas reflecciones, que inspiraba la reunion de aquella heróica pareja, cuando llamó la atencion jeneral un nuevo Espectro, de séria y grandiosa presencia que á lento paso se adelantaba: Tulio, volviéndose á Pomponio que estaba á su lado, le dijo. « Este solo, si hubiese tenido la fortuna ménos contraria, podía sostener la libertad. Mitridates, que en su vasto imperio abrazó veinte y dos lenguas, el único Rey que hayamos temido, enemigo constante é implacable durante treinta años de guerra, despues de repetidas victorias fué arrojado por este hasta las últimas rejiones de Oriente, obligado á atravesarse con la misma espada que en vano blandía contra el pueblo romano: éste es el que durante el curso de tres lunas, limpió el mar de piratas: éste el que combatió á veinte y dos Reyes, venció mas de dos millones de guerreros, apresó ochocientas cuarenta y dos naves, tomó mil quinientas treinta y ocho Ciudades, sojuzgó á todos los pueblos que habitan entre la Palude Meótide y el mar rojo, y cuando le fué confiada la defensa de la patria, evitó la presencia de César, y sosteniendo en Farsalia por la mejor de las causas la peor de sus batallas, pareció oprimido del hado de Roma: pero en vez de caer con su patria, en aquel dia estremo para todos los verdaderos ciudadanos, se entregó en brazos de la Real Dignidad, la que con aquel funesto ejemplar justificó el merecido odio que le profesamos, porque engañando traidoramente al confiado Pompeyo, le sacrificó sobre la playa, y espuso en triste espectáculo de la inconstancia de la fortuna. »

Al oir esta relacion prorrumpió el Dictador: « Si este, aunque denominado Grande, y apesar del escesivo número de su ejército, fué vencido por mí en Farsalia, no se queje del destino, sino de mi valor. ¿Acaso no soy yo aquel, que hé sojuzgado

ochocientas ciudades y trescientas naciones, hé dado cincuenta batallas contra á lo ménos tres millones de combatientes, y si es decente el alabarse de las mortandades entre difuntos, hé hecho perecer mas de un millon de hombres?» Pompeyo escuchaba en silencio aquellas orgullosas palabras, con irritado y majestuoso aspecto, que tenía alguna semejanza al de Alejandro de Macedonia. Todos parecían venerarle, y esperar que se acercara, escepto el Dictador que le salió al encuentro, parándose los dos á corta distancia: se dirijieron mutuamente fieras miradas con todo el fuego de su antigua rivalidad; parecía que solo se hablaban con los ojos amenazadores, cuando empuñaron la espada: Pompeyo iba á desnudarla, pero se le interpuso una sombra mujeril que se arrojó á sus brazos, poniendo con afectuoso ademan su derecha sobre la de Pompeyo; al hacer aquel movimiento dejó caer sobre sus hombros el largo velo, descubriendo sus ilustres y bellas facciones, que aparecían abatidas por el peso de prolongados pesares: tiernas lágrimas regaban su blanco seno, y con tímido acento dijo: «¡Ah, ni aun la muerte ha podido apagar en vuestros pe-

chos el fuego de la discordia!» Al oir aquella voz Pompeyo pareció dispertar de un letargo, y volviendo la vista con afecto acia élla, el antiguo amor absorvió toda su grande alma, y olvidó á César. La mujer en tierno abandono se dejó caer sobre el pecho de Pompeyo acompañando sus dulces abrazos de tristes suspiros; Pompeyo la sostenía y abrazaba conmovido, desprendiéndose lágrimas de ternura de aquellos ojos impacibles á tantas escenas de sangre.

La conmocion se propagaba entre los espectadores, que por un afecto de simpatía apenas podían contener las lágrimas: por fin la muger levantó su desconsolada frente, que en parte cubrían sus rubias melenas, y con suave y afligido acento dijo: «¡Oh magnánimo y desgraciado Esposo! yo, yo misma te ví aquel mismo dia, en aquel mismo lugar en que poco antes habías triunfado de Mitridates, caer asesinado: ¿porque recurriste á la bárbara Lidia, tan infame por sus traiciones?» Pompeyo contestó: «Todo pais, toda playa era para un verdadero romano menos insídiosa é inhumana que esta misma patria, desde que la fortuna premió los vicios de este ti-

rano.» A estas palabras indicaba con la mano al Dictador, y le miraba con torvo ceño; pero este con desdeñosa sonrisa dijo: «Tú, que tan honrado y valiente en palabras te entregaste en Farsalia á una vergonzosa fuga, si querías sobrevivir á tu gloria, ¿porque no te fiaste de mí, fiero siempre con los orgullosos, pero clemente y bondadoso con los suplicantes?» Pompeyo interrumpió con despecho: «Mi gloria espero que vive entre los buenos, porque sometido siempre á Roma, solo fuí terrible á sus enemigos; pero la tuya, si aun la recuerda la fama, será para condenarte á eterno desprecio, porque tus victorias cubrieron de luto á la patria, y la sangre, de la que estás tan satisfecho, fué Romana.—Siento tambien el haberla derramado, pero fué una triste necesidad de la suerte. Tú ignoras acaso que, cuando cerca Alejandría me fué presentada en medio de mis triunfos una funesta prueba de tu muerte, no pude contener las lágrimas. —¿Que prueba? — Tu cabeza y tu anillo.»

El dolor pareció alterar el semblante de Pompeyo, que permaneció un momento en silencio, como abatido por una funesta noticia: prestandole en seguida la indigna-

cion una nueva fuerza, dijo con despecho: «Yo no sé si tus lágrimas eran de tristeza ó de alegría; solo te pregunto si el vil que te presentó mi cabeza recibió de tí el condigno castigo.» César bajó los ojos, y guardó silencio; y aquel añadió: «En tu poder estaban mis asesinos, pues que te presentaron ufanos aquella dádiva, como víctima ofrecida á un númen vengador.» La serenidad y el orgullo parecían desvanecerse de la frente de César que, inclinando la cabeza, estaba como reprehendiéndose á sí mismo: despues de un momento de silencio, con amarga ironía continuó Pompeyo: «Soberbia piedad fué la que usaste con un enemigo, que ya no era capaz de ofenderte. ¡Oh dulces lágrimas de trágico actor! así procuraste siempre, con hipócritas virtudes, ilustrar la verdadera maldad de tu alma, y así con engaño pudiste hacerte célebre y feliz: con semejantes artificios te grangeaste el aura popular, entre las rapiñas pareciste generoso, sóbrio en la disolucion, y benigno en las atrocidades, y si para dominar á los hombres conviene disfrazar los vicios con el velo de las virtudes, nadie fué por cierto mas digno que tú de la corona.» El Dictador, poniendo la ma-

no sobre su frente, se recostó tristemente sobre un sepulcro, y con humilde silencio procuraba evitar aquellas cuestiones. A mis solas estaba contemplando, como la poderosa voz de Pompeyo vencía en aquel lugar al que con las armas le había vencido en Farsalia.

Cornelia cojió entonces la mano de su Esposo, y con bondadoso acento le dijo: «Cálmate, honrado caudillo, no vés que aquella alma enemiga ya no puede resistir mas á la imperiosa voz de la verdad? mientras estaba envuelta en su vicioso cuerpo, ultrajaba con intrepidez la justicia; pero aquí siente la autoridad de esta, y la respeta temblando.» Marco Bruto se acercó entonces á Pompeyo, y con su antiguo afecto le fué esplicando su conjuracion, tan arriesgada como triste en consecuencias; y para animarle le contó como él mismo alcanzó en Asia á aquel fugitivo asesino, que presentó á César su cabeza, y como haciendole perecer entre tormentos satisfizo la justa venganza; y por fin esclamó diciendo: «¡Oh Roma, que perdiste tu mejor ciudadano cuando mas te eran necesarios sus servicios! Fué por cierto estraordinaria mi constancia, que no me dejó desesperar

de la salvacion de mi patria, aun despues de haber perdido su mas poderoso defensor. Nosotros libremente te llamábamos Grande, no como aterrados vasallos, que intentan con adulacion y lisonjas moderar la ferocidad de los tiranos» «¡Oh Marco! contestó aquel, bien te reconozco á tus magnánimas sentencias.» Y alargando la mano á aquel matador de su pernicioso émulo, se sonreía de placer que le causaba tal empresa; pero luego, dando lugar á tristes pensamientos, huyó de sus labios la sonrisa, se le puso sombrío el semblante, y volviendo sus tristes miradas acia Cornelia, le dijo: «¡Oh Esposa! aun siento latir en mi pecho los tiernos afectos, aunque libre de la carcel de los caducos miembros: ¿no me fuera dable el saber qué fué de estos cuando quedaron esparcidos sobre una bárbara playa?» Aquella le contestó· « Despues que el Dictador manifestó un finjido sentimiento á la vista de tu sangrienta cabeza, la hizo arder con perfumes Orientales, y depositó las cenizas en el Templo de la Justicia vengadora: el tronco de tu cuerpo qnedó sobre la arena, espuesto á la curiosidad del vulgo, y cuando este su hubo saciado, tu liberto Filipo lo

purificó en el mar, lo envolvió con su túnica, y no encontrando otro combustible mas que algunas malas tablas de una embarcacion destruida, formó la hoguera en que lo redujo á cenizas, las cuales sepultó en aquella tierra indigna: ecsequias ilustres por la síncera piedad de aquel esclavo, pero humillantes para tu alta fama»

Pompeyo permaneció un momento en silencio meditativo, y despues dijo: «Ya los vientos habrán dispersado aquel puñado de polvo, y confundido sus átomos en el seno de los elementos: ya el mar habrá sumerjido la humilde tumba, y ni siquiera los navegantes podrán indicar el lugar donde fueron sepultados mis despojos. Hé aquí el triste fin de los humanos desvelos; aparece el hombre sobre la tierra como fujitiva imájen del sueño; pasan los siglos sobre los soberbios panteones, y los reducen á polvo, ludibrio del viento: solo la fama de las acciones ilustres puede vencer la tiranía del tiempo; si aun se escucha con gloria el eco de la mía, tengo por leve injuria el vilipendio de los huesos.» Conmovido por aquella sublime sentencia, estuve para asegurar al magnánimo Pompeyo, que su nombre era entre los vivientes célebre é

inmortal; pero como los Espectros, ocupados entre sí, apenas hacían atencion á mi presencia, me resigné al silencio, contentádome con escucharles respetuosamente.

Reinaba un profundo silencio, y Pompeyo con dignidad paseaba su imponente vista sobre la multitud, en ademan investigador: en seguida esclamando tristemente, dijo: «¡Pero que fué de tí, Roma!» Entonces se le acercó Tulio y le contestó: «Herido César por los mejores ciudadanos, al pie de tu estatua, la regó con su sangre; pero su sobrino Octaviano, heredero no menos de la tiranía que de las riquezas adquiridas con mortandades, tanto le superó en aquella, que hizo llorar la muerte de su Tio. Octaviano, jóven de índole feroz, tenía siempre presente á César sacrificado por leal, y á Sila venerado por esterminador: al mismo tiempo aquel Antonio, contra quien inútilmente vibré los dardos de mi elocuencia, persiguió á los libertadores de la patria, y con sus artificios sedujó á esta de tal modo, que logró les declarase parricidas. A esta infausta pareja se juntó Lépido, hombre, como lo conociste, indigno de salir de la esfera vulgar: los tres se dividieron en partes iguales

el imperio, como fieras que despedazan su presa palpitante. Imitadores de las proscripciones Silanas, las sobrepujaron en número y atrocidad, siendo tres verdugos en lugar de uno. Estimulados por feroz rivalidad, se disputaban cual de los tres fuese mas osado en los esterminios, y nuestros mayores no anhelaban con tanta emulacion el distinguirse en empresas gloriosas y útiles á la patria, como aquella conjuracion de tiranos procuraba captarse la ignominia, y convertir á Roma con un lago de sangre. Dificilmente podré describirte aquellos ecsecrables suplicios, en que tambien fuí comprendido: la cuchilla de los asesinos me arrancó el abominable aspecto de aquel mercado de cabezas.»

Al oir Pompeyo aquellos infames atentados, pareció animado á un tiempo de admiracion y venganza; erguía la cabeza, le centelleaban los ojos, y apenas podía respirar de despecho. Tulio volvió los ojos á la derecha, y se perturbó sobre manera al divisar tres sombras, que á paso lento se adelantaban: la que iba delante, de ancha frente, nariz aguileña y poblada barba dijo: «Oigamos, oigamos lo que indignamente se habla de nosotros; ¡Oh Tulio,

aun bajo tierra debe serme molesta tu voz!» Tulio contestó: «Eterno debe ser el desprecio de las maldades: relajado Antonio, tirano voluptuoso, ¡porque á lo ménos no fuiste, y no eres solo! fué benigna tu índole, apesar de la relajacion de tu vida: fuiste magnánimo aunque opresor; honrado en el campo de batalla, de injenio liberal, generoso en las injurias, cortés en los favores, y entre tanta iniquidad fuiste soportable tirano: pero éste que te acompaña, el fingido y atroz Octaviano, aun aquí nos perturba con su odiosa presencia; y este Lépido, sin virtud é incapaz de ilustres vicios, no puede menos de ser constantemente objeto de alto desprecio. Parece insufrible que un tal hombre, apenas bueno para esclavo, fuese árbitro de Roma, y formase parte de aquella feroz reunion, cuyos decretos llenaron las tumbas de huesos é inundaron la tierra en sangre.»

A aquella invectiva desapareció Lépido, confirmando así la opinion de su vileza: Octaviano observaba á Tulio en silencio en actitud amenazadora; y Antonio parecía dispuesto á disputar; sus ojos esquivos y severos, y sus convulsos labios indica-

ban sus agitados pensamientos, cuando apareció de repente una sombra de muger que se apoyó en tierno abandono sobre su ombro: se manifestaba sumamente afligida por tristes recuerdos, y Antonio procuraba consolarla. Ella levantó algun tanto su afligido y bello rostro, algo moreno pero interesante; sus grandes ojos, que espresaban la mayor dulzura, se dirigían lenta y tiernamente á su amante, y sus negras y arqueadas cejas les prestaban un nuevo interés: sus graciosos y colorados labios estaban entreabiertos, como en disposicion de pronunciar seductoras palabras. Tal era el interés con que los encantos de su rostro atraían mis miradas y atencion, que apenas pude formarme cargo de su traje. Antonio la abrazó tiernamente, y sosteniéndola sobre su brazo izquierdo, tomó con la derecha una punta de su velo, con que le enjugaba las lágrimas, y segun el suave movimiento de sus labios parecía ocupado en afectuosa conversacion, que á pesar del mas profundo silencio no llegaba á mis oidos. Volviendo yo la vista á los demás Espectros, observé que Ciceron, Pompeyo, Bruto, Pomponio y otras ilustres sombras manifestaban desdeñoso enojo por la afe-

minacion de Antonio, y Octaviano se sonreía malignamente: conjeturé que aquella sería la reina prostituta y lisongera, tan amada del Triumviro, que por ella dejó empañado el esplendor de su nombre, y fué perpétuo ejemplo del triste poder del amor.

Antonio, aunque esclavo de su pasion, tenía no obstante una alma grande y altanera, y al observar el desdeñoso desprecio con que Octaviano le miraba, prorrumpió con ceño: «¡Oh alma cruel, que jamás conociste el imperio de los afectos! En vida jamás latió tu corazon al impulso de la piedad; sé pues aquí conforme á tí mismo; haz escarnio de verme rendido á unos afectos que jamás has conocido.» La muger continuaba en la misma postura, procurando ocultar con su velo las lágrimas, y ahogar los sollozos: prestándole entonces Antonio toda la atencion de su afecto, pareció olvidar su indignacion contra Octaviano, y no pensar mas que en su amante, y despues de un momento de silencio esclamó: «¡Ah triste dia en que, espirando en tus cándidos brazos, ví por última vez asomarse las lágrimas en aquellos ojos, árbitros de todos mis pensamien-

tos! Estas graciosas manos destrozaban tus adornos, agitaban y arrancaban tus cabellos, herían tu anhelante pecho, y parecía que los escesos del desesperado furor prestaban nuevas gracias á tu belleza: parécemе aun en este momento, haber bajado agonizante á la Egipciana tumba para abrazarte, tus tiernos labios besaban mis heridas, tu velo se empapaba en mi sangre, tu dulce voz me llamaba consorte y jeneral, y á su éco te abandoné mis miembros, arrastrando en estas mansiones la perpétua ansiedad de tu suerte. Pues que abandonaste la vida, segun me dices, por no seguir el carro de éste opresor, ahora mas que nunca me alabo de haberte amado.» Al éco del acento de Antonio pareció disiparse la tristeza del semblante de Cleopatra, y levantando su serena y apacible frente dijo á Octaviano con orgullo: «Yo tuve sometido al imperio de mis ojos á tu tio el Dictador: ví aquel formidable guerrero convertido en humilde amante. Yo no le amé; solo le acaricié como fiera, para calmar su furor: con mis artificiosas lisonjas logré, que el que no tuvo piedad de su patria, la sintiese á lo ménos de mí. Yo con mis atractivos é ingenio triunfé de los

mas altivos romanos, tan felizmente como estos habían triunfado de los pueblos con gloriosas mortandades: por muchos años dividí con éste tu valeroso competidor, el imperio del Africa y del Asia, y ví postrarse á mis plantas los Reyes de aquellas temibles regiones. No puedes negar que es un súblime efecto de amorosas delicias, el vencer á la vez un caudillo como éste, y oponerse á tu prepotente fortuna. Mal puedes despreciar ahora á una muger, que muchas noches desterró el sueño de tus párpados, y llenó tu orgulloso ánimo de frenéticos cuidados: cuando por el contrario conocí las súblimes costumbres de este magnánimo Antonio, su mente ingenua, su corazon leal, y su heroica generosidad, por única vez amé cándidamente.» Al concluir apretó con afecto la mano de Antonio, que parecía rendido al imperio de aquellas infaustas caricias.

CAPITULO CUARTO.

Antonio y Octaviano se acusan mutuamente de crueldad. Caton y César disputan sobre la empresa de Utica; y Bruto y Pomponio, procuran conciliarles.

Octaviano, que hasta entonces había permanecido en silencio, prorrumpió con desprecio: «¿Aun en las regiones de la muerte presumes con tiernas y fingidas lágrimas alucinar nuestra mente, libre ya de ilusiones humanas? ¡Coronada ramera, como te atreves á hablar de delicado y tierno amor! ¿Osarás aun ostentar ilustres conceptos, cuando asesinaste á tu hermano Tolomeo, y á tu hermana Arsione para no tener compañeros sobre el trono?» A estas palabras se inflamó de ira el semblante de Antonio; temblaban sus labios de despecho, y despues de un momento de silencio, en que parecía que el furor no les dejaba pronunciar palabra, esclamó: »¡Oh jenio atroz! ¿como te atreves á echar á otro en cara los crueles vicios en que te

distinguiste atrozmente? ¿no eres tú el que, aun jóven; en tu Cosulado de sangre arrancaste con tu propia mano los ojos al Pretor Q. Galio, porque su presencia te era molesta?» Octaviano interrumpió con ira: «¿Que cuentas? ¿no eres tú el Triumviro, que fuiste, mas que yo y que Lépido, el triste promotor de las proscripciones? ¿no te acuerdas que disputé dos dias enteros contigo, para salvar la vida á este gran orador, Marco Tulio, que tantas veces había salvado la patria con su divina elocuencia? Todas estas almas romanas saben que el odio de tal atentado recayó sobre tí, que por necesaria, primera, obstinada, é inalterable condicion de concordia entre nosotros, nos ecsijiste la muerte de tan grande hombre: cual fuese tu deseo de conseguirla se dejó ver á tu feroz alegría cuando, saciaste tus ojos con la vista de sus palpitantes miembros; atroz derrision, abominables insultos, y bárbaras muestras de satisfaccion fueron las demostraciones, con que recibiste su cabeza y sangrientas manos. ¡Con que cruel complacencia observabas colgada aquella derecha, que se había levantado contra tus infames costumbres! ¿y en donde? en la tribuna: si, en el mis-

mo teatro de los triunfos de su celeste elocuencia. Pero no esperes, jenio vil, que por aquellos ultrajes se haya alterado, ni la fama de las virtudes de Tulio, ni la de tus vicios. No; envano, loco de gozo, coronó tu mano aquel Popilio, que despues de acusado de fratricidio, despues de salvado por la afluencia de Tulio, se convirtió en su asesino, y te presentó sus miembros: los dos sereis igualmente y para siempre ecsecrables. La que te puede disputar la gloria de la bárbarie es solo Fulvia, tu digna consorte, que émula de tus feroces delirios, colocó en su seno la cabeza de Tulio, la vilipendio con indecentes escarnios, la arranco la lengua, y la pico con una aguja de sus trenzas.»

Mientras asi declamaba Octaviano, Ciceron soportaba con semblante triste y moderado aquel atroz recuerdo, y era objeto de la atencion jeneral, escitada por un justo sentimiento de tan indigna muerte. Tomando entonces Antonio la palabra esclamó: «Calla; porque de aquel atentado somos los dos cómplices, de modo que no podemos disputar cual sea inocente, sino cual sea menos depravado. Aun me parece estar sentado en la Isla del Rin, en colo-

quio de sangre; aun resuena en mis oidos el murmullo de la corriente que batia la orilla, mientras en voz baja, recelando nos oyesen las cercanas legiones, acordábamos horrorosos ecsterminios. Siento no obstante haber apagado esta antorcha de nuestra elocuencia, pues ninguna lengua, á no ser la suya misma, pudiara justamente alabarlo. La insoportable molestia de sus declamaciones, que me perjudicaban mucho mas que tus armas, me hobligó á esta venganza; pues sus palabras penetraban como dardos hasta mi corazon, confundian mis ambiciosos proyectos, y perseguian mi poder. Por fin, si alguna defensa tienen las acciones odiosas, diré que Tulio sufrió de mí, siendo vencedor, la misma injuria que yo hubiera tenido que sufrir si el me hubiese vencido. A mas de sus venenosas palabras y desdeñoso odio, sabe muy bien el Senado y el Pueblo que procuró instigar continuamente á Bruto, para que diese la muerte á mi hermano Cayo; que tenia prisionero. A esta poco jenerosa venganza repugnó constantemente Bruto, mientras vivio Tulío; pero cuando supo la muerte de este, sacrificó como víctima á los manes de su amigo, á mi hermano inerme,

encadenado, y que ningun recelo podía inspirarle, castigándole de una culpa que no era suya, sin utilidad alguna y por solo desahogo de ferocidad plebeya.»

Al oir esta noticia, Tulio cubrió su pecho con la toga, y con acento de tristeza dijo á Bruto: «Siento en estremo que nuestra mutua amistad haya podido mas en tu corazon que el amor á la patria, pues que negaste á esta la venganza que concediste á mi memoria: aquel Cayo, lo mismo que este su hermano estaba por el Senado declarado enemigo de Roma, y por lo mismo, la pública defensa ecsijia su muerte; así es que sacrificaste á mis manes aquella víctima que te reclamaban las aras de la patria.» Bruto le contestó con lenta severidad: «Por cierto que el herir las cabezas funestas á la patria, es empresa tan ilustre como agradable para un jenio libre, y para un corazon sincero: por esto me arrepiento de no haber acabado tambien con Antonio en el feliz dia de los Idus de Marzo; pues con el Dictador fué derribado el tronco de la tiranía quedando en Antonio las raices, que echaron mas soberbios y perjudiciales vástagos. La muerte de Cayo no fué una satisfaccion particular; sino

pública, amigo Tulio, siempre delicado en tus sentimientos, porque el dia en que la patria te perdió, quedó huérfana de padre, y por lo mismo, un verdadero hijo debía satisfacerla de tanta pérdida con pronta venganza: yo le procuré la que el tiempo me permitia, y la hubiera practicado mayor, si la suerte no se me hubiese declarado injusta.» Volviéndose en seguida á los Triumviros, que lo miraban con ceño, añadió intrépido: «No es menester que disputeis, tiranos, sobre cual de los dos sea mas atroz; podeis alomenos estar conformes en que en ferocidad solo vosotros podeis pareceros mutuamente: mal te alabas pues Octaviano de haber defendido dos dias á Tulio, cuando lo vendiste el tercero. ¡Oh docil protector de tan inestimable vida! si hubieses conocido su verdadero precio, no la hubieras abandonado sino á costa de la tuya, que valía mucho menos. Pero pronto se reveló el funesto arcano de aquella concordia; pues al tercer dia consiliaste vuestros crueles deseos, cediendo Antonio la cabeza de su tio, Lépido la de su propio hermano Pablo, en cambio de la de Tulio, que qor fin tú les otorgaste. La pluma, teñida en sangre, escribió el hor-

rendo contrato de las vidas mas sagradas. Para confirmar aquella alianza de maldades, bien te acuerdas, Octaviano, que Antonio te prometió por consorte á su hija Clodia; y que con piadosas ceremonias invocasteis á los Dioses, jurando cumplir aquellos pactos odiosos al cielo. Asi es que, con la misma pompa con que pudiera haberse podido celebrar la salvacion de la patria, los tres ilustres verdugos celebraron el esterminio de los buenos, y las ecsequías de Roma.»

Calló Bruto, y poniéndole Octaviano la mano sobre el hombro, contestó: «Cuando los hombres necesitan de clemencia, son humildes y suplicantes; pero cuando la han obtenido, se declaran pérfidos y traidores: así es que vemos convertidos en asesinos de César los que, vencidos por su valor, debieron su vida á la benignidad de aquel: sus enemigos fueron los que él abrazaba como amigos, y que premiaba con ilustres dignidades. Se nos hizo, pues, necesario emplear el rigor contra los que nos habían sentenciado como enemigos de la patria, porque la esperiencia nos había enseñado, que una gran perversidad de corazon no se corrige jamas con la mansedumbre. Por

lo tanto, antes de esperar los efectos de una vil y disimulada intencion, decidimos prevenirlos con una rigurosa prudencia.» A estas tiránicas palabras, Bruto le volvió las espaldas con desprecio, separándose algunos pasos; pero Octaviano, sonriéndose, se volvió á César, y le dijo: «Tú eres á un tiempo Dictador, Pontífice Mácsimo, vencedor de las naciones mas perjudiciales á Roma, y el primero que intentó surcar el Occéano, descubriendo y sometiendo al poder de los Romanos. Islas hasta entónces desconocidas: no obstante fuiste asesinado por pérfidos que te debían la vida, y que tu habías mensionado hasta en tu testamento. ¿Y donde ejecutaron su atentado? En medio del Senado, en sagrado asilo, en presencia del pueblo y de los Dioses, cosiéndote con veinte y dos puñaladas, con atroz algazara. Si alguna venganza pudo satisfacer tus manes, sabe, que derroté en la Macedonia á tus traidores, que habían reunido una vil turba de gente desalmada: conservé la cabeza de Bruto, para sepultarla al pié de tu simulacro en Roma; pero la nave que la traía naufragó, y el mar me quitó el precio de aquel triunfo. No obstante, no quedaste defraudado de víc-

limas, apropósito para satisfacer tu venganza y la mia: mas de trescientos prisioneros regaron tu ara con su sangre, en el triste aniversario de los Idus de Marzo.» César, no pudiendo resistir la idea de semejante barbárie, se puso la mano á la frente, y esclamó: «¡Desgraciado, como puedes mostrarte satisfecho de haber derramado á torrentes la sangre civil, en lugar de la de novillos! ¿No sabes que, durante mi vida, no tuve mayor pesar que el de vencer á los romanos? ¡Cual odioso tributo los ofreciste, pues, á mis cenizas, sin que aquella feroz celebridad pudiese volverme á la vida!»

Pompeyo escuchaba con ansiedad estos discursos, que le daban á conocer la suerte de Roma, y los funestos acontecimientos posteriores á su muerte; nada contestaba Octaviano al grave reproche del Dictador, á quien parecía aun respetar en muerte. Se presentó en seguida una sombra togada de respetable presencia; parecía prócsima á la vejez; su cabello era entrecano, con pobladas cejas é imperiosa mirada: estendió su derecha sobre el pecho del Dictador, y prorrumpió con desprecio: «Aun te encuentro, odioso tirano, y ni bastó

para evitar tu presencia, que con mi propia mano sepultase el puñal en mis entrañas?» César con moderacion contestó: «¡Oh severo Porcio! Tu me envidiaste la gloria de salvarte, y yo te envidío la magnánimidad de tu muerte!» — Vil y triste es la vida cuando es don de un tirano: donde tu reinabas nada había libre sino la muerte. — Modérate, alma ardiente en inestinguible ódio; no te aborrecí yo tanto que no sintiese sínceramente tu muerte.» Entonces Caton esclamó con ironía: «¡Oh ingenuo dolor! ¿Conqué, te desagradó ver muerto al despreciador, al enemigo de tus lisongeros vicios?—Perdoné á tus secuaces, ni fué derramada mas sangre que la tuya, que era la mas digna de conservarse: tu hijo, que fió su suerte á mi clemencia, quedó libre é ileso. Tal fué aquella victoria, la obtuve sin sangre, y la celebré con el perdon.» Al oir estas palabras Caton dió un paso atras, como horrorizado, y dijo: «Pérfido; habla de victoria á los enemigos, de perdon á los reos, pero no á los buenos, no á los ciudadanos libres. Es insultante audacia, aunque habitual á los tiranos, el gloriarse de las opresiones. ¿Donde estás tú, indigno de que te llame mi hijo? ¿Donde

estás deudor cobarde de una vida infame á la abominable benignidad de éste!» Resonaba la voz del irritado padre por todas las bóvedas del subterráneo, sin mas respuesta que la de su propio éco: la multitud parecía participar del dolor paterno. Despues de haber invocado repetidas veces inutilmente la sombra de su hijo, añadió: «Bien es menester que semejante cobarde no se atreva á presentarse en Roma á los Romanos. ¡Oh esclavo, por mí desgraciadamente engendrado, quédate para siempre vagando en los tenebrosos desiertos de la muerte.» Volviéndose en seguida al Dictador, añadió irritado: «¿Y tú, porque funesto destino estás aquí? ¿Como los ciudadanos están tan envilecidos, que aun en esta mansion de la muerte sufren tu presencia?»

El Dictador, con el orgullo propio de su alta fortuna, contestó: «!Oh desgracia de no tener aqui cuerpo y armas! entonces con digno motivo pudiera satisfacer tu obstinada ira.» Al decir esto erguia la cabeza; sus ojos centellaban de cólera, y parecía en todos sus ademanes como arrancado violentamente de su natural moderacion: por otra parte Caton parecia buscar su espada no pudiendo ocultar su despecho al verse

desarmado. ¡Oh terribles efectos de la discordia civil! ¡el tiempo había destruido, no solo el imperio Romano, sino muchos otros posteriores, y no obstante ardia inmortal é inestinguible el antiguo odio entre aquellas sombras enemigas! Bruto se interpuso entre ellos, y estendiendo los brazos, dijo: «Paz, almas ilustres; ¿no veis que vuestro encono aflige á los romanos? no es digno de vosotros el renovar aqui los debates, sin ser acompañados de peligros ni de fama» El Dictador, á la voz de Bruto, pareció calmarse de repente, y le dijo: «¡Oh hijo mio, bien sabes cuan poco valgo para resistirte, pues que te abandoné mi cuerpo cuando me sacrificaste.» Caton conmovido por la sorpresa de aquella noticia para él inesperada, prorumpio diciendo: «¡Oh inopinada venganza? Bruto; si yo la hubiese esperado, hubiera conservado la vida para ser tu compañero: por fin estoy ya satisfecho, y tu eres el mas feliz de los romanos.»

Bruto conto entonces á su áustero suegro aquella aventura, que le causó inesplicable placer: en la relacion, con su natural injenuidad no omitió Bruto el manifestar la incomparable clemencia del Dicta-

dor, su fé inviolable, su jenerosa modestia con que supo templar su tiranía, mas moderada que violenta; y en prueva citó su propio ejemplo, que aunque implacable enemigo, obtuvo del vencedor, no solo la vida, sino aun la Pretura de la Galia Cisalpina; de modo que se declaró vencido de César con las armas y con la jenerosidad. Se acercó en seguida Pomponio, y tomando la palabra procuró manifestar la necesidad de un perpetuo Dictador, añadiendo, que en el escelso poder ninguno se había manifestado jamas tan digno y moderado como César. Caton, que escuchaba con atenta gravedad aquellos discursos, dijo á Pomponio: « Cuando los ciudadanos llegan á estar tan desprendidos, como tú, de amor patrio; cuando se manifiestan indiferentes de sus derechos y del bien estar de su país, entónces tienes razon que es necesario un perpetuo Dictador, que cual rebaño de carneros sepa conducirlos al matadero; pues no son dignos de elevarse sobre los brutos. » Volviéndose en seguida á su yerno, añadió: « Por cierto que correspondía al digno consorte de mi hija llevar á cabo una empresa digna de mi sangre. » Dirigiéndose por último al Dictador, le

dijo: « Caíste en eterno ejemplo de que un usurpado poder no está seguro, ni bajo el favor de la fortuna, ni apoyado por las armas victoriosas, ni fundado sobre la vileza de oprimidos vasallos, ni por la virtud del opresor; solo aquel poder que se hace amar por su justicia, es el que puede contar con su seguridad: yo no aprecío tu clemencia, porque no la considero mas que como un término de moderacion en tus maldades; ni te concedo otra alabanza, sino la de haber sido el ciudadano mas ruin, y el mejor tirano.

CAPITULO QUINTO.

Oracio y Polion disputan sobre la indole de Octavianno: este y Antonio se echan en cara su mutua perversidad.

Durante estos coloquios Octaviano permanecia en indiferente silencio, sonriéndose de cuando en cuando con aire de desprecio: se le acercó luego amistosamente un Espectro de estatura mediana, algo gordo y de semblante alegre, á quien Octaviano recibió con muestras de afecto. Dirijiéndose la nueva sombra á la multitud indicó con la mano á Octaviano, y dijo: «Aunque este subió al sumo imperio por medio del rigor, nadie fué mas sabio, nadie mas admirable y clemente al haberlo obtenido. Cuantos tuvieron la dicha de estar sometidos á su benigno poder, juzgaron haber fondeado en puerto seguro contra las borrascas republicanas: por cierto que el que no vivió contento en el dulce descanso de largos males, ó no conoció la felicidad de aquel tiempo, ó no la mereció.» A estas palabras salió irritado de

entre la concurrencia un alto Espectro, de majestuosa presencia y de edad abanzada, el que alargando con ímpetu los brazos, esclamó: «¡Oh fujitivo de los campos Filippicos, Poéta del Tirano, Venosino adulador! si nadie se atreve á hablar aquí libremente, yo hablaré como Romano. ¡Oh Asinio Polion, *interrumpió entonces Oracio*, aun aquí ostentas tu orgulloso desprecio acia los ciudadanos mas ilustres? ¿no eres tú el que, abandonando la patria á su desesperada suerte, te retiraste al seno de los ocios del Túsculo, pasando allí en agradables estudios y en sabias contemplaciones los últimos años de tu vida octojenaria? y si tu mismo juzgaste incorrejible nuestra inveterada corrupcion ¿que mas debía pedir al cielo un verdadero ciudadano, sino que le concediese un sabio moderador de los escesos de la licencia? este fué tan benemérito de la patria como el mismo Bruto, fundador de su libertad, pues que tan árdua empresa es el correjir una ciudad viciosa, como el fundarla libre. Cuantos vivieron en aquel tiempo saben, que Augusto supo conciliar el poder absoluto con la prudente libertad de todos, de modo que los Romanos, no sometidos ya á

la audácia de la plebe ni á las opresiones de los magnates, eran libres con moderacion, y obedientes sin temor. Bajo este moderado imperio se disiparon los nublados que por tanto tiempo habían descargado récias tempestades de sangre sobre este desgraciado suelo, y deponiendo por fin las armas que durante muchos Consulados no se habían teñido de otra sangre que de la nuestra, los ánimos, como curados de un atroz delirio, se ocuparon de las nobles ciencias: Roma antes terror de las naciones y de sí misma, se convirtió entonces en deliciosa mansion de naturales, y estrangeros, pues si en otro tiempo huían de ella sus propios ciudadanos, despues fué como un punto de reunion de los habitantes de paises los mas remotos. No os recordaré la magnificencia de los edificios con que Octaviano adornó á su patria, que mas parecía mansion de Dioses que de hombres; pues pudiera decírseme que en una elegante y suntuosa ciudad pueden vivir desgraciados sus habitantes: solo os recordaré aquella felicidad que nadie puede negar, gozada bajo la proteccion de aquella mano victoriosa que tan dignamente empuñó el cetro del mundo. El venció las conjuraciones con el perdon, y corrijió con su bondad la ferocidad, en vuestros pechos radicada por largas y atroces aventuras, de modo que curados de una triste embriaguez de sangre, os llegasteis á avergonzar de haberla derramado. Por fin el que considera discretamente la conducta que observó Augusto en su admirable autoridad, conocerá que, como raras veces sucede, la ejerció absoluta; pero por sola la utilidad comun. »

Mientras así el Venosino se complacía en alabanzas á su Señor, en cuyo obsequio su divina pluma había escrito versos inmortales, Asínio sacudía la cabeza, y se sonreía irónicamente; y en seguida prorrumpió diciendo: « Por cierto que no es nueva esta astucia de los tiranos, que despues de haber ascendido al trono pasando por encima de un lago de sangre y de maldades, adoptan el aire de la moderacion y las apariencias de la virtud, para inducir á los hombres á doblar satisfechos la cerviz, y hasta á decirse felices. Tú, Flacco, encareces la benignidad de este, de cuando cesaron los motivos de toda sospecha, por haber acabado por medio de bárbaras proscripciones con los mejores ciudadanos: si hasta las fieras despues de saciadas se reposan tranqui-

las en la cueva ¿como quieres que no se convierta en moderado, el que una vez saciada su ira, no encuentra quien le sea molesto, quien le perturbe, y que siempre superior á todos en todo puede despreciar con orgullo los ódios, y no temer los ultrajes de la fortuna? solo un jenio perturbado de delirio sanguinario, cuando se ve elevado donde no alcanzan los tiros de la venganza fuera capaz de conservar el deseo de dañar á otros. Si quieres conocer la índole de este, cuya bondad tanto celebras, recuerda los medios de que se valió para ceñirse la diadema que tú procuraste adornar con aduladores, altos y armoniosos conceptos: y si quieres ver reunidas todas las maldades de que puede llegar á contaminarse un hombre, vuelve la vista al Triumvirato. Yo vivía tambien en aquel tiempo ecsecrable: la sola noche de sangre y desolacion, precedente al cruel edicto de las proscripciones, debiera bastarte para hacerte eternamente odiosa la falsa suavidad de este. ¿Ignoras acaso que sus satélites, como ambrientos tigres, corrían entre las tinieblas en busca de las vidas que se les habían vendido? las calles de Roma resonaban de lamentos, de gritos, de imprecaciones y de

amenazas: ningun párpado se rindió aquella noche al sueño; solo la desesperacion estaba pintada en todos los semblantes: cuando despuntó la aurora que iluminó el fatal edicto fijado en la tribuna, pudo saberse alomenos á quien estaba otorgada la vida; la pálida turba con la ayuda del primer albór de la mañana leía aquel triste catálogo de trescientos Senadores y de dos mil caballeros, cuyas vidas estaban vendidas al precio de cien mil secstercios por cada una.»

«Si los otros dos Triumviros incluyeron entre los proscriptos el uno á su hermano y el otro á su Tio, no permaneció inferior en perversidad tu Augusto, que comprendió á C. Toranio que había sido su tutor. Las puertas de la ciudad fueron escrupulosamente vijiladas, y cerrado todo medio de fuga en la Italia entera, tanto por tierra como por mar: de todas las provincias iban viniendo cabezas ensangrentadas, que fueron colgadas en las Tribunas, y cuyo precio se contaba en el foro. Hombres poco antes ilustres se ocultaban temblando en los subterráneos, en los mas abyectos escondrijos ó en los tejados: algunos imploraban á los pies de sus esclavos la pie-

dad, y el feroz populacho ávido de rapiñas, corría en tumulto para descubrir á los proscriptos: los sabios permanecían en atónito silencio, espectadores de tan horrendos ultrajes á la justicia y á la razon. Unos caían en manos de los asesinos, otros les ofrecían espontaneamente la cabeza, odiando una vida perseguida y una patria funesta; estos se condenaban á la muerte absteniéndose de sustento, aquellos se ahorcaban y otros por fin arrojándose de los tejados, sumerjiéndose en el agua, ó echándose entre las llamas, parecían burlar su funesto hado, y evitaban la horrenda vista del suplicio de otros. No solo eran esterminados los inscriptos en aquel bárbaro catálogo, pues que la venganza ó el error hicieron tambien numerosas víctimas, que se distinguían de los proscriptos por no estar decapitadas. ¿Quien fuera capaz de describir los horrendos casos de aquellos asesinatos? hubo quien estando sentado con los suyos en la mesa fué asido por los cabellos y decapitado por los asesinos, quedando los convidados inmóviles de estupor al lado del tronco ecsánime.»

«Rotos los vínculos mas sagrados de la naturaleza, triunfaba solo la rapiña y la

venganza; los hijos y las consortes se constituían delatores: aquellos obtenían en premio, no solo los bienes paternos sino aun dignidades y honores; estas celebraban aun tiempo las ecséquias del engañado Esposo y las bodas del nuevo. Algunos, proscriptos sin mas motivo que sus riquezas, las arrojaron á la plebe, y despues pegaron fuego á sus casas, consumiéndose con ellas: ni el foro, ni el Senado, ni los Templos servían entonces de asilo; hasta los brazos de las mismas madres, aterradas por las inicuas penas, se negaban á amparar á sus hijos, que miraban como ecsecrables y funestos.»

«Pero tú, que abandonaste el escudo en los campos de Macedonia, bien sabes cual fué la clemencia de este tu Señor, despues de aquella jornada, última de la libertad Romana: todos saben que muy corto en el arte de la guerra debió á otro la victoria, pues toda la gloria de aquella accion pertenece á Antonio. Octaviano quiso en seguida sobrepujar á todos en crueldad contra los vencidos: los mas ilustres le imploraban piedad, que jamas tuvo entrada en su alma, en vez de ejercerla, mandaba que inmediatamente fuesen sacrificados, y

contemplaban el suplicio con escárnio feroz: respondía á los jemidos de los moribundos con insultantes palabras, y acibaraba su muerte con escarnios y ultrajes. Entre otros hubo quien le pedía con espirante acento, solo que sus miembros fuesen sepultados, y obtuvo esta indigna respuesta: *Los buitres te servirán de tumba.* Apénas habían salido de sus labios estas bárbaras palabras, cuando vió postrados á sus pies á un padre con su hijo, que le pedían la vida, y él para mayor escarnio, les dijo que la jugasen á los dados; á este cruel insulto aquellos suplicantes recobraron su magnánimidad; el padre se abandonó á los asesinos, y el hijo echando mano á una espada, se dió por sí mismo la muerte. El infame vencedor miraba con atroz satisfaccion estas dolorosas escenas á cuyo recuerdo apenas puede resistir mi pecho.»

«Cuando despues la fortuna le ecsaltó al poder supremo, aunque llamado clemente, sabio, moderado, y benigno por tí, por el espléndido Agripa, por el alegre Ovidio, y por el sabio Mecénas, no obstante lo mismo que un manso tigre demuestra á la primera ocasion su índole feroz, manifestaba él tambien su disimula-

da mas no vencida perversidad: así es que justamente fué celebrada aquella sentencia de Mecenas, que viendo á este un dia en el Comicio, mas sediento de sangre que lo acostumbrado, y dispuesto á condenar á muchos á la muerte, no pudiendo acercarse por causa de la multitud, escribió sobre una tablilla estas insignes palabras: *Levántate verdugo*, y se la arrojó.»

Octaviano había escuchado en silencio y con admirable frialdad aquellas repreensiones, pero entonces interrumpió diciendo: «Y yo me levanté inmediatamente de la silla, no me enojé, partí: mira si otro hombre, elevado por la virtud ó por la fortuna al supremo poder, permitió jamas avisos tan libres, y fué tan dócil en seguirlos. Esta mi índole jenerosa me hizo acreedor á la síncera benevolencia, que pocas veces se concede á los poderosos. Yo fuí venerado sin temor, alabado por afecto, y amado aunque empuñase un formidable cetro. Llegué, es verdad, al trono atravesando un lago de sangre; pues tan elevado objeto no podía, ni puede jamás conseguirse observando las acostumbradas reglas de la comun justicia: las grandes empresas por su propia naturaleza ecsijen medios ecstraordinarios y terribles.»

Marco Bruto, afectado por tan tiránicas opiniones, levantó la frente, fijó con ceño sobre Octaviano su irritada vista, y prorrumpió: «Conozco que el hado de Roma la condenaba á inevitable esclavitud, pues que como en pena de mi mágnanima empresa, tuvo que sufrir un tirano peor.» Volvió las espaldas con desprecio y desapareció por los aires. Las palabras parecían suspenderse en los lábios de Octaviano, y Polion esclamó: «¡Honrado y libre Marco, detente y confunde con tu presencia este par de tiranos!» Al decir esto indicaba imperiosamente á Antonio y Octaviano; pero la sombra de Bruto ya se había engolfado en el piélago de la muerte.

Entonces Antonio con semblante irritado dijo: «¡Ah alma indigna, que perturbas el averno con odiosos vituperios, algo peor hubieras sido tú que nosotros, revestido del poder, cuando aun aquí ostentas tu iracundo orgullo! si yo hubiese sido tan tirano como convenía á mi alta fortuna, Octaviano no hubiera burlado mi lealtad y grandeza de alma, que me hizo desconocer el temor en el campo y las sospechas en el Comicio. Si despues del terrible Sila, del gran Pompeyo, y del generoso Dictador había alguno digno de moderar los trastornos de la República, yo solo entre los Emperadores de mi edad podía carecer de rival.» Octaviano contestó: «Nadie ignora tu virtud y pericía militar, pero nadie ignora tampoco tus vicios durante la paz; de modo que jamas se conoció mejor caudillo, ni peor ciudadano. Pródigo, disipado, disoluto en tu vida comun, fuiste sóbrio, magnánimo é intrépido en la guerra; pero tanto como se te conoció valiente para conquistar el supremo poder, otro tanto acreditaste tu inepcia para conservarlo. —¿Como hablas á quien debiste la victoria de los Filippicos? aquel dia los Romanos vieron cual de los dos era mas digno de gobernarles. — Vieron igualmente cual de los dos fué mas glorioso en la batalla de Acio.»

A estas palabras Antonio bajó la cabeza como avergonzado, y al mismo tiempo abandonó la delicada mano de su querida, alejándose algun tanto de ella: pero Cleopatra, poniendo en obra su pericia en el arte de seducir, hizo aun mas patente que el Triumviro estaba condenado á amarla para siempre, pues al poco rato, inclinándose con abandono acia ella, dió un des-

graciado testimonio de la vileza de su amor. Entonces Octaviano prosiguió diciendo: «Verdaderamente ciudadanos hubiera sido mucha docilidad vuestra el sufrir el imperio de un hombre sin dignidad alguna de costumbres, y que no pudo ejercerlo sobre sí mismo. Acordaos de cuando mi ilustre Tio, combatiendo en la Iberia para aumentar vuestros dominios, confió á este el gobierno de la Italia: ¿Vísteis acaso jamas un Istrion mas descarado? revestido de tan alta dignidad iba por esta provincia sentado en un carro tirado por domesticados leones, y tras de él iba en litera su comedianta Citeride: y cuando el Dictador despues de la victoria de Farsalia seguía el curso de sus triunfos, tuvo tanta confianza en este, que le encargó el gobierno de Roma; entonces pudiste verle en medio de los Istriones y de los Mimos, oprimido de la Crapula, vacilar de embriaguez por estas calles; y con la espada desnuda en la mano, escoltado por sus satélites, cual salteador de caminos sembrar por todos los ángulos de la ciudad el terror y la muerte. Hasta en las proscripciones se distinguió por una caprichosa codicia, que le hizo inscribir en el fatal catálogo á Nonnio porque

poseía un Ópalo que él deseaba; y á Vérre porque le rehuso algunos vasos de Corinto.»

«Oh desgraciada patria! *esclamó Tulio,* quien por sus maldades merecía una muerte ignominiosa, pereció ecsaltado como inocente y benemérito! ¡Oh infeliz Vérre! fueron para tí mucho mas funestos aquellos vasos que para mí las declamaciones.» Entonces Octaviano volviéndose al ilustre orador, le dijo con humilde acento: «Si algo puede aquí un tardío arrepentimiento, para calmar tu ánimo resentido por antiguos agravios, quisiera conocieses, elevado injenio, que de ninguna otra accion me arrepiento mas sínceramente, que de haber dado tu vida á este.» Tulio le contestó con gravedad: «Yo, ningun otro error siento tanto como el de aquella simplicidad mia, que me hizo dar crédito á tus lisonjas; pues siendo Cónsul con canas, viejo en los negocios políticos, esperto en conocer los vicios, y desconfiado de las aparentes virtudes, fuí no obstante tan obcecado en juzgar tus intenciones, solapado jóven, que en tí depositaba no solo toda mi confianza, sino aun la de todos los buenos: combatidos por las borrascas civiles, en tí cual faro, fijábamos nuestra vista, hasta que engaña-

dos nos vimos sumerjidos por la traicion. Si algo quieres hacer que me sea agradable, en vez de vanas escusas de tus irremediables crímines, te recomiendo continúes tu diatribu contra este que ya ataqué en vida con mis palabras, aunque en tanta corrupcion insuficientes, pero llenas de verdad, libres é ilustres.»

Octaviano parecía resentido de que Tulio no admitiese sus escusas: no obstante, estimulado por su antigua emulacion contra Antonio «prosiguió: Apénas obtuviste la victoria en los campos de Filippo, te manifestaste indigno de ella por tu ignominiosa disolucion, que te hizo despreciable hasta á los ojos de los vencidos. Mientras los Monarcas de Oriente se postraban suplicantes á tus pies, nombraste Recaudador de tributos de cuatro ciudades del Asia al tocador de flauta Anosenor, que armado é insaciable las recorría y desolaba: siempre codicioso de intereses ajenos y pródigo de los tuyos, aquellas ciudades te suministraban los medios de mantener el esplendor de tus vicios. Si el que con la flauta deleitaba tus oidos obtuvo tan señalado premio, no lo recibió menor un cocinero, que supo de tal modo en una cena saciar

tu intemperancia, que le diste en recompensa la fortuna de un poderoso ciudadano de Magnecia. Tan fácilmente como con las rapiñas amontonabas riquezas, las disipabas asímismo en suntuosos y disolutos placeres, de modo que cuando entrabas en una ciudad, mezclada á los lamentos de los oprimidos, resonaba la funesta algazara de tus vicios, con la embriaguez de tus escesos. En Carso, en Alejandría, en Aténas, disfrazado de Baco, te complaciste en que la vileza te llamase Dios, cuando apenas merecías el título de hombre.»

«Oid, Romanos, *esclamó entonces Antonio*, con que ánimo habla ahora este, que cuando tenía bajo su poder á tantas naciones, se perturbaba á la impresion de un sueño, consultaba tímido los impostores Adivinos, se dirijía en su despótico Gobierno por las vanas opiniones de los dias faustos é infaustos, y por fin, soberbio cual Júpiter, y llamado tal por la aduladora turba, se ocultaba temblando en los subterráneos de su majestuoso palacio, cuando el rayo serpenteaba por la admósfera.» Tulio interrumpió diciendo: «¡Desgraciados ciudadanos hé aquí á manos de que tiranos os abandonó vuestra desgracia-

da suerte! Estos que aquí descubren con bárbaro conato en vuestra presencia sus detestables vicios, eran mas dignos de aparecer en vuestros anfiteatros como gladiadores, que de ser árbitros de vosotros y de tan vasta parte de la tierra. «Mientras Tulio pronunciaba estas palabras se desprendían de sus párpados algunas lágrimas de dolor, que estaba retratado en su grave y majestuoso semblante; entre tanto se iba alejando Antonio con su seductora reyna, y el viento sacudía su velo y melenas, y el manto réjio de Antonio:» Octaviano perturbado y pesaroso de las severas palabras de Tulio, se confundió entre la turba, acompañado de Oracio y de otras sombras que le eran adictas. Creí que serían las de Agripa, Mecenas y otros, que alucinados por la grandeza de aquel, olvidaron los medios con que se elevó al poder, para no ocuparse mas que en aduladoras alabanzas. Deseoso de conocerles, no habiéndolo podido lograr con el recuerdo de antiguos monumentos, iba á preguntarlo al amigo Tulio; pero suspendió la palabra en mis lábios un inesperado tumulto que se escitó entre la multitud.

CAPITULO SECSTO.

El Genio de la Libertad.

La ajitacion de la multitud que volvía su vista acia el fondo del subterráneo llamó mi atencion sobre aquella parte en que, cual radiante aurora, ví aparecer una claridad sobre natural que deslumbraba mis débiles ojos: esta claridad, á lo que luego pude observar, era despedida por el luminoso esplendor de un Genio que sobre brillante carro se adelantaba majestuosamente. El Genio era de colosal estatura, y en cada uno de sus miembros, como otras tantas deidades, iban marcados los atributos de la Agricultura, del Comercio, de las Artes, de las Ciencias y de los demas elementos de felicidad de las naciones; por cada costado del carro iban los cuernos de Amaltea sembrando la abundancia: otro Genio, que ocupaba la plaza de cochero, representaba la Justicia, con la ley en una mano y la cuchilla en otra. El carro iba tirado de cuatro caballos blancos, pero ciegos y sin riendas, de modo que el cochero

no podía dirijirlos sin la ayuda del fuerte brazo de hábiles palafreneros, y ví que ejercian este cargo de los dos delanteros Junio Bruto y Virginio, y de los otros dos Tiberio Gracco y Marco Bruto, que poco antes había desaparecido.

La multitud estaba como ecstasiada de entusiasmo á la presencia del Genio; muy pocas sombras parecían aflijidas: pero lo que mas llamó mi atencion fué el ver que una gran porcion de Espectros, entre los que me pareció distinguir á Mario y Scipion Emiliano, que invocando siempre la libertad la querían para ellos solos, ó para ciertas clases privilejiadas, se precipitaban delante del carro con grandes muestras de veneracion, intentando arrancar de mano de los ilustres conductores el freno que empuñaban, y hasta hubo quien, con una continuada série de no interrumpidas reverencias y saludos, se acercó al asiento del cochero, é intentó quitarle la cuchilla.

Entonces el Genio, con una voz de trueno que aterró á todos sus enemigos, dijo: «¡Pérfidos! ¿aun en este lugar, en que tanto se os conoce, pretendeis volver á guiar mi carro, para precipitarlo de nuevo en el abismo? ¡Pueblos! hé aquí la escena que

representan á vuestra costa los intrigantes, que aparentando desvivirse por vuestra felicidad, y prometiendoos libertad, órden, Patria, intentan dirijir vuestra suerte, y desarmar la ley para oprimiros con su propia cuchilla. Desgraciadamente el destino tiene condenado al carro de la libertad á marchar sin riendas bajo la guia de los hombres, y para colmo de desgracia la intriga es harto poderosa entre vosotros, para evitar que mis hijos mas predilectos se vean postergados y rechazados por los manejos de las falsas virtudes, y del fingido patriotismo. Recorred vuestra historia, y por vuestras propias vicisitudes aprendereis lo que soy, y cuan frecuentemente se abusa de mi nombre.»

«Fundada Roma por una banda de malhechores, el Gran Rómulo, Numa y vuestros primeros lejisladores hicieron rápidamente una admirable transformacion de aquel Pueblo, convirtiendo los vicios en virtudes, y procurándole una elevada educacion política: pero en medio de la magnánimidad de aquellos primeros Gefes, estos no fueron bastante grandes para desprenderse á su tiempo del esplendor con que intentaron rodearse, por medio de la

distincion de clases; pues colmaron á unos de honores y nobleza, y dejaron á otros en la clase de plebeyos, siendo todos ciudadanos Romanos, como que todos estos no fuesen nobles por naturaleza. Hubiérais permanecido tranquilos en aquella suportable esclavitud sin los ecsesos de los Magnates, que os obligaron á sacudir su yugo. Entonces aparecí por primera vez entre vosotros bajo la direccion de mi hijo predilecto Junio Bruto: pero al ver subsistir al rededor de mi carro la misma distincion de nobles y plebeyos, que creisteis necesario respetar, decayó mi ánimo, y no creí mi Imperio duradero, sino mientras Bruto conservase todo el vigor de su brazo.»

«Con efecto, segun había previsto, la linea divisoria de las dos clases de la sociedad quedó luego convertida en campo de combate, que los unos intentaban ganar para mejor oprimir al pueblo, y los otros destruir para igualar los derechos y consideraciones sociales. Los unos pretendían la destruccion de privilejios, siempre odiosos, concedidos al nacimiento y no á las capacidades y virtudes personales, y los otros intentaban perpetuar y aumentar

estos privilejios, reduciendo la plebe á la nulidad y miseria, bajo el pretesto de que esta intentaba invadir y atacar las riquezas y propiedades; pero con los esfuerzos de hombres moderados, interpuestos entre los dos bandos, se ha logrado algunas veces neutralizar el encono, y ahogar el fomes de la discordia, pero sin destruirlo, paraque, cual fuego oculto entre cenizas, fuese secando gradualmente el combustible, y estallára mas tarde el inevitable incendio.»

«Así es que triunfando momentanea y alternativamente los dos partidos, los hombres que ponían á la cabeza del Gobierno, y que sin la distincion de clases hubieran acaso sido virtuosos, se veían en la necesidad de convertirse en tiranos del bando vencido, que por fin levantando la cabeza se vengaba del mismo modo con una repeticion de atrocidades: mi Génio, este nombre májico de la libertad, servía de pretesto á todos los partidos; todos me invocaban, pero todos me separaban de mi indispensable compañera la Justicia, y apenas encontraba quien me prestase su apoyo, y quisiese conocerme de cerca. No obstante, vuestros propios escarmientos y

las lecciones de una prolongada esperiencia hubieran correjido á la larga aquellos vicios de la sociedad, y convirtiendoos todos en hermanos, solo el título de ciudadano se hubiera conocido y estimado, sino hubieseis caido en otro inconveniente mayor. Engreidos por el éxito de vuestras primeras operaciones militares, dirijidas á vuestra propia defensa, se dispertó en vosotros la pasion á la gloria, y quisisteis por una série de conquistas acreditaros de guerreros: el deseo de laureles reemplazó en vuestros pechos al entusiasmo á la Libertad y á la Justicia, en mengua del celo por vuestros derechos que antes os animaba, y de un pueblo de ciudadanos hizo un pueblo de soldados. Las costumbres militares no podían ménos de relajar vuestras virtudes cívicas; acostumbraron á unos al mando despótico, desgraciadamente indispensable para la direccion de los ejércitos, y á los otros á una obediencia pasiva y absoluta, que tarde ó temprano debía degradar vuestros ánimos: y como raras veces un Gefe revestido del prestijio de la gloria sabe acordarse de que, fuera de las operaciones militares, no es mas que un simple ciudadano, y el soldado fuera de las filas

apenas sabe persuadirse que es un hombre libre, é igual en derechos á sus Gefes, la esperiencia os acreditó muy pronto que los mejores caudillos son los hombres menos á propósito para gobernar un pueblo libre, y que los mejores soldados son regularmente los peores ciudadanos. Si Mario y Sila no se hubiesen visto rodeados del prestijio de sus gloriosas empresas, y si sus guerreros hubiesen sabido acordarse que antes eran ciudadanos que soldados, aquellos no hubieran concebido el deseo de oprimir á su patria, ni podido contar con instrumentos ciegos para llevar á cabo el horroroso esterminio de sus conciudadanos: si vosotros hubieseis tenido siempre presente, que el Águila Romana representaba, no á vuestros Generales sino á vuestra Patria, si hubieseis sabido persuadiros, que esta era una é indivisible, único norte de vuestras operaciones y esfuerzos, hubierais asímismo sabido distinguir entre el interés de la Patria y el de cada uno de vuestros Generales, y César, al dirijirse contra su misma Patria, se hubiera visto abandonado de sus lejiones, sin poder oprimiros, y desterrar como lo hizo para siempre la Libertad.»

«Virtudes por cierto se necesitan para establecer de un modo estable y duradero mi imperio; pero estas virtudes deben profesarlas mas los gobernantes que los gobernados: estos no debieran jamas perder de vista, que sus mandatarios son los verdaderos depositarios de la Justicia, y los conductores de mi carro, y por lo mismo los árbitros de su suerte; igualmente no debieran olvidar, que no todos los que como simples ciudadanos se hallan revestidos de las virtudes cívicas, las profesan cuando estan revestidos del poder: por lo tanto cuando se hallan en el caso de juzgar de la conducta de un gobernante, no deben jamas echar por contrapeso en la balanza sus anteriores méritos, bajo pena de declararse indignos de los derechos de ciudadano, y de convertirse en esclavos de un tirano que haya sabido engañarles; por otra parte deben saber distinguir entre la autoridad de la ley y el poder de la voluntad de las autoridades, para obedecer ciegamente á aquella, y saber oponerse al capricho de los mandarines cuando se separan de la Justicia; de modo que las virtudes de un pueblo digno de ser libre quedan reducidas á un prudente discernimiento

en las elecciones de sus mandatarios, al saber juzgar despues con imparcialidad de su conducta, y al saber distinguir si los gobernantes obran ó no conforme á la ley, para prestarles en el primer caso obediencia, y en el segundo solo respeto. No es así de las Autoridades, pues estas al celo de su deber y á la conviccion íntima de los derechos de cada uno de los ciudadanos, han de añadir las virtudes necesarias para saber prescindir de su propia voluntad, para respetar solo la de la ley; y al mismo tiempo deben manifestarse siempre despojados de sus propias pasiones, para no hacer valer su prestijio mas que en apoyo de la Libertad y de la Justicia. Estas son por cierto virtudes mas raras en los hombres, porque generalmente el amor propio les hace creer revestidos de mas autoridad que realmente tienen; y de aquí provienen las usurpaciones de poder de los governantes, y la degradacion y envilecimiento de los gobernados cuando no saben oponerse oportunamente á los primeros ecsesos de aquellos.»

«Hé aquí Romanos los principios que debierais haber tenido siempre presentes en vuestra conducta política: entonces hu-

bierais conocido cual era el verdadero ó falso patriotismo, cual la tendencia de las clases que en vuestro perjuicio intentaban establecer y perpetuar odiosos privilejios, cuales fueron los hombres mas dignos de obtener vuestros sufrajios; entonces por fin os hubierais manifestado mas celosos de vuestros derechos, castigando el primer atentado contra la Justicia, no hubierais visto sacrificados impunemente por una faccion liberticida los mas ilustres patriotas. »

« Cada una de las edades ha dado y dará siempre el suficiente número de hombres eminentes y capaces de dirijir mi carro, no en utilidad propia sino en bien de su Patria; pero desgraciadamente no me toca á mí escojerlos, sino á vosotros, que harto dóciles en prestaros á las sujestiones de la intriga, acostumbrais depositar vuestra confianza mas bien en vuestros enemigos que en vuestros protectores. Observad cuales son mis hijos predilectos, que en esta mansion de la muerte empuñan el freno de mis caballos: estos son los que podíais tomar por modelo para saber á quien debíais otorgar vuestros votos, y si así lo hubieseis hecho, establecido de un modo

indestructible el Templo de la Libertad en Roma, su carro bien dirijido hubiera rodado en triunfo por todas las naciones, en vez del de la tiranía con que oprimisteis y devastasteis el orbe entero. ¡Ojala los Pueblos de las nuevas edades, que aspiren á la Libertad, sepan conocer á los intrigantes, siempre prontos á beneficiar la confianza de sus conciudadanos! ¡ojalá sepan persuadirse que es mi enemigo y el suyo él que intente separarme de la Ley y de la Justicia! aquellos fueron entonces dignos de gozar de mi proteccion y beneficios: pero ¡desgraciado por otra parte el Pueblo que, fiado en los amaños de un partido hipócrita, permita la elevacion de hombres sin virtudes, y la distincion de clases entre los ciudadanos, para que los unos gocen de derechos y privilejios que no se concedan á los demas! ¡desgraciado el Pueblo que se vea en la necesidad de fiar su suerte á la fuerza de las armas, porque entonces el despotismo de los ejércitos se introducirá en el seno de las ciudades! »

Así hablaba el Génio de la Libertad, y al pronunciar las últimas esclamaciones pareció obscurecersele algun tanto el semblante, y asomar la afliccion en sus ojos,

como previendo que las nuevas generaciones no sabrían acaso evitar tan funestos escollos, en que de ordinario se estrella su felicidad. La multitud de los Espectros mezclaba á su entusiasmo algunas muestras de arrepentimiento y despecho, por haberse dejado engañar en vida de las intrigas y pasiones de sus contrarios: Mario, Sila, Octaviano, con sus aduladores, y otras varias Sombras, que antes de la aparicion del Génio habían ostentado su orgullo, desaparecieron desdeñosas: César con frente abatida parecía tener retratado en su rostro el arrepentimiento de su conducta, y Ciseron á su lado dándole la mano para fortalecer su ánimo, alargaba la otra á Marco Bruto, dirijiendo al mismo tiempo con alegre semblante afectuosas miradas al Genio de la Libertad, como para captar su aprobacion para la union de aquellas elevadas almas. Pomponio era el único que á lo lejos estaba contemplando indiferente aquella escena, y parecía que por una parte miraba con desprecio á sus compatriotas, y desdeñaba por otra á la Libertad por creerla incompatible con sus ociosas comodidades.

Esperaba con la mayor ansiedad el de-

senlace de la escena, cuando veo poner en movimiento á la multitud que facilitaba libre paso al carro de la Libertad, que como envuelto de un nublado desapareció luego de mi vista: entonces retrocede Ciseron, y dirijiendose á mi encuentro, con voz espirante me dijo: «Trasmite á tus semejantes cuanto has visto y oido, y encargales que aprendan en estas lecciones de la esperiencia.» En el mismo momento se disipó su sombra, como todas las demas, quedando yo sumerjido en la mayor obscuridad, hasta que buscando á tientas la salida del subterráneo, divisé á su boca el débil reflejo de los rayos de la aurora, que guiaron mis pasos. Si á la salida del subterráneo las dos anteriores veces estaba preocupado mi ánimo, esta última quedé como extaciado y fuera de mí por tan nuevos y extraordinarios portentos, que han ocupado mi imajinacion todo el resto de mi vida.

FE DE ERRATAS

Pág.	Lín.	Dice	Léase
5.	6.	Conservado.	Conversado.
12.	27.	Magica.	mágica.
15.	18.	elambiento.	el ambiento.
19.	27.	y alenta.	ya lenta.
21.	20.	fecuudia.	facundia.
27.	19.	y de la.	y la.
65.	15.	viste	visteis.
67.	4.	apere- . . .	apare.-
69.	4.	ecsesos . . .	escesos.
73.	4.	describrise .	describirse.
78.	21.	corria. . . .	recorria.
81.	25.	asu-	am -
82.	20.	estado cuando, vienen.	estado, cuando vienen.
96.	22.	temian . . .	tenian.
105.	21.	sustrarse . .	sustraerse.
111.	9.	infingieron .	infringieron.
118.	24.	destinguir .	distinguir.
142.	21.	amas	á mas.
156.	26.	devartadas .	devastadas
168.	. .	auqnellos. .	aquellos.

178.	13.	valientas . .	valientes.
186.	3.	calientas . .	calientes.
188.	19.	habló . . .	hablo.
189.	7.	perecia . . .	parecia.
191.	28.	setecientos .	setecientas.
197.	16.	intigadora .	instigadora.
200.	18.	racio	rocio.
206.	7.	rigurosa . .	riguroso.
207.	1.	deconocido .	desconocido.
217.	23.	ligiones . .	legiones.
225.	14.	secumbi . .	sucumbí.